BIBLIOTECA DE «LA NACION»

ARTHUR CONAN DOYLE

EL SABUESO DE LOS BASKERVILLE

RUBEN A. ENRIQUEZ

BUENOS AIRES
1909

INDICE

		PÁGS.
I.	—El señor Sherlock Holmes	11
II.	—La maldición de los Baskerville	21
III.	—El problema	37
IV.	—Sir Enrique Baskerville	49
V.	—Tres hilos rotos	67
VI.	—Baskerville Hall	81
VII.	—Los Stapleton de Merripit House	96
VIII.	—Primer informe del doctor Watson	116
IX.	—Segundo informe del doctor Watson	127
X.	—Extracto del diario del doctor Watson	153
XI.	—El hombre del picacho	167
XII.	—La muerte en el páramo	186
XIII.	—Tendiendo las redes	206
XIV.	—El sabueso de los Baskerville	221
XV.	—Una ojeada retrospectiva	238

Después de Emilio Gaboriau que, continuando la obra de Ponson du Terrail, cultivó la novela de folletin creada por Alejandro Dumas, y le dió vigoroso impulso al descubrir nuevos elementos de emoción y de interés en las funciones secretas de la policía, este género de literatura impresionista, fundado en la exaltación mórbida de las pasiones, ha sido objeto durante cincuenta años de una explotación sin tregua: y falto de nuevos recursos, y ahito de exageraciones enormes, de atentados contra la moral y el buen sentido, contra el estilo y el idioma, ha ido decayendo gradualmente desde entonces, hasta hundirse en el descrédito irredimible que envuelve hoy en los cuatro idiomas latinos los nombres de Montépin, de Fernández y González, de Joaquim Manoel de Macedo y de Carolina Invernizzio.

Entretanto, en los países de habla inglesa la literatura popular tomaba un camino más afortunado. Frederick John Fergus (Hugo Conway), continuando la obra de Wilkie Collins, desarrollaba la novela policial creada por Edgar Poe, y le daba carácter propio al poner en primer lugar, como elemento de emoción y de interés, la nota misteriosa y la fantástica, antes que la pasional y la patética; y se formó así el tipo complejo de la novela impresionista en esta lengua. Ensanchando luego el escenario, yendo á buscar en todos los ámbitos del mundo los personajes nuevos y las situaciones raras, el novelista se halló entonces en condiciones de poder explotar, sin agotarlo, un género que de tantos recursos disponía. Algunos, muy pocos, adoptaron el tipo complejo; pero la tendencia á la especialidad llevó á los más á tomar de él algún elemento particular; y, al ramificárse así este género literario, se distribuyó entre sus partes la carga de satisfacer las volubilidades del gusto público que pesa sobre él: cada género especial siguió por cuenta pro-

pía las alternativas caprichosas del favor popular; y, como á esta ventaja se agregaba la de la discreción del novelista, respetuoso siempre de la verdad, de la moral y del lenguaje, el resultado ha sido que todos los géneros: la novela pasional, la de aventuras, la de intriga, la criminal, la policial, la fantástica, todas viven y prosperan hoy todavía, ante un público que no ha tenido por qué estragarse. Rider Haggar, Carlota Braemé, Clark Russell, Conan Doyle, H. G. Wells, Florence Warden, Fergus Hume («El misterio de un coche de plaza»), Anthony Hope («El prisionero de Zenda»), Guy Boothby («El doctor Nikola»), son todos escritores de folletín *(serial writers)* afortunados y prósperos, cuya popularidad ha llegado hasta nosotros no obstante la muralla china de su idioma.

Esta superioridad, en cuestión de favor público entre nosotros, de la literatura popular inglesa sobre su congénere latina, no se explica solamente por la inferioridad relativa de esta última en intensidad de interés y en arte literario; hay también otra causa. La novela popular inglesa tiende á especular con la aventura, esto es, con la lucha de la inteligencia y del valor contra la astucia y la audacia, y las peripecias de esta lucha sana y noble retemplan los nervios del lector y los fortifican. La novela popular latina tiende á especular con la pasión y el vicio, esto es, con la porfía de un ente desequilibrado en pugna con el buen sentido; y las vicisitudes de esta lucha inútil (que arrastra á pesar de todo, á los espíritus ingenuos) estrujan los nervios del lector y los relajan.

Esto y otras consideraciones que podrían hacerse sobre lo que tiene de lo moral y lo instructivo la novela popular francesa de estos tiempos, justifica el hecho de que el público lector entre nosotros muestre ahora una predilección especial por la novela inglesa.

«El Sabueso de los Baskerville», el último libro de Arthur Conan Doyle, es precisamente uno de los que se han hecho populares entre nosotros. Este antecedente, nos exime de la tarea de enumerar los méritos de la obra; aparte de que, como traductor y parte interesada, estamos tan inhibidos como el autor para hablar de ella. Al presentar la obra nos limitaremos á recordar que Conan Doyle es un escritor inglés, ya maduro, á quien han dado celebridad mundial sus novelas policiales. Que es el autor de «La señal de los cuatro», «La mancha de sangre» y «Las aventuras de Sherlock Holmes». Que el héroe de esta novela es este Sherlock Holmes, el famoso agente privado de pesquisas, cuyo nombre se ha hecho proverbial en los países de habla inglesa; personaje dotado de tan portentosas facultades de observación y de razonamiento, de tal sagacidad é ingenio, que á su lado palidece aquel célebre M. Dupin que nos presentó Edgar Poe en «Los crímenes de la Rue Morgue». Y, en fin, que esta novela habla de un nuevo é intrincado misterio, cuya acertada solución agrega un florón más á la corona de triunfos de este investigador inimitable.

A. Costa Alvarez.

EL SABUESO DE LOS BASKERVILLE

I

EL SEÑOR SHERLOCK HOLMES

El señor Sherlock Holmes, que generalmente se levantaba múy tarde por la mañana, salvo en las no raras ocasiones en que pasaba en pie toda la noche, estaba sentado á la mesa, tomando su desayuno. Yo, de pie junto á la estufa, examinaba el bastón olvidado por nuestro visitante de la noche anterior. Era un trozo de madera vistoso, grueso, de cabeza bulbiforme. Inmediatamente debajo del puño tenía un ancho aro de plata, de cerca de una pulgada de alto. «A Jaime Mortimer, M. R. C. S.—Sus amigos del C. C. H.,» estaba grabado en él, con la fecha «1884.» Era un bastón tal como el que solía usar el antiguo médico de familia: digno, sólido y confortante.

—Y bien, Watson, ¿qué deduce usted de él?

Holmes me daba en aquel momento la espalda, y yo no le había dicho una sola palabra sobre lo que estaba haciendo.

—¿Cómo ha sabido usted que me ocupaba del bastón? Estoy por creer que usted tiene ojos detrás de la cabeza.

—Tengo en cambio, por delante, una cafetera plateada, bien pulida—dijo Holmes.—Pero vamos á ver, Watson, ¿qué deduce usted del bastón de nuestro visitante? Desde que hemos tenido la mala suerte de desencontrarnos con él, quedándonos sin el menor indicio del motivo de su visita, este recuerdo que nos ha dejado por casualidad se hace importante. Veamos un poco cómo reconstruye usted al hombre por el examen del bastón.

—Pienso—dije, siguiendo lo mejor que podía los procedimientos de mi famoso amigo,—que el doctor Mortimer es un médico anciano, afortunado, y querido, puesto que los que lo conocen le hacen esta demostración de aprecio.

—¡Muy bien!—exclamó Holmes.—¡Excelente!

—Pienso, también, que lo más probable es que sea un médico rural que hace á pie muchas de sus visitas.

—¿Por qué?

—Porque este bastón, aunque muy bonito cuando nuevo, está ahora tan estropeado que no puedo creer que haya médico urbano que lo use. Tiene muy gastado el grueso regatón de acero, lo que prueba que el hombre ha hecho largas caminatas con él.

—¡Perfectamente sensato!—dijo Holmes.

—Tenemos ahora esto de los «amigos del C. C. H.» Presumo que se trata de algún club; del club de cazadores de H***, á cuyos miembros habrá prestado él tal vez sus servicios de cirujano, por

lo que, en señal de agradecimiento, se le ha hecho este pequeño obsequio.

—Realmente, Watson, usted se excede á sí mismo—dijo Holmes, haciendo retroceder su silla y encendiendo un cigarrillo.—Me considero más que nunca en el deber de declarar que en todos los relatos que usted se ha tomado la molestia de escribir para dar cuenta de mis pequeños triunfos, usted ha estado rebajando sistemáticamente su propia habilidad. Puede ser que usted no sea un astro con luz propia, pero lo cierto es que es buen conductor de la luz. Hay quienes, sin estar dotados de genio precisamente, tienen, sin embargo, notables facultades para estimularlo. Le aseguro, mi querido amigo, que mi deuda con usted es muy grande.

Nunca había dicho Holmes tanto, y debo confesar que sus palabras me causaron un placer muy vivo; porque en otras ocasiones más bien me había picado con su indiferencia respecto á la admiración que me causaban sus procedimientos y á los esfuerzos que hacía yo para dar publicidad á éstos. Me sentía orgulloso, también, al pensar que dominaba ya á tal punto el sistema de mi amigo, que había llegado á aplicarlo en aquel caso en una forma que había merecido su completa aprobación.

Holmes me sacó el bastón de las manos y se puso á examinarlo á simple vista por unos minutos. Después, asumiendo una expresión de interés, dejó sobre la mesa el cigarrillo, y llevándose el bastón á la ventana lo examinó de nuevo con un lente.

—Interesante, aunque sencillo—dijo, yendo á sentarse en su sitio favorito en el sofá.—El bas-

tón ofrece positivamente uno que otro dato. Esto puede servirnos de base para algunas deducciones.

—¿Se me ha escapado algo?—pregunté con cierta presunción.—Espero que no será nada de importancia.

—Mi querido Watson, mucho me temo que la mayor parte de sus conclusiones sean erróneas. Al decir hace un momento que usted me servía frecuentemente de estímulo, quise manifestar, voy á ser franco, que las equivocaciones de usted me guiaban muchas veces hacia la verdad. No creo que usted se haya equivocado por completo en este caso. Porque el hombre es seguramente un médico rural, y que camina bastante.

—Entonces, yo tenía razón.

—Hasta ese punto solamente.

—¡Pero, si eso fué todo!

—No, no, mi querido Watson, eso no fué todo... Yo presumiría, por ejemplo, que es más probable que un regalo hecho á un médico proceda de un hospital que de un club de cazadores, y presumiría también que, cuando las iniciales «C. C.» preceden á la «H.» de este hospital, las palabras «Charing Cross Hospital» surgen muy naturalmente por sí mismas.

—Tal vez tenga usted razón.

—Todas las probabilidades apuntan en esa dirección. Ahora bien: si consideramos aceptable esta hipótesis, tendremos en ella un nuevo punto de partida para la reconstrucción de nuestro desconocido visitante.

—Bueno. Suponiendo que lo de «C. C. H.» represente efectivamente «Charing Cross Hospital,» ¿qué otras inferencias podemos hacer?

—¿No se sugieren acaso por sí mismas? Usted conoce mis procedimientos. Aplíquelos.

—Sólo se me ocurre la obvia conclusión de que el hombre ha de haber estado ejerciendo su profesión en Londres antes de marcharse al campo.

—Creo que podríamos aventurarnos un poco más lejos todavía. Vea las cosas bajo esta luz: ¿en qué ocasión es más probable que se haya hecho un regalo como éste? ¿En qué ocasión es más probable que se hayan puesto de acuerdo estos señores de un hospital para ofrecer á un amigo una muestra de sus simpatías? Claro está que en la ocasión en que el doctor Mortimer dejaba el servicio del hospital para empezar á ejercer su profesión por cuenta propia. Sabemos, pues, que ha habido un regalo, y suponemos que se ha producido un cambio: de un hospital urbano á una clientela rural. ¿Sería, entonces, llevar demasiado lejos nuestra inferencia el decir que el obsequio fué hecho en ocasión del cambio?

—Efectivamente, esto parece lo más probable.

—Ahora bien: usted convendrá en que el hombre no puede haber pertenecido al «estado mayor» de ese hospital, desde que una posición como ésta, sólo la puede ocupar un médico bien establecido con clientela en Londres, médico que, estando en tales condiciones, no habría de marcharse al campo. ¿Qué ha sido él allí, entonces? Si estaba en un hospital y no formaba parte del personal directivo, sólo puede haber sido un cirujano interno ó un médico interno, es decir, poco más que un estudiante de último año. Y salió de allí hace cinco años... la fecha está en el bastón. De modo que el médico de familia que pintaba usted, grave, maduro, se desvanece en el aire, mi

querido Watson; y en su lugar surge un joven de menos de treinta años, afable, sin ambiciones, distraído, y dueño de un perro mimado, que podría describir, en bruto, como más grande que un raposero y más pequeño que un mastín.

Yo me reí, incrédulo, mientras Sherlock Holmes se retrepaba en el sofá y lanzaba al cielo raso pequeñas coronas temblorosas de humo.

—Por lo que se refiere á la última parte, no tengo datos para contradecirlo—le dije;—pero, en cambio, no es difícil encontrar informaciones sobre la edad y la carrera profesional del hombre.

Bajé de mi pequeña estantería científica la «Guía Médica» y busqué en ella el nombre. Había varios Mortimer, pero sólo uno de ellos podía ser nuestro visitante. Leí en voz alta su referencia:

Mortimer Jaime, M. R. C. S., 1882, Grimpen, Dartmoor, Devon. Cirujano interno de 1882 á 1884, en el hospital de Charing Cross. Ganador del premio «Jackson» en Patología Comparada, con un escrito titulado: «¿Es una Reversión la Enfermedad?» Miembro correspondiente de la Sociedad Patológica Sueca. Autor de «Algunos Caprichos del Atavismo» (*Lancet*, 1882). «¿Progresamos?» (*Journal of Psychology*, marzo 1883). Médico oficial de las parroquias de Grimpen, Thorsley y Cerro Alto.

—Ni señales de aquel club de cazadores, Watson—dijo Holmes con pérfida sonrisa;—pero sí de un médico rural, como observó usted con tanta perspicacia. Veo que mis inferencias han quedado plenamente comprobadas. En cuanto á los adjetivos, dije, si mal no recuerdo, afable, sin ambiciones y distraído. Sé, por experiencia, que en

este mundo sólo un hombre afable, recibe regalos; que sólo uno que no tiene ambiciones abandona su carrera en Londres por otra en el campo, y que sólo un distraído deja su bastón en vez de su tarjeta en casa de la persona que ha ido á ver y que no ha encontrado.

—¿Y lo del perro?

—El perro ha tenido la costumbre de llevar el bastón de su dueño, siguiendo tal vez los pasos de éste. Como el bastón es pesado, el perro lo aseguraba por el medio, y las señales de sus dientes están bien claras. La boca de este perro, á juzgar por la distancia entre las señales, es demasiado ancha, á mi juicio, para un raposero y no lo es bastante para un mastín. Puede que sea... sí, ¡por Júpiter!... es un podenco.

Holmes se había levantado hacía un momento y hablaba paseándose por el cuarto. En una de sus vueltas había ido á detenerse en el hueco de la ventana. Allí estaba cuando dijo estas últimas palabras, con tal acento de convicción que alcé los ojos sorprendido.

—¿Cómo puede usted estar tan seguro de que es un podenco, mi querido amigo?

—Por la razón muy sencilla de que estoy viendo el perro en el mismo umbral de nuestra puerta de calle; y el dueño de él es el que acaba de hacer sonar la campanilla. Hágame el favor de no irse, Watson. Se trata de un colega suyo... y ¡quién sabe! la presencia de usted puede serme útil. Estos son momentos dramáticos de la suerte, Watson... cuando se oyen en la escalera pasos que entran en la vida de uno, y no se sabe si ello es para bien ó para mal de uno. ¿Qué es lo que viene á pedir el doctor Jaime Mortimer, hombre de

ciencia, á Sherlock Holmes, especialista en crímenes?... ¡Adelante!

El aspecto de nuestro visitante fué para mí una sorpresa, pues yo esperaba ver un médico rural típico. El recién llegado era un hombre muy alto y delgado, con una nariz larga como un pico, que se destacaba entre dos ojos grises, perspicaces, muy juntos uno del otro, chispeando vívidamente detrás de un par de anteojos de oro. Vestía el traje profesional, pero con cierto desaliño, pues la levita estaba manchada y los pantalones rozados. Aunque era joven tenía la alta espalda encorvada, y al andar echaba para adelante la cabeza. La expresión que predominaba en su semblante era de curiosidad benévola. Al entrar, sus miradas dieron en el bastón que Holmes conservaba en la mano, y el hombre se abalanzó hacia su prenda, soltando una exclamación de gozo.

—¡Cuánto me alegro!—dijo.—No sabía con seguridad si lo había dejado aquí ó en la agencia marítima. Por nada del mundo perdería yo este bastón.

—Veo que es un regalo—dijo Holmes.

—Sí, señor.

—¿Del hospital de Charing Cross?

—De unos amigos de allí, con motivo de mi casamiento.

—¡Hola, hola! Esto sí que es malo—dijo Holmes meneando la cabeza.

El doctor Mortimer pestañeó detrás de sus anteojos, con expresión de suave asombro.

—¿Por qué malo?—preguntó.

—Me refiero á que ha desconcertado usted nuestras pequeñas deducciones. ¿Dice usted que se casó?

—Sí, señor. Me casé, y por eso dejé el hospital, y con él todas mis esperanzas de abrir un consultorio. Ante todo tenía que formarme un hogar.

—¡Vaya, vaya! Después de todo no hemos andado tan descaminados—dijo Holmes.—¿Y bien, doctor Jaime Mortimer?...

—Señor solamente, señor... un humilde Miembro del Colegio Real de Cirujanos.

—Y hombre de inteligencia precisa, evidentemente.

—Un chapucero de la ciencia, señor, un pescador de conchas en las playas del gran océano desconocido. Supongo que es con el señor Sherlock Holmes con quien estoy hablando; ó quizá el señor...

—No; el señor es mi amigo, el doctor Watson.

—Me alegro de conocerlo, doctor. He oído mencionar el nombre de usted junto con el de su amigo. Usted me interesa mucho, señor Holmes. No me lo había figurado con un cráneo tan dodicocéfalo, ni con un desarrollo supraorbital tan marcado. ¿Tendría usted inconveniente en que le pasara el dedo por la grieta parietal? Un molde de su cráneo, señor Holmes, mientras no se pueda disponer del original, sería una joya en cualquier museo antropológico. No es mi intención fastidiarlo con ponderaciones excesivas, señor, pero le confieso que codicio su cráneo.

Sherlock Holmes indicó una silla á nuestra extraña visita.

—Veo, señor, que es usted un entusiasta por su género de estudios, como yo lo soy por el mío—le dijo.—Su dedo índice me dice que usted mismo

se hace los cigarrillos. No tenga, pues, escrúpulos para encender uno.

El hombre sacó papel y tabaco, y lió su cigarrillo con sorprendente destreza. Sus dedos eran largos y nerviosos, tan ágiles é inquietos como las antenas de un insecto.

Holmes guardaba silencio, pero sus miraditas penetrantes me revelaban el interés que le inspiraba tan original cliente.

—Supongo, señor—dijo al fin á éste,—que no ha sido simplemente para examinarme el cráneo para lo que me ha hecho usted el honor de venir aquí anoche y hoy también.

—No señor, no; aunque celebro mucho haber tenido la oportunidad de hacer también eso. Vengo á verlo, señor Holmes, porque me considero un hombre muy poco práctico, y me encuentro de repente ante un problema de los más serios y extraordinarios. Reconociendo, como reconozco, que usted es el segundo de los más grandes especialistas de Europa...

—¡Hola, señor! ¿Y puedo preguntar quién tiene el honor de ser el primero?—interrumpió Holmes con alguna aspereza.

—Al hombre de espíritu estrictamente científico ha de atraerlo siempre, decididamente, la obra de monsieur Bertillon.

—Entonces ¿no sería mejor que lo consultase usted á él?

—He dicho, señor, que monsieur Bertillon interesa á los espíritus estrictamente científicos. Pero, como hombre práctico, de acción, es bien sabido, señor, que usted es único. Espero, señor, que no habré sin querer...

—Un poco apenas—se anticipó Holmes.—Me

parece, doctor Mortimer, que obraría usted cuerdamente si, sin más alharacas, tuviera la bondad de decirme sencillamente cuál es la exacta naturaleza del problema para cuya solución ha venido usted á pedirme ayuda.

II

LA MALDICIÓN DE LOS BASKERVILLE

—Tengo en el bolsillo un manuscrito...—empezó el doctor Mortimer.

—Lo noté cuando entró usted en la pieza—interrumpió Holmes.

—Es un manuscrito antiguo.

—De principios del siglo décimoctavo, á menos que sea una falsificación.

—¿Cómo ha podido saber la época, señor?

—He tenido constantemente delante de los ojos una ó dos pulgadas de él, durante todo el tiempo que ha estado usted hablando. Sería un pobre especialista el que no pudiera dar la fecha de un manuscrito con una década más ó menos de tolerancia. Probablemente ha de haber leído usted mi pequeña monografía sobre la materia. Calculo que la fecha de éste es 1730.

—La fecha exacta es 1742—dijo el doctor Mortimer, sacando el manuscrito del bolsillo del pecho de su levita.—Este documento de familia fué confiado á mi custodia por sir Carlos Baskerville,

cuya muerte repentina y trágica, ocurrida hace tres meses, causó tan gran sensación en Devonshire.

Puedo decir que yo he servido á sir Carlos, tanto en mi carácter de médico como en el de amigo íntimo. Sir Carlos era, señor, un hombre resuelto, sagaz, práctico y tan poco imaginativo como yo. Sin embargo, tomó muy por lo serio este documento, de manera que su espíritu estaba ya preparado para un fin tan triste como el que tuvo.

Holmes extendió el brazo, tomó el manuscrito y lo planchó sobre sus rodillas.

—Note usted, Watson, el uso alternado de la ese larga y de la corta. Este es uno de los diversos detalles que me dieron á conocer la fecha del manuscrito.

Miré por encima de su hombro el papel amarillento y la borrosa escritura. Tenía por encabezamiento las palabras «Baskerville Hall,» y debajo de éstas, en grandes cifras garabateadas, la fecha «1742.»

—Parece ser una especie de declaración—dije.

—Sí; es el relato de cierta leyenda corriente en la familia de los Baskerville.

—Pero tenía entendido que era algo más moderno, más práctico, lo que había usted venido á consultarme.

—De lo más moderno. Una cuestión de las más prácticas, de las más urgentes, que debe estar resuelta dentro de veinticuatro horas. Pero el manuscrito es breve, y está estrechamente ligado con el asunto. Con su permiso, voy á leérselo.

Holmes se arrellanó en su asiento, juntó las manos en las yemas de los dedos y cerró los ojos con expresión resignada. El doctor Mortimer puso el

manuscrito de cara á la luz, y leyó, en voz alta vibrante, la curiosa narración siguiente:

«Son muchas las versiones que existen sobre el origen del sabueso de los Baskerville, y he oído la historia en los labios de mi padre, que á su »vez la conoció de boca del suyo, voy á sentarla »por escrito, plenamente convencido de que el he»cho ocurrió tal como se verá más adelante. Y »quisiera que tuvieseis fe, hijos míos, en que la »justicia que castiga el pecado, puede también »perdonarlo magnánimamente; porque no hay »anatema, por terrible que sea, que la plegaria »y el arrepentimiento no puedan levantar. Apren»ded, pues, por esta historia, no á temer los fru»tos del tiempo pasado, sino á ser circunspectos en »el futuro, á fin de que no vuelvan á desatarse, »para ruina nuestra, las impuras pasiones, por cu»ya causa ha sufrido tan dolorosamente nuestra »familia.

»Sabed, pues, que en la época de la gran Rebe»lión (cuya historia, escrita por el erudito lord »Clarendon, recomiendo á vuestra atención muy »encarecidamente), esta mansión feudal de los »Baskerville, era tenida por Hugo de este nom»bre, quien (no puede negarse), era un hombre de »los más licenciosos, de los más blasfemos y de »los más impíos. Esto, en verdad, se lo hubieran »perdonado sus vecinos, visto que nunca han flo»recido santos en estos parajes; pero su carácter »era perverso y cruel, á tal extremo que su nom»bre se hizo proverbial en toda la región.

»Sucedió que este Hugo llegó á amar (si es que »puede darse un nombre tan brillante á una pa»sión tan negra) á la hija de un plebeyo que te»nía sus tierras cerca del dominio. Pero la joven

»doncella (que era discreta y de buena reputación), huía siempre de él, pues lo temía. Aconteció entonces que un día de San Miguel, este »Hugo, acompañado de cinco ó seis de sus ociosos »y malvados compañeros, se introdujo furtivamente en la granja y sacó de allí á la doncella, en »momentos en que el padre y los hermanos se hallaban fuera de la casa, como él bien lo sabía.

»Una vez en el Hall, la doncella fué encerrada »en un aposento del piso alto, y Hugo y sus amigos se entregaron abajo á una interminable orgía, »como acostumbraban hacer todas las noches. »Ahora bien; es probable que la pobre muchacha »se trastornara con los cantos y gritos y terribles »juramentos que llegaban á sus oídos, puesto que »(según se dice), las palabras que profería Hugo »Baskerville cuando estaba ebrio eran como para »fulminar al que las dijera. Al fin, en el colmo del »terror, la infeliz hizo algo que hubiera intimidado al más valiente y ágil de los hombres; porque, »asiéndose de los tallos de la hiedra que cubría (y »cubre aún) el muro del Sur, se desprendió al suelo, casi desde el tejado, y echó á correr hacia su »casa á través del páramo; tres leguas había entre »el Hall y la granja.

»Quiso el azar que, un momento después, Hugo »se separara de sus convidados para llevar alimentos y bebida (y otras cosas peores tal vez), á su »cautiva, y entonces halló la jaula vacía; el pájaro se le había escapado. Parece que, al ver esto, »el hombre se puso como un poseído; porque, precipitándose escaleras abajo, entró en la sala de »festines, saltó sobre la gran mesa, haciendo volar »á un lado y á otro los cántaros y las bandejas de »los manjares, é hizo saber á gritos á los convida-

»dos que aquella misma noche «daría su alma al »diablo con tal que pudiera alcanzar á la mozuela.» Y mientras los comensales se quedaban pasmados ante la furia de aquel hombre, uno, más »perverso (ó más borracho tal vez) que los demás, »dijo á gritos que había que echar á los sabuesos »detrás de ella. Al oir lo cual, Hugo salió corriendo de la casa, gritando á sus caballerizos que le »ensillaran la yegua y soltaran la jauría: y entonces, presentando á los sabuesos una pañoleta de »la doncella, los puso sobre la pista, y él y toda la »cuadrilla se precipitaron al páramo, iluminado »por la luna.

»Ahora bien; por un tiempo, los depravados comensales se quedaron boquiabiertos, sin poder »darse cuenta exacta de todo lo que había pasado »en tan pocos momentos. Pero, en seguida, sus »extraviados cerebros comprendieron la naturaleza »de la escena que probablemente iba á desarrollarse en el páramo. En un instante, aquello se transformó en un tumulto; unos reclamaban sus pistolas, otros sus caballos, y otros un frasco de vino. Pero, al fin, sus enloquecidos cerebros recobraron un poco de cordura, y todos ellos (en número de trece), saltaron á caballo y se lanzaron »también al páramo. La luna brillaba clara arriba de sus cabezas, mientras corrían, en línea, siguiendo la dirección que tenía que haber tomado necesariamente la doncella, si se había propuesto llegar á su casa.

»Habrían hecho unas cuantas millas, cuando pasaron por junto á uno de los pastores nocturnos »del páramo. Lo llamaron á gritos para preguntarle si había visto á Hugo y á sus sabuesos. Y (según cuenta la tradición) el hombre estaba tan

»trastornado de terror, que apenas podía hablar; »al fin, dijo que había visto, efectivamente, á la »infeliz doncella y á los sabuesos sobre su rastro. »«Pero he visto algo más todavía—agregó.—Hu»go Baskerville ha pasado por junto á mí, monta»do en su yegua negra, y detrás de él corría en si»lencio un sabueso infernal, como Dios no permi»ta que vea yo nunca sobre mi huella.»

»Entonces los caballeros, beodos, vociferaron »maldiciones contra el pastor, y siguieron adelan»te. Pero pronto se les heló la sangre, porque se »oyó un galope á través del páramo, y la yegua »negra, cubierta de espuma pasó junto á ellos, en »dirección contraria, arrastrando la brida y sin ji»nete. Entonces, todos se apretaron unos contra »otros, porque les asaltó un gran miedo; pero con»tinuaron corriendo por el páramo, aunque cual»quiera de ellos, si hubiera estado solo, habría »vuelto grupas con mucho gusto. Avanzando, po»co á poco, en esta forma, llegaron, al fin, adonde »estaban los sabuesos. Estos, aunque valientes y »bien adiestrados, se arrimaban unos contra otros »aullando lastimeramente, á la entrada de una »profunda hondonada: unos trataban de escabu»llirse, y otros, con los colmillos salientes y los »ojos azorados, miraban con fijeza cuesta abajo, »por la angosta garganta que se abría delante de »ellos.

»Los caballeros habían hecho alto, más despeja»dos entonces (como podéis suponer) que en el mo»mento de su partida. En su mayor parte, no »quisieron avanzar de ningún modo; pero tres de »ellos, los más audaces (ó tal vez los más borra»chos), bajaron por la hondonada. Esta iba á ter»minar en un ancho valle, en el que había dos

»grandes piedras (que pueden verse allí todavía) »de aquellas que ciertos pueblos ya olvidados eri»gían en los antiguos tiempos. La luna iluminaba »brillantemente este espacio descubierto, y en el »centro de él estaba tendida la infeliz doncella, en »el sitio donde había caído muerta de terror y de »fatiga.

»Pero no fué este cadáver, ni tampoco el de »Hugo Baskerville que yacía también al lado, lo »que les puso los pelos de punta á aquellos tres »desalmados matachines; sino el ver que, echado »sobre Hugo, y prendido con sus colmillos á la »garganta de éste, había allí un ser horrendo, una »bestia enorme, negra, con las formas de un sa»bueso, pero de un sabueso tan gigantesco como »no han visto nunca igual ojos mortales. Y, mien»tras ellos estaban allí mirando, el monstruo des»trozó de una dentellada el cuello de Hugo Bas»kerville; al ver lo cual, y como el animal vol»viera entonces la cabeza mostrándoles sus ojos »fulgurantes y sus quijadas chorreando sangre, los »tres lanzaron un alarido de terror, y espoleando á »sus caballos, salieron como alma que lleva el dia»blo, gritando en todo el trayecto hasta que lle»garon al Hall. Dice la tradición que uno de ellos »murió aquella misma noche (á causa de lo que »había visto) y que los otros dos fueron hombres »inútiles para todo el resto de su vida.

»Esta es la historia, hijos míos, de la aparición »del Sabueso que (según dicen) ha torturado tan »cruelmente á nuestra familia desde entonces. Si »me he decidido á escribirla es porque lo que se »conoce claramente causa siempre menos terror »que aquello que, por haber sido apenas insinua»do, hay que conjeturar. No es posible negar el

»hecho de que muchos de los de nuestra familia
»han tenido una muerte desdichada, porque ha
»sido repentina, sangrienta y misteriosa; pero aco-
»jámonos á la infinita bondad de la Providencia,
»que no ha de castigar eternamente al inocente,
»más allá de la tercera ó cuarta genearción ame-
»nazadas en las Sagradas Escrituras. A esta Pro-
»videncia, hijos míos, os encomiendo aquí, y os
»aconsejo que, precavidamente, os abstengáis de
»cruzar el páramo en aquellas horas tenebrosas en
»que el Espíritu del Mal anda suelto.

»(Esto escribe Hugo Baskerville para sus hijos
»Rogelio y Juan, recomendándoles toda reserva
»respecto á su hermana Isabel.)»

Cuando el doctor Mortimer hubo acabado de leer este singular relato, se levantó los anteojos sobre la frente y clavó los ojos en Sherlock Holmes. Este bostezó y tiró al fuego la punta del cigarrillo.

—¿Y...?—dijo.

—¿No le parece á usted interesante?

—Sí. Para un compilador de cuentos de hadas.

El doctor Mortimer sacó del bolsillo un periódico doblado.

—Ahora, señor Holmes, voy á darle á usted algo un poco más reciente. Este es el *Devon County Chronicle* de mayo 14 de este año. Contiene una breve reseña de los hechos puestos en evidencia con motivo de la muerte de sir Carlos Baskerville, ocurrida pocos días antes de aquella fecha.

Holmes se enderezó en su asiento, y asumió una expresión de interés profundo. Nuestro visitante se bajó otra vez los anteojos, y empezó:

«La reciente muerte repentina de sir Carlos Baskerville, á quien se daba por probable candidato de los liberales por el distrito de Devon Centro en las próximas elecciones, ha llenado de aflicción toda la provincia. Aunque hacía relativamente poco tiempo que sir Carlos residía en Baskerville Hall, la afabilidad de su carácter y su extremada generosidad le habían conquistado el cariño y el respeto de todos.

»En estos tiempos de *nouveaux riches* es con-
»solador ver que el vástago de una antigua familia
»de la provincia, que atraviesa por momentos difí-
»ciles, es capaz de formarse por sí solo una fortu-
»na, y de emplearla en restaurar la decaída gran-
»deza de su casa. Sir Carlos Baskerville había ga-
»nado, como es notorio, grandes sumas de dine-
»ro en Sud-Africa; más prudente que aquellos que
»se afanan en perseguir á la fortuna hasta que ésta
»se vuelve contra ellos, sir Carlos liquidó sus ga-
»nancias y volvió á Inglaterra. Hace apenas dos
»años que vino á establecer su residencia en Bas-
»kerville Hall, y todos saben cuán vastos eran los
»trabajos de reconstrucción y de mejoramiento
»que había empezado á realizar, y que por su muer-
»te han quedado ahora interrumpidos. Como no
»tenía hijos, el deseo abiertamente expresado de
»sir Carlos era que, mientras él viviera, toda la
»comarca aprovechara su gran fortuna; y muchos
»hán de ser los que tengan que lamentar, por ra-
»zones íntimas, su fin prematuro. Las generosas
»donaciones que hacía frecuentemente á los esta-
»blecimientos de caridad locales y de la provincia
»han sido consignadas siempre en estas columnas.

»No se puede decir que el sumario haya aclara-
»do por completo las circunstancias en que se pro-

»dujo la muerte de sir Carlos, pero, por lo menos, »ha sido suficiente en el sentido de dar fin á los »rumores que la superstición local había creado. »No hay ya razón alguna para suponer un asesi»nato, ó para pensar que el fatal accidente haya »podido ser provocado por otras causas que las na»turales. Sir Carlos era viudo, y de un carácter »que, hasta cierto punto, podría llamarse excén»trico; no obstante sus riquezas considerables, era »sencillo en sus gustos, y el personal de su servi»cio interno en Baskerville Hall se limitaba al ma»trimonio Barrymore: el marido era el mayordo»mo, y la mujer el ama de llaves. El testimonio »de éstos, corroborado por el de varios amigos de »sir Carlos, tiende á probar que la salud del fi»nado se había alterado desde hacía algún tiem»po, y señala especialmente el hecho de que pa»decía de una afección al corazón que se manifes»taba por cambios de color, sofocación y agudos »ataques de depresión nerviosa. El doctor Jaime »Mortimer, amigo y médico del difunto, ha decla»rado en este mismo sentido.

»Los hechos que resultan del sumario son sen»cillos. Sir Carlos Baskerville tenía la costumbre »de recorrer á pie todas las noches, antes de acos»tarse, la famosa alameda de los Tejos en Bas»kerville Hall. Esto lo establece el testimonio de »los Barrymore. El 4 de mayo, sir Carlos anunció »su intención de salir al siguiente día para Lon»dres, y ordenó á su mayordomo que le preparara »el equipaje. Aquella noche sir Carlos salió, como »siempre, á dar su paseo nocturno, durante el cual »tenía la costumbre de fumar un cigarro. De este »paseo no volvió nunca. A las doce de la noche, »como viera abierta todavía la puerta principal,

»el mayordomo se alarmó, y encendiendo un farol »salió en busca de su amo. El día había sido hú»medo, y las pisadas de sir Carlos en la alameda »podían seguirse fácilmente. A mitad de esta ala»meda, en una de las cercas que forman los tejos, »hay un portillo lateral que da salida al páramo. »Se veían señales de que sir Carlos se había de»tenido allí por algún tiempo. Después había se»guido por la alameda, y en el extremo de ésta »era donde el mayordomo encontró el cadáver.

»Un hecho que el mayordomo no explica en su »declaración es el de que las pisadas de su amo »cambiaban de carácter más allá del portillo; des»de este punto en adelante parecía que sir Carlos »hubiera andado en puntillas. Un tal Murphy, gi»tano, tratante de caballos, declara haberse en»contrado en aquel momento en el páramo, á cor»ta distancia de la alameda; pero por su propia »confesión resulta que estaba entonces completa»mente ebrio; dice que oyó gritos, pero que no »pudo precisar de qué dirección partían. En el »cuerpo de sir Carlos no se descubrió señal algu»na de violencia, y aunque la declaración del doc»tor Mortimer pone en evidencia una distorsión »facial casi increíble, tan grande que, según dice, »al principio se resistió á creer que fuera efectiva»mente su amigo y paciente el que tenía delante, »más tarde ha quedado establecido que el síntoma »citado no es raro en casos de disnea y muerte por »debilitamiento cardíaco. Esta explicación fué con»firmada por la autopsia, que reveló una enferme»dad orgánica crónica, y en consecuencia el jurado »dictó un veredicto de acuerdo con el informe mé»dico.

»Más vale que haya sido así, porque tiene evi-

»dentemente muy grande importancia el hecho de »que el heredero de sir Carlos venga á establecer»se en el Hall y á continuar la buena obra tan tris»temente interrumpida. Si la sencilla y natural »conclusión del *coroner* no hubiera dado cuenta, »de una manera definitiva, de las románticas his»torias que han estado circulando con motivo de »este asunto, habría sido difícil encontrar un arren»datario para Baskerville Hall.

»Parece que el pariente más cercano del difunto »es el señor Enrique Baskerville, si es que aún »vive, hijo del segundo hermano de sir Carlos. Las »últimas noticias que hay de este joven lo hacen »en Norte América, y se han tomado ya las me»didas del caso para comunicarle que los valiosos «bienes de los Baskerville están á su disposición.»

El doctor dobló otra vez su periódico, y volvió á metérselo en el bolsillo.

—Estos son los hechos públicos, señor Holmes, que se relacionan con la muerte de sir Carlos Baskerville.

—Tengo que agradecerle ante todo—dijo Holmes,—el que me haya hecho conocer un caso que presenta en realidad algunos rasgos interesantes. Ya había visto uno que otro comentario al respecto en los diarios de aquellos días, pero estaba entonces tan preocupado por el asunto de los camafeos del Vaticano, que por mi empeño en servir al Papa perdí varios casos importantes en Inglaterra. ¿Dice usted que el artículo contiene todos los hechos públicos?

—Así es.

—Entonces, hágame conocer los privados.

Y Holmes se arrellanó de nuevo en su asien-

to, juntó otra vez las manos en las yemas de los dedos, y asumió la expresión más impasible é inquisidora.

—Al hacerlo—dijo el doctor Mortimer, que había empezado á dar muestras de una fuerte emoción,—voy á referir lo que hasta hoy no había confiado á nadie. El motivo que he tenido para callar estas cosas en mis declaraciones ante el *coroner* es el de que un hombre de ciencia debe evitar siempre el colocarse públicamente en una situación que pueda hacerlo aparecer como apoyando una superstición popular. Tenía, además, otra razón para obrar así; la de que, como dice bien el periódico, Baskerville Hall quedaría seguramente abandonado si ocurría algo que tendiera á acrecentar su fama ya siniestra. Por estas dos razones consideré que mi proceder estaría justificado si decía más bien menos de lo que sabía, tanto más cuanto que ningún beneficio positivo podía resultar de contarlo todo; pero ahora, con usted tengo que ser completamente franco.

«El páramo en que está situado Baskerville Hall »tiene muy escasos moradores, y los que vivimos »cerca uno del otro somos muy unidos. Por esta »razón veía yo frecuentemente á sir Carlos Bas»kerville. Excepción hecha del señor Frankland, »de Lafter Hall, y del señor Stapleton, de Merri»pit House, no hay allí hombres cultos en un ra»dio de muchas millas. Sir Carlos era un hombre »retirado, pero la circunstancia de su enfermedad »me acercó á él, y desde entonces una comunidad »de intereses por la ciencia nos mantuvo juntos. »El había traído de Sud-Africa un gran caudal de »informaciones científicas, y han sido muchas las »veladas deliciosas que hemos pasado los dos dis-

»cutiendo la anatomía comparada del *bosjesman*
»y del hotentote.

»En el curso de los últimos meses fué haciéndose cada vez más evidente, para mí, que el sistema nervioso de sir Carlos se hallaba en un estado de tensión extrema. Mi amigo había tomado á pechos, de una manera excesiva, la leyenda que he leído; á tal punto que, aun cuando siempre habría estado en terreno propio, nada hubiera podido inducirlo á salir de noche al páramo. Por increíble que el hecho pueda parecerle, señor Holmes, sir Carlos estaba sinceramente convencido de que una calamidad terrible pesaba sobre su familia, y, á la verdad, los hechos que citaba él de sus antepasados no eran nada alentadores. La idea de un fantasma que lo perseguía era su obsesión constante, y más de una vez me preguntó si en mis excursiones nocturnas, por razones de mi profesión, no había visto yo algún animal extraño, ó no había oído el ladrido de un sabueso. Esto último, lo del sabueso, me lo preguntó muchas veces, siempre con voz vibrante de emoción.

»Recuerdo bien lo que pasó una tarde que fuí á verlo, como tres semanas antes del fatal suceso. Lo encontré precisamente en la puerta del Hall. Yo había bajado del tílburi y me acercaba para saludarlo, cuando vi que sus ojos se fijaban de pronto, por encima de mi hombro, en algo que daba á su semblante la expresión de horror más espantosa. Me volví rápidamente y tuve tiempo apenas para entrever algo así como un gran ternero negro, que cruzaba en su extremo y en sentido transversal, el camino para carruajes que acababa yo de recorrer. Sir Carlos se puso en un estado tal de excitación y de alarma que tuve

que ir hasta el sitio por donde había pasado el animal, la verja del parque, y mirar á todos lados tratando de descubrirlo. Pero no vi nada. El incidente causó la más grave impresión en el espíritu de sir Carlos. Estuve con él toda la noche, y en esta ocasión fué cuando me confió, para explicar la impresión que había sufrido, el manuscrito que he leído ya á ustedes. He referido este pequeño episodio porque adquiere cierta importancia en vista de lo que ocurrió después; pero en aquella ocasión yo estaba segurísimo de que el incidente había sido perfectamente trivial, y de que la agitación y sobresalto de sir Carlos no se justificaban de ninguna manera.

»Por consejo mío, era por lo que sir Carlos se disponía á marcharse á Londres. Yo sabía que su corazón andaba mal, y que la constante ansiedad en que vivía, por quimérica que pudiera ser la causa que la provocaba, estaba causando manifiestamente una seria perturbación en su salud; y calculé que, después de unos cuantos meses de distracciones en la ciudad, el hombre volvería al Hall completamente transformado. El naturalista Stapleton, de Merripit House, un amigo común, que se interesaba mucho también por la salud de sir Carlos, era de mi misma opinión. El viaje estaba, pues, resuelto; pero en el último momento ocurrió la fatal desgracia.

»La noche de la muerte de sir Carlos, Barrymore, el mayordomo que descubrió el cadáver, me envió á caballo al cochero Perkins; y como éste me encontró levantado todavía, pude llegar á Baskerville Hall una hora justa después de haberse producido la catástrofe. He verificado y he comprobado en persona todos los hechos citados

»en el sumario. Seguí las huellas por la alameda
»de los Tejos; vi el sitio junto al portillo donde sir
»Carlos parecía haberse detenido; observé el cam-
»bio de forma de las pisadas desde este punto;
»me cercioré de que no había en el suelo arenoso
»de la alameda más rastros que el de sir Carlos y
»el de Barrymore, y, por último, examiné minu-
»ciosamente el cadáver, que no había sido tocado
»hasta entonces. Sir Carlos estaba tendido boca
»abajo, con los brazos abiertos, los dedos ente-
»rrados en la arena y las facciones de tal manera
»convulsionadas, á causa de alguna emoción vio-
»lenta, que casi no me habría sido posible jurar
»su identidad. Su cuerpo no presentaba, sin em-
»bargo, lesión de ninguna clase. Pero Barrymore
»hizo una declaración errónea en el sumario; dijo
»que junto al cadáver no había huellas en el sue-
»lo. Él no vió ninguna, es cierto; pero yo sí... á
»corta distancia, muy frescas y muy claras.»

—¿Pisadas?

—Pisadas.

—¿De hombre ó de mujer?

El doctor Mortimer nos miró por un instante de una manera extraña, y su voz se hizo casi un susurro al contestar:

—¡Señor Holmes! ¡Eran las pisadas de un sabueso gigantesco!...

III

EL PROBLEMA

Confieso que al oir estas palabras sentí un escalofrío en todo el cuerpo. La voz del doctor temblaba de una manera que hacía ver lo profundamente emocionado que estaba él también por lo que nos contaba. Holmes se incorporó bruscamente, y sus ojos adquirieron el brillo duro, seco, que les era característico cuando mi amigo llegaba a interesarse vivamente en algo.

—¿Usted vió eso?—preguntó al doctor Mortimer.

—Tan claramente como estoy viendo á usted ahora.

—¿Y no ha dicho nada?

—¿Qué necesidad había?

—¿Cómo es que nadie más lo vió?

—Las huellas estaban á dos ó tres yardas del cadáver, y nadie les dió importancia. Me parece que yo tampoco me habría fijado en ellas á no haber sido que conocía la leyenda.

—¿Hay perros ovejeros en el páramo?

—Indudablemente. Pero aquél no era un perro ovejero.

—¿Dice usted que era grande?

—Enorme.

—¿Y no se había acercado al cuerpo?

—No mucho.

—¿Cómo estaba la noche?

—Húmeda y muy fría.

—¿Pero no llovía?

—No.

—¿Cómo es la alameda?

—Hay dos hileras de añosos tejos que forman cercas impenetrables, de doce pies de alto. El camino entre ambas cercas tiene unos ocho pies de anchura.

—¿Hay algo entre las cercas y el camino?

—Sí; á cada lado hay una faja de césped como de seis pies de ancho.

—¿Ha dicho usted que una de estas cercas está interrumpida en un punto, por un portillo?

—Sí; por el portillo que da salida al páramo.

—¿Hay alguna otra abertura en toda la alameda?

—Ninguna.

—¿De modo que para entrar en ella hay que salir de la casa, ó pasar por el portillo que da al páramo?

—Tiene otra comunicación, es cierto... en el extremo opuesto á la casa, á través de una glorieta del parque.

—¿Y había llegado sir Carlos á esta salida?

—No; había caído como á cincuenta yardas de ella.

—Bueno. Dígame ahora, doctor Mortimer; las huellas que usted vió ¿estaban en el camino ó en la faja de césped?

—No habrían podido verse huellas en el césped.

—¿Y aparecían del lado de la cerca donde está el portillo, ó del otro lado?

—Estaban junto al césped, del lado del portillo.

—¡Ah! ¡esto es muy interesante! Otro punto. ¿Estaba cerrada la barrera del portillo?

—Cerrada y con candado.

—¿Qué altura tiene la barrera?

—Unos cuatro pies.

—¿De modo que alguien podría haber pasado por encima?

—Sí.

—¿Y qué huellas vió usted junto á la barrera?

—Ninguna en particular.

—¡Santo Dios! ¿Nadie examinó aquel sitio?

—Sí; yo mismo lo examiné.

—¿Y no descubrió nada?

—Todo estaba muy confuso. Pero era evidente que sir Carlos se había detenido allí unos cinco ó diez minutos.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la ceniza del cigarro se había desprendido dos veces.

—¡Magnífico! Amigo Watson, éste sí que es un colega nuestro á pedir de boca. Pero ¿y las huellas en el suelo?

—No había más que las de sir Carlos en todo aquel pequeño parche de terreno arenoso. No pude descubrir otras.

Sherlok Holmes hizo un gesto de impaciencia y se dió una palmada en la rodilla.

—¡Si hubiera estado yo allí!—exclamó.—Este es á todas luces un caso de extraordinario interés que hubiera ofrecido oportunidades inmensas á un especialista científico. Aquella página de arena, en la cual tanto habría podido leer yo, hace ya mucho tiempo que habrá sido borroneada por la lluvia y raspada por los zuecos de los campesinos curiosos. ¡Oh, doctor Mortimer, doctor Mortimer! ¡Pensar

que usted no me llamó entonces!... ¡Muy grande es su responsabilidad, por cierto!

—Yo no habría podido llamarlo entonces, señor Holmes, sin revelar estas cosas á todo el mundo; y ya he expuesto las razones que he tenido para no hacer dicha revelación. Además... además...

—¿Qué?

—...Hay un terreno en el cual el más perspicaz y experimentado de los pesquisantes no puede hacer nada.

—¿Quiere usted decir con eso que la cosa es sobrenatural?

—No he dicho tanto.

—No; pero es evidente que lo piensa.

—Después de la tragedia, señor Holmes, han llegado á mi conocimiento ciertos hechos que es difícil conciliar con el orden de cosas establecido por la Naturaleza.

—¿Qué hechos?

—He sabido que antes de que ocurriera el terrible suceso ha sido visto en el páramo un monstruo que corresponde exactamente al demonio de los Baskerville, y que no podía ser de ninguna manera un animal conocido para la ciencia. Todos están de acuerdo en que era una bestia enorme, luminosa, horrible y fantástica. He interrogado y vuelto á interrogar á los que la vieron: uno es un campesino rudo, otro un herrador y otro un cacharrero del páramo, y todos me cuentan la misma historia de esta aparición terrible, que corresponde exactamente al sabueso infernal de la leyenda. Le aseguro, señor Holmes, que reina el terror en todo el distrito, y que tiene que ser muy intrépido el hombre que se atreva á cruzar ahora el páramo de noche.

—¿Y usted, hombre de ciencia experimentado, cree que la cosa sea sobrenatural?

—No sé qué creer; es todo lo que le puedo decir.

Holmes se encogió de hombros.

—Hasta ahora he limitado mis investigaciones á este mundo—dijo.—En una esfera muy modesta he combatido al mal; pero tomar por mi cuenta nada menos que el Espíritu del Mal en esencia, esto sería, quizá, una empresa demasiado ambiciosa. Usted tiene que admitir, sin embargo, que las pisadas eran materiales.

—El sabueso primitivo era suficientemente material para destrozarle la garganta á un hombre, y, sin embargo, también era diabólico.

—Veo, doctor Mortimer, que usted se ha pasado por completo á las filas de los credulones. Pero, vamos á ver, doctor, dígame un poco. Si esas son sus vistas ¿qué es lo que ha venido usted á consultarme? Me dice usted á un mismo tiempo que es inútil investigar la muerte de su amigo, y que desea que yo haga la investigación...

—Yo no he pedido á usted que haga investigación alguna.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere de mí?

—Que me aconseje lo que debo hacer con sir Enrique Baskerville, que llega á la estación Waterloo—y el doctor Mortimer consultó su reloj...—justamente dentro de una hora y cuarto.

—¿Es ese el heredero?

—Sí. Después de la muerte de sir Carlos hicimos averiguaciones respecto á este caballero, y supimos que estaba en el Canadá, ocupado en trabajos agrícolas. Por los informes que nos han llegado, es un joven excelente en todo sentido. No

hablo ahora como médico, sino como albacea testamentario de sir Carlos.

—Presumo que hay otros pretendientes...

—Ninguno. El único pariente que hemos podido descubrir, aparte de éste, es Rogelio Baskerville, el más joven de los tres hermanos. Sir Carlos era el mayor. El segundo, que murió joven, es el padre de este Enrique. El tercero, Rogelio, fué el lunar de la familia; había heredado el carácter de los antiguos déspotas de Baskerville Hall, y era la copia viva, según dicen, del retrato de familia del famoso Hugo; como calentaran mucho las cosas para él en Inglaterra, huyó á Centro-América, donde murió, en 1876, de fiebre amarilla. Enrique es, pues, el último de los Baskerville. Dentro de una hora y cinco minutos me encontraré con él en la estación de Waterloo, pues esta mañana desembarcó en Southampton, según me lo hizo saber por telegrama. Ahora bien, señor Holmes, ¿qué me aconseja usted que haga con él?

—¿Y por qué no habrá de ir el joven al hogar de sus antepasados?

—Parece muy natural, ¿no es cierto? Pero considere usted, señor Holmes, que todo Baskerville que va allí tiene un fin desgraciado. Estoy seguro de que, si sir Carlos hubiera podido hablarme antes de su muerte, me habría prevenido contra el peligro de llevar á aquella casa fatal á este joven, el último de su raza. Sin embargo, no puede negarse que la prosperidad de aquella pobre y desolada comarca depende de la presencia del heredero en Baskerville Hall. Toda la obra benéfica realizada por sir Carlos se derrumbará si el Hall queda deshabitado, temo dejarme llevar demasiado por mi propio interés en el asunto, y por esto he

venido á exponer á usted el caso y á pedirle consejo.

Holmes reflexionó durante un momento.

—En pocas palabras, la cuestión es ésta—dijo.—A juicio de usted existe una influencia diabólica que hace de Baskerville Hall una morada peligrosa para alguno de la familia, ¿no es así?

—Puedo decir, por lo menos, que hay pruebas de que es así.

—Perfectamente. Pero es indudable que, si su teoría de un agente sobrenatural es la cierta, este agente puede causar males al joven heredero tanto en Londres, y tan fácilmente, como en Devonshire. Un demonio con poderes puramente locales, como un alcalde de barrio, sería algo completamente inconcebible.

—Trata usted la cuestión con más ligereza, señor Holmes, de la que emplearía probablemente si llegara á estar en contacto personal con estas cosas. Su parecer, entonces, según entiendo, es que el joven, estará tan seguro en Devonshire como en Londres. Sir Enrique llega dentro de cincuenta minutos. ¿Qué me aconseja?

—Le aconsejo, señor, que tome un *cab*, que recoja á su perro que me está arañando la puerta de calle y que se vaya á la estación á recibir á sir Enrique Baskerville.

—¿Y después?

—Después no le dirá usted á él absolutamente nada hasta que yo haya hecho mi juicio sobre el asunto.

—¿Y cuánto tiempo necesitará usted para hacer su juicio?

—Veinticuatro horas. Mañana, á las diez de la mañana, doctor Mortimer, le estaré muy agradeci-

do si viene usted á verme aquí; y facilitará mis planes para más adelante el que traiga usted consigo á sir Enrique Baskerville.

—Así lo haré, señor Holmes.

El doctor Mortimer borroneó la cita en el puño de su camisa y se apresuró á salir, andando de la manera singular, inquisitiva y distraída, que le era propia. Al llegar al descanso de la escalera la voz de Holmes le detuvo:

—Una pregunta nada más, doctor Mortimer. ¿Ha dicho usted que fueron varios los que vieron aquella aparición en el páramo, antes de la muerte de su amigo?

—Tres personas la vieron.

—¿Y después la ha visto alguien?

—No he oído decir nada.

—Muchas gracias. Hasta mañana.

Holmes volvió á su asiento con una expresión tranquila de íntima satisfacción, que hacía ver que le era simpático el caso que tenía por delante.

—¿Se va, Watson?

—A menos que pueda servirle de algo.

—No, mi querido amigo; en el momento de obrar es cuando recurro á su ayuda. Pero el caso este es espléndido, realmente único desde algunos puntos de vista. Cuando pase por casa de Bradley, ¿quiere pedir que me manden una libra de tabaco picadura, del más fuerte que tengan? Gracias, desde luego. Sería también bueno que considerase usted conveniente no volver por aquí hasta la noche. Entonces tendré mucho gusto en que comparemos nuestras impresiones sobre este problema tan interesante que se nos acaba de exponer.

Bien sabía yo que la reclusión y la soledad eran muy necesarias á mi amigo en aquellas horas de

concentración mental intensa, durante las cuales analizaba partícula por partícula los hechos comprobados, construía teorías disyuntivas, poniéndolas en balanza una con otra, y llegaba á una conclusión respecto á los puntos que eran esenciales y á los que no lo eran. Por consiguiente, pasé el día en el club y no volví á nuestra casa de la calle Baker hasta la noche. Estaban por dar las nueve cuando llegué á la puerta de la sala.

La primera impresión que sentí al abrirla fué la de que había estallado un incendio; porque la pieza estaba tan llena de humo, que la luz de la lámpara sobre la mesa, aparecía completamente velada. Pero cuando entré se disiparon mis temores, pues fué el humo acre del tabaco fuerte y ordinario lo que me apretó la garganta y lo que me produjo un acceso de tos. A través de la niebla entreveía vagamente á Holmes, en bata de casa, acurrucado en un sillón, con su negra pipa de arcilla en la boca. Varios rollos de papel estaban tirados en el suelo, alrededor de él.

—¿Se ha resfriado, Watson?—me preguntó.

—No; es esta atmósfera envenenada.

—Sí, veo que está bastante pesada, ahora que usted habla de ella.

—¿Pesada? ¡Insoportable!

—Abra la ventana, entonces. Parece que ha pasado usted el día en el club...

—¡Mi querido amigo!

—¿Estoy en lo cierto?

—Seguramente. Pero, ¿cómo?...

Holmes se rió al ver mi expresión desconcertada.

—Es usted tan deliciosamente ingenuo, Watson, que siento siempre verdadero placer en ejercitar á

expensas de usted las pequeñas facultades que poseo. Un caballero sale á la calle un día lluvioso y fangoso, y vuelve por la noche, inmaculado, con el sombrero y los botines siempre brillantes. Por consiguiente, ha estado de plantón todo el día. Ahora, bien: no es hombre que tenga amigos íntimos. ¿Dónde puede haber estado entonces? ¿No salta á la vista?

—Sí; salta á la vista.

—El mundo está lleno de cosas que saltan á la vista, y que nadie, ni por casualidad, observa nunca. ¿Dónde cree usted que he estado yo?

—De plantón también.

—Al contrario, he ido á Devonshire.

—¿Con el pensamiento?

—Exactamente. Mi cuerpo ha permanecido en este sillón, y en mi ausencia ha consumido, lamento notarlo ahora, dos grandes potes de café, y una increíble cantidad de tabaco. Cuando usted se fué, mandé á casa de Stamford por el mapa militar de aquella parte del páramo de Dart, y mi espíritu ha estado revoloteando por encima de éste todo el día. Me jacto de que ahora podría recorrer aquellos parajes con toda seguridad.

—Un mapa en grande escala, supongo.

—En muy grande escala—dijo Holmes, y poniéndolo sobre sus rodillas lo desarrolló en parte. —Aquí tiene usted el distrito especial que nos interesa. Esto, en el centro, es Baskerville Hall.

—¿Con un bosque alrededor?

—Exactamente. Me imagino que la avenida de los Tejos, aunque aquí no está el nombre, ha de extenderse á lo largo de esta línea, con el páramo, como usted ve, á la derecha. Este pequeño grupo de casas es la aldea de Grimpen, donde tiene su

cuartel general nuestro amigo el doctor Mortimer. Como usted ve, en un radio de cinco millas no hay más que unos cuantos edificios aislados. Este es Lafter Hall, citado por el doctor Mortimer. Esta casa señalada aquí debe ser Merripit House, la residencia del naturalista... Stapleton, se llamaba si mal no recuerdo. Aquí, siempre en el páramo, hay dos granjas «Picacho Alto» y «Cenagal Pérfido». Aquí, á catorce millas de distancia, está el gran presidio de Princetown. Entre todos estos puntos aislados, y alrededor de cada uno de ellos, se extiende el páramo, desolado y yermo. Este es, pues, el escenario en que se ha estrenado una tragedia, cuya segunda representación en el mismo sitio podríamos provocar.

—Debe ser un lugar salvaje.

—Sí, la decoración es apropiada. Si el demonio hubiera querido meter su mano en los asuntos de los hombres...

—¿Se inclina usted, entonces, á dar al caso una explicación sobrenatural?

—Los agentes del demonio pueden ser de carne y hueso, ¿no es así?... Pero hay dos cuestiones que debemos resolver ante todo. La primera es si ha habido crimen efectivamente; la segunda, cuál es el crimen y cómo se ha cometido. Por supuesto, si la suposición del doctor Mortimer fuera correcta, y se tratara de fuerzas extrañas á las leyes ordinarias de la Naturaleza, nuestra investigación habría terminado ya, antes de empezar. Pero para aceptar esto, tenemos que haber agotado todas las hipótesis posibles en el sentido de dar una explicación natural al caso... Creo que podemos volver á cerrar aquella ventana, si á usted le es lo mismo. Es extraño, pero me consta que una atmós-

fera concentrada facilita la concentración del pensamiento. No he llevado las cosas al extremo de encerrarme en un cajón para pensar, pero ésta sería la consecuencia lógica de mis convicciones al respecto. ¿Ha dado ustd vueltas al caso en su pensamiento?

—Sí, he pensado bastante en él durante el día.

—¿Y qué le parece?

—Es muy embrollado.

—Tiene ciertamente su carácter propio. Pero hay puntos resaltantes. Aquel cambio en las pisadas, por ejemplo. ¿Qué deduce usted de él?

—Mortimer dijo que sir Carlos había andado de puntillas por aquella parte de la alameda.

—Mortimer no hizo más que repetir lo que algún loco habrá dicho en el sumario. ¿Por qué habría andado el hombre de puntillas por la alameda?

—¿Y, entonces?

—Corría, Watson... corría desesperadamente, corría con toda el alma, corría hasta que se le reventó el corazón y cayó de bruces, muerto.

—¿Y por qué corría?

—Ese es el problema. Hay indicios de que el hombre estaba loco de terror antes de que echara á correr.

—¿Qué indicios?

—Supongamos que ha estado esperando algo del lado del páramo. Ahora bien: si lo que vió en el portillo no le hubiera causado terror, ¿cómo se explica que perdiese la cabeza al extremo de echar á correr, no hacia la casa, sino en dirección contraria? Por otra parte, si se da crédito á la declaración del gitano, sir Carlos corría pidiendo á gritos auxilio. Bueno: ¿á quién esperaba él aquella

noche, y por qué lo esperaba en la alameda y no en su propia casa?

—¿Cree usted entonces que estaba esperando á alguien?

—El hombre era viejo y achacoso, y el suelo estaba húmedo y la noche destemplada. En tales condiciones ¿es natural que se dejara estar allí unos cinco ó diez minutos, como el doctor Mortimer, con más sentido práctico del que yo le hubiera supuesto, ha deducido de la ceniza del cigarro?

—Pero sir Carlos salía todas las noches.

—Creo poco probable que todas las noches esperara en el portillo. Por el contrario, lo que está comprobado es que evitaba el páramo. Aquella noche esperó allí. Era la noche anterior al día de su partida á Londres. La cosa va tomando formas, Watson. Se hace coherente. ¿Quiere hacerme el favor de alcanzarme el violín? Y aplacemos toda otra reflexión sobre el asunto hasta mañana, cuando hayamos tenido la oportunidad de ver al doctor Mortimer y á sir Enrique Baskerville.

IV

SIR ENRIQUE BASKERVILLE

La mesa de nuestro desayuno había sido despejada temprano, y Holmes, en su bata de casa, esperaba la prometida visita. Nuestros clientes fueron puntuales, porque apenas habían dado las diez

cuando apareció el doctor Mortimer, seguido por el *baronet*. Éste era un joven como de treinta años, delgado, ágil, de complexión muy robusta, ojos negros, cejas gruesas, también negras, y facciones duras y agresivas. Vestía un traje de lanilla, de tinte rojizo, y tenía la tez curtida del que ha pasado la mayor parte de su vida al aire libre; pero había algo en la fijeza de su mirada y en la tranquila firmeza de su porte, que denunciaba al caballero.

—Éste es sir Enrique Baskerville—dijo el doctor Mortimer.

—Efectivamente—dijo el presentado;—y lo curioso del caso, señor Sherlock Holmes, es que si mi amigo no me hubiera propuesto venir á ver á usted, yo lo habría hecho por propia iniciativa. Tengo entendido que usted sabe descifrar pequeños enigmas, y yo he recibido uno esta mañana que exige más cavilaciones de las que caben en mi cabeza.

—Sírvase tomar asiento, sir Enrique. ¿Debo deducir de sus palabras que le ha sucedido á usted alguna cosa extraordinaria después de su llegada á Londres?

—Nada que sea importante, señor Holmes. Sólo se trata de una broma, que tal vez no sea broma. Es esta carta, si se puede llamar carta á esto que ha llegado á mis manos esta mañana.

El *baronet* puso un sobre encima de la mesa, y todos nos acercamos á verlo. Era un sobre común, de color agrisado. La dirección: «Sir Enrique Baskerville, Northumberland Hotel», estaba escrita con letra muy tosca; el sello postal decía: «Charing Cross» y tenía la fecha y la hora de la noche anterior.

—¿Quién sabía que usted iba á alojarse en el Northumberland Hotel?—preguntó Holmes, clavando los ojos en sir Enrique Baskerville.

—Nadie podía haberlo sabido. Esto sólo se resolvió ayer, cuando nos vimos con el doctor Mortimer.

—Pero el doctor Mortimer ya estaba parando allí, sin duda...

—No; yo me alojaba en casa de un amigo—dijo el doctor.—Antes que entráramos en el hotel era absolutamente imposible que alguien supiera que íbamos á alojarnos allí.

—¡Hum!... Parece que hay quien está profundamente interesado en seguir á ustedes los pasos—dijo Holmes.

Y tomando el sobre sacó de él una media carilla de papel de oficio, plegada en cuatro. La abrió y la asentó sobre la mesa. En el centro aparecía una sola frase, y para escribirla se había recurrido al expediente de pegar, unas tras otras, palabras recortadas de algún impreso. La frase era ésta: «Si »aprecia en algo su vida ó su razón no vaya al pá»ramo.» La palabra «páramo» era la única manuscrita.

—Ahora bien—dijo sir Enrique Baskerville;—tal vez usted pueda decirme, señor Holmes, qué demonios significa esto, y quién es el que se toma tanto interés por mí.

—¿Qué piensa usted al respecto, doctor Mortimer? Tiene usted que empezar por confesar que en esto no hay, de ningún modo, nada de sobrenatural.

—Así es, señor. Pero muy bien puede haber salido de alguien que esté convencido de que lo que sucedió fué sobrenatural.

—¿Qué es lo que ha sucedido?—preguntó vivamente sir Enrique.—Me está pareciendo que todo el mundo sabe aquí mucho más que yo sobre mis propios asuntos.

—Usted sabrá tanto como nosotros, sir Enrique, antes de que salga de esta pieza; se lo prometo—dijo Sherlock Holmes.—Pero, con su permiso, vamos á limitarnos por el momento á este documento tan interesante, que debe haber sido preparado ayer, desde que fué puesto anoche en el correo. ¿Tiene usted el *Times* de ayer, Watson?

—Está allí, en aquel rincón.

—¿Quiere usted alcanzármelo?... El pliego interior, hágame el servicio; la página de los editoriales... ¡Ajá!

Holmes recorrió rápidamente la hoja impresa, paseando la mirada de arriba abajo, columna por columna.

—¡De primer orden el artículo este sobre librecambio!—dijo de pronto.—Permítanme ustedes que les lea un párrafo: «Pero *no vaya* uno á alu»cinarse pensando que *su* ramo particular en el »campo del comercio ó de la industria tendría nue»va *vida*, ó, por lo menos, mejoraría *en algo*, *al* »adoptarse el régimen proteccionista; porque *si* se »*aprecia* el resultado que en definitiva tendría éste, »se verá que *su* pretendida superioridad carece to»talmente de *razón* de ser...»

—¿Qué me dice de esto, Watson?—exclamó Holmes alborozado, soltando el diario y frotándose las manos fieramente.—¿Tendrá razón el articulista? ¿Qué le parece?

El doctor Mortimer miró á Holmes con un interés que me pareció profesional, y sir Enrique fijó en mí un par de ojos azorados.

—No conozco gran cosa en materia de proteccionismo ó librecambio, ó asuntos por el estilo—dijo sir Enrique;—pero lo que me parece es que nos hemos salido un poco de la cuestión de la carta.

—Por el contrario, estamos bien metidos dentro de ella, sir Enrique. Mi amigo Watson, conoce mejor que usted mis procedimientos ,pero temo mucho que él tampoco haya entendido bien el significado de esta frase.

—No; confieso que no veo la relación.

—Y, sin embargo, mi querido Watson, la relación es tan estrecha que una cosa no es más que el extracto de la otra. *No vaya*, *su*, *ó*, *vida*, *en algo*, *al*, *si*, *aprecia*, *su razón*. ¿No ve usted ahora de dónde han sido sacadas las palabras?

—¡Rayos y truenos! ¡Tiene usted razón! ¡Esta sí que es perspicacia!—exclamó sir Enrique.

—Si pudiera haber alguna duda—observó Holmes,—la disipa el hecho de que las palabras «*no vaya* y «*en algo*» han sido cortadas juntas.

—¡A ver, á ver!... ¡Es cierto!—confirmó el *baronet*.

—Realmente, señor Holmes, esto supera á cuanto yo podía haberme imaginado—dijo el doctor Mortimer mirando con asombro á mi amigo.—Me hubiera explicado que alguno dijese que las palabras procedían de un diario; pero que usted haya nombrado el diario, y haya agregado que habían sido recortadas de un artículo editorial, esto es verdaderamente una de las cosas más notables que he conocido en mi vida. ¿Cómo ha llegado usted á saberlo?

—Supongo, doctor, que usted podría distinguir el cráneo de un negro del de un esquimal...

—Seguramente.

—Pero... ¿por qué, cómo?

—Porque ese es mi pasatiempo predilecto. Las diferencias entre uno y otro son manifiestas. La protuberancia frontal, el ángulo facial, la curva maxilar, la...

—Pues éste es también mi pasatiempo predilecto, y las diferencias son igualmente manifiestas. Hay tanta diferencia á mis ojos entre el tipo *bourgeois* interlineado de un editorial del *Times* y la desaliñada impresión de un diario vespertino de medio penique, como puede haberla entre su negro y su esquimal. La ubicación, diré, de los tipos usados por los principales diarios y periódicos, es una de las ramas de conocimiento más elementales del especialista en crímenes; aunque confieso que una vez, siendo muy joven, confundí el *Leeds Mercury* con el *Western Morning News*. Pero un editorial del *Times* es absolutamente inconfundible, y estas palabras no podían haber sido sacadas de ninguna otra parte. En fin, como la cosa había sido hecha ayer, lo más probable era que encontráramos las palabras en el número de ayer.

—Entonces, por lo que alcanzo á comprender, señor Holmes—dijo sir Enrique,—alguien ha recortado las palabras de este mensaje con unas tijeras...

—Tijeritas para las uñas — corrigió Holmes.— Verá usted que eran tijeras de hoja muy corta si observa que han sido necesarias dos tijeretadas para recortar tanto *no vaya* como *en algo*.

—Es cierto. Alguien, pues, recortó las palabras del mensaje con un par de tijeritas, y las pegó con engrudo...

—Con goma—corrigió Holmes.

—...con goma sobre el papel. Pero me gustaría

saber por qué la palabra «páramo» está manuscrita.

—Porque el que la escribió no pudo encontrarla impresa. Todas las demás palabras eran sencillas y podían estar en cualquier número, pero «páramo» no es tan corriente.

—¡Es claro, por supuesto! ¡Así se explica! ¿Ha leído usted alguna cosa más en este mensaje, señor Holmes?

—Hay uno que otro indicio, aun cuando su autor ha hecho los mayores esfuerzos para no dejar huellas. Como usted ve, la dirección está escrita con una letra muy tosca. Pero el *Times* es un diario que rara vez se encuentra en manos de personas que no sean muy educadas. Podemos suponer, por lo tanto, que la carta ha sido fabricada por un hombre culto que quería pasar por inculto, y su esfuerzo para disimular la letra sugiere la idea de que esta letra podía ser reconocida, ó llegar á ser reconocida por usted. Ahora bien: observará usted que las palabras no están pegadas exactamente en línea recta, pues unas aparecen más altas que las otras. La palabra *vida*, por ejemplo, está completamente fuera de su lugar. Esto puede significar descuido, como también puede significar agitación y prisa. En definitiva, me inclino á suponer esto último, desde que, como el asunto es evidentemente de importancia, no es probable que al hacer este mensaje sobre él, el hombre se haya descuidado. Suponiendo, pues, que hubiera obrado precipitadamente, esto provocaría la interesante cuestión de ¿por qué estaba apurado? desde que, si la carta hubiera sido puesta en el correo esta mañana temprano, habría llegado á manos de sir Enrique, antes de que sir Enrique saliera del

hotel. ¿Temía el hombre una intervención?... ¿Y de quién?

—Vamos entrando ya, se puede decir, en el terreno de las adivinanzas—dijo el doctor Mortimer.

—Diga usted, más bien, en el terreno en que se pesan las probabilidades y se escogen las más verosímiles. Esta es la misión que la imaginación desempeña en la ciencia, aunque nosotros siempre tenemos alguna base material en qué fundar nuestras especulaciones. Pues bien: usted podrá decir, tal vez, que esto es también una adivinanza, pero estoy casi seguro de que la dirección ha sido escrita en un hotel.

—¿Cómo diablos puede saberlo?

—Si la examina usted prolijamente, verá que tanto la pluma como la tinta, han dado que hacer al escritor. La pluma ha chisporroteado dos veces en una misma palabra, y se ha secado tres veces, en una dirección tan corta, lo que demuestra que había muy poca tinta en el tintero. Ahora bien: una pluma ó un tintero en una casa particular, rara vez llega á estar en semejante estado, y que lleguen á estarlo ambas cosas á un tiempo, es algo más difícil todavía. En cambio, usted conoce la pluma y la tinta de un hotel, donde es difícil encontrar nada de repuesto. Sí; no vacilo casi al decir que, si pudiéramos registrar los cestos de papeles inútiles de los hoteles más próximos á Charing Cross, hasta que encontráramos los restos del *Times* mutilado, podríamos poner las manos en seguida sobre la persona que ha enviado este singular mensaje. ¡Hola, hola! ¿Qué es esto?

Holmes había estado examinando prolijamente el papel en que estaban pegadas las palabras, sosteniéndolo para ello á una ó dos pulgadas de sus ojos.

—¿Qué hay?

—Nada—dijo dejando el papel sobre la mesa.—Es una media carilla completamente en blanco, sin filigrana siquiera. Creo que hemos sacado ya todo cuanto hay que sacar de esta curiosa carta. Vamos á ver ahora, sir Enrique: ¿le ha sucedido á usted alguna otra cosa de interés desde que está en Londres?

—No, señor Holmes. Creo que no.

—¿No ha notado que alguien lo siga ó lo observe?

—Parece como si hubiera venido aquí á meterme en el centro mismo de una novela de folletín—exclamó el *baronet*.—¿Para qué diablos tiene que seguirme ó que observarme nadie?

—Vamos á llegar ya á eso, sir Enrique. ¿No tiene usted nada más que comunicarnos antes de que entremos en materia?

—¡Vaya! Eso depende de lo que usted considere digno de ser comunicado.

—Considero digno de ser comunicado todo cuanto salga de la rutina ordinaria de la vida.

Sir Enrique se sonrió.

—No conozco gran cosa las costumbres en Inglaterra, por cuanto he pasado casi toda mi vida en los Estados Unidos y en el Canadá. Pero supongo que el que uno pierda de repente uno de sus botines no es cosa que entre en la rutina ordinaria de la vida en Londres.

—¿Ha perdido usted uno de sus botines?

—Mi querido señor—intervino el doctor Mortimer, dirigiéndose al *baronet*; —se ha extraviado solamente. Seguramente lo habrán encontrado ya

cuando usted vuelva al hotel. ¿Qué necesidad hay de molestar al señor Holmes con bagatelas de este género?

—¡Hombre! Me ha preguntado por cosas que se salgan de la rutina ordinaria de la vida.

—Justamente—dijo Holmes,—y por tonto que el hecho pueda parecer. ¿Decía usted que ha perdido uno de sus botines?

—Bueno... se habrá extraviado, sea como fuere. Anoche dejé los dos del lado de afuera, junto á la puerta, y esta mañana sólo encontré uno. Interrogué al muchacho que los limpia, pero no pude poner nada en claro. Lo peor del caso, es que anoche los compré en el Strand, y que no los había estrenado todavía.

—Y si no los había usado todavía, ¿por qué quería que los limpiaran?

—Eran botines de cuero crudo y no estaban barnizados. Por eso los dejé afuera.

—¿Quiere decir, entonces, que ayer, en cuanto llegó usted á Londres, se fué á comprar un par de botines?

—Compré hastantes cosas. El doctor Mortimer se tomó la molestia de acompañarme. Usted comprenderá que si tengo que ser propietario allá, en Devonshire, debo vestir al personaje; y es probable que me haya hecho un poco descuidado en mis costumbres allá en América. Entre otras cosas compré ese par de botines, que me costaron seis pesos.

—El robo parece ser singularmente inútil—dijo Sherlock Holmes.—Confieso que participo de la creencia del doctor Mortimer, de que no pasará mucho tiempo sin que aparezca el botín perdido.

—Ahora, caballeros—dijo el *baronet* en tono resuelto,—creo que he hablado bastante sobre lo poco que sé. Ya es hora de que cumplan ustedes su promesa de darme cuenta detallada de qué es lo que estamos todos tratando aquí.

—Su deseo es muy razonable—dijo Holmes.—Doctor Mortimer, creo que lo mejor que puede hacer usted es contar la historia á sir Enrique tal como nos la contó á nosotros.

Invitado de este modo, nuestro científico amigo sacó sus papeles del bolsillo, y expuso el caso en todos sus detalles, como lo había hecho la mañana anterior. Sir Enrique Baskerville lo oyó con la más profunda atención, soltando de tiempo en tiempo una exclamación de asombro.

—¡Caramba!—dijo, cuando el doctor Mortimer hubo terminado.—¡Parece que me ha tocado una herencia de mil diablos! La historia del sabueso la conozco, por supuesto, desde que era una criatura. Es el cuento mimado de la familia, y nunca hasta ahora se me había ocurrido tomarlo por lo serio. Pero, por lo que se refiere á la muerte de mi tío... ¡caramba!... todo eso parece que estuviera hirviéndome dentro de la cabeza; no puedo comprender nada. Por lo que veo, no se ha puesto en claro todavía si éste es un caso en que deba intervenir la policía ó la iglesia.

—Precisamente.

—Y ahora tenemos la cuestión de la carta que me han dirigido al hotel. Me parece que el carácter misterioso de esta misiva está perfectamente de acuerdo con el asunto.

—La carta hace ver que hay alguien que sabe mejor que nosotros lo que está pasando en el páramo—dijo el doctor Mortimer.

—Demuestra también—observó Holmes,—que

hay alguien que no le tiene mala voluntad á sir Enrique, desde que le previene el peligro.

—O puede ser que, para facilitar sus propósitos, quiera alarmarme á fin de que no vaya al Hall.

—Sí; por supuesto, eso también es posible. Debo dar á usted las más expresivas gracias, doctor Mortimer, por haberme presentado un problema que ofrece varias disyuntivas, todas muy interesantes. Pero la cuestión práctica que tenemos que resolver ahora, sir Enrique, es si es ó no prudente que usted vaya á Baskerville Hall.

—¿Por qué no habría de ir?

—Parece que sería peligroso.

—Supone usted que el peligro pueda venir del monstruo de la leyenda ó de algún ser humano?

—Esto es precisamente lo que tenemos que averiguar.

—Sea cual fuere el peligro, mi resolución está hecha. No hay demonio en el infierno, señor Holmes, ni hombre alguno en la tierra que pueda impedirme ir al hogar de mi familia; debe usted considerar esto como mi resolución definitiva.

Sir Enrique había fruncido el entrecejo, y á sus mejillas había asomado un tinte rojo sombrío. Bien se veía que el fiero carácter de los Baskerville no se había extinguido en este último representante de la familia.

—Por lo demás—agregó,—todavía no he tenido tiempo de pensar sobre todo lo que se me acaba de hacer saber. Es fuerte cosa para un hombre el tener que conocer las cosas y decidir sobre ellas de una sola sentada. Me gustaría poder disponer de una hora de tranquilidad para hacer mi juicio al respecto. Vea un poco, señor Holmes: ahora son las once y media, y pienso irme directamente al

hotel. ¿Qué le parece? ¿por qué no me hacen el favor, usted y su amigo, el doctor Watson, de ir á tomar el *lunch* con nosotros, á las dos? Entonces podré decir á usted, de una manera positiva, qué es lo que pienso sobre el asunto.

—¿No tiene usted inconveniente, Watson?

—Ninguno.

—Bueno; puede usted esperarnos. ¿Hago llamar un *cab*?

—Preferiría caminar, porque esta conversación me ha sofocado un poco.

—Yo lo acompañaré á pie con mucho gusto—le dijo el doctor Mortimer.

—Entonces, hasta luego, á las dos. *Au revoir.*

Oímos las pisadas de nuestros visitantes, que bajaban la escalera, y en seguida el golpe de la puerta de calle al cerrarse. En un instante, Holmes dejó de ser el lánguido soñador, para convertirse en el hombre de acción.

—¡Su sombrero y sus botines, Watson! ¡pronto!... ¡No hay que perder ni un momento!—y al decir esto corrió á su cuarto, del que salió, pocos segundos después, correctamente vestido de levita.

Bajamos precipitadamente la escalera y salimos á la calle. El doctor Mortimer y sir Enrique estaban ya como á doscientas yardas, del lado de la calle de Oxford.

—¿Corro á detenerlos?

—¡Por nada del mundo, mi querido Watson! Me doy por muy satisfecho con la compañía de usted, si es que usted tolera la mía. Nuestros amigos han hecho muy bien, porque la mañana es lindísima, por cierto, para dar un paseo á pie.

Holmes apretó el paso, y llegamos á reducir á

la mitad la distancia que nos separaba de ellos. Y así, conservándonos siempre á unas cien yardas, los seguimos hasta la calle de Oxford, y por ésta hasta la de Regent. En una ocasión, se pararon para mirar el escaparate de una tienda, al ver lo cual nosotros, hicimos lo mismo. Un instante después, Holmes soltó una exclamación de sorpresa, y siguiendo la mirada de sus ójos ansiosos, vi que se fijaban, hacia el otro lado de la calle, en un *cab* que, después de haberse detenido como nosotros, echaba á andar otra vez lentamente en nuestra misma dirección.

—¡Ese es el hombre, Watson! ¡Corra!... Le echaremos un buen vistazo, si es que no podemos hacer más.

Aceleramos el paso, y en el mismo instante en que alcanzábamos al *cab* vi dentro de él, á través de la ventanilla lateral, una barba negra y tupida y un par de ojos escrutadores que se fijaban en nosotros. Inmediatamente se alzó con violencia el postiguillo del techo del carruaje, le gritaron algo al cochero, y el *cab* salió á escape por la calle Regent. Holmes buscó ansiosamente con los ojos otro coche, pero no se veía ninguno desocupado. Entonces echó á correr también, como un loco, por el medio de la calle; pero la ventaja que nos llevaba el *cab* era demasiado grande, y pronto se perdió de vista.

—¡Vea usted!—dijo Holmes contrariado, surgiendo pálido y jadeante de entre la corriente de vehículos.—¿Se ha visto nunca una suerte más puerca y un procedimiento más estúpido que el mío? Watson, Watson; si su conciencia es honrada, usted tendrá que consignar también este fracaso, y presentarlo contra mis triunfos.

—¿Quién era ese hombre?

—No tengo la menor idea.

—¿Un espía?

—Vea: era evidente, por lo que hemos oído, que sir Enrique estaba siendo objeto de una estrecha vigilancia desde su llegada á Londres. ¿De qué otra manera podía haberse sabido que era en el North-umberland Hotel donde iba á alojarse? Y si lo habían seguido el primer día, supuse que también lo seguirían el segundo. ¿Notó usted que, mientras el doctor Mortimer repetía su historia, me acerqué dos veces á la ventana?

—Sí, me acuerdo.

—Quería saber si había *desocupados* paseándose por la calle, pero no vi ninguno. Tenemos que habérnoslas con un hombre muy hábil, Watson. Este asunto es muy intrincado, y aunque todavía no puedo precisar, de una manera definitiva, si es un agente amigo ó enemigo el autor del anónimo y el hombre del *cab*, me doy cuenta, sin embargo, de su fuerza y de que algo se propone. Cuando salieron nuestros amigos, me dispuse á seguirlos inmediatamente, con la esperanza de descubrir á su misterioso perseguidor. El hombre es tan astuto, que no se consideró seguro á pie, y se sirvió de un *cab* á fin de poder andar despreocupadamente detrás de ellos, como si se paseara, ó pasarlos á escape, con lo que evitaba el peligro de hacerse sospechoso. Este método tenía, además, la ventaja de que, si ellos tomaban un coche, él estaba ya listo para seguirlos. Pero también tenía, por supuesto, una desventaja manifiesta.

—La de que se entregaba al cochero.

—Exactamente.

—¡Qué lástima que no hayamos tomado el número!

—Mi querido Watson, por torpe que haya sido yo esta vez, no vaya á creer usted que me olvidé de tomar el número: 2704 es el de nuestro hombre. Pero esto no nos sirve para nada por el momento.

—La verdad es que no sé cómo podría haber hecho usted en este caso más de lo que ha hecho.

—Al ver el *cab*, debía haberme vuelto instantáneamente, tomando otra dirección. Entonces con toda tranquilidad, podría haber subido á otro *cab* y haber seguido al individuo á una distancia prudencial; ó, mejor todavía, nos habríamos ido al Northumberland Hotel á esperarlo. Una vez que nuestro desconocido hubiera dejado á sir Enrique en su casa, habríamos tenido ocasión de hacerle á él el mismo juego, viendo adónde se dirigía. Lo cierto es que, por avidez indiscreta, de la que se aprovechó nuestro adversario con extraordinaria prontitud y destreza, nos hemos traicionado y hemos perdido la pista.

Durante esta conversación habíamos seguido despreocupadamente por la calle Regent, y hacía tiempo que habían desaparecido de nuestra vista el doctor Mortimer y su compañero.

—No hay ya objeto en seguirlos—dijo Holmes.—La sombra se ha ido y no volverá. Vamos á ver qué otras cartas tenemos en la mano, y las jugaremos resueltamente. ¿Podría usted hacer una declaración jurada respecto á la cara del hombre que estaba en el *cab*?

—Sólo podría jurar respecto á la barba.

—Yo también no he visto más que la barba... de lo que deduzco que, muy probablemente, era

postiza. Al meterse en una empresa tan delicada, un hombre astuto como él no dejaría ver su barba si la tuviera propia; de modo que si la usaba era para ocultar sus facciones. Entre, Watson.

Holmes se introdujo en una de las oficinas seccionales de mensajeros, cuyo jefe le hizo una calurosa acogida.

—¡Vaya, Wilson! Veo que no se ha olvidado usted de aquel asuntito en que tuve la suerte de ayudarlo.

—No señor, no lo he olvidado. Usted me salvó la reputación y tal vez la vida.

—Mi querido amigo, no exagere. Creo recordar, Wilson, que usted tiene entre sus muchachos un tal Cartwright, que reveló alguna habilidad en aquella investigación.

—Sí, señor; todavía está con nosotros.

—¿Podría hacerlo subir?... Gracias. ¿Quiere hacerme también el favor de cambiarme este billete de veinte pesos?

Respondiendo al llamado de su jefe apareció un muchacho como de catorce años, de fisonomía despierta y brillante. Al ver á mi amigo se quedó mirándolo con gran reverencia.

—Permítame la guía de hoteles—dijo Holmes al jefe.—Gracias. Mira, Cartwright, aquí te he marcado veintitrés hoteles, todos en las inmediaciones de Charing Cross. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Tienes que visitarlos uno por uno.

—Sí, señor.

—Empezarás por darle al conserje una moneda de veinte centavos en cada caso. Aquí tienes veintitrés de ellas.

—Sí, señor.

—Le pedirás que te deje ver los papeles de la basura de ayer, diciéndole que se ha extraviado un telegrama importante, y que tienes que buscarlo. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—Pero lo que buscarás en realidad será una página del *Times* de ayer, la de los editoriales, que tenga unos agujeros hechos con tijeras. Aquí tienes el diario. Esta es la página. ¿Podrás conocerla fácilmente?

—Sí, señor.

—El conserje llamará entonces á alguno de los sirvientes á quien darás también otra moneda igual. Aquí tienes veintitrés más. En veinte, quizás, de los veintitrés hoteles, te dirán que la basura ya ha sido quemada ó sacada de la casa, y en los otros tres casos te mostrarán un montón de papeles, en el cual buscarás la página. Hay muchísimas probabilidades de que no la encuentres. Aquí tienes diez monedas más por lo que pueda suceder. Y antes de la noche me harás saber el resultado de tu pesquisa por medio de un telegrama á mi casa de la calle Baker. Ahora, Watson, lo único que nos queda por hacer, es averiguar por telégrafo quién es el cochero número 2704; después nos meteremos en una de las galerías de pinturas de la calle Bond, y nos entretendremos allí hasta que sea hora de ir á Northumberland Hotel.

V

TRES HILOS ROTOS

Sherlock Holmes tenía en alto grado la facultad de distraer á voluntad su espíritu. Durante dos horas pareció olvidar totalmente el extraño asunto que nos preocupaba, y se absorbió por completo en el examen de los cuadros de los pintores belgas modernos. Y desde que salimos de allí hasta que llegamos al hotel, no habló sino de arte, sobre el cual tenía las ideas más elementales.

—Sir Enrique Baskerville está esperando á ustedes arriba—dijo el conserje.—Me ha pedido que los hiciera subir en cuanto llegaran.

—¿Tendría usted inconveniente en que diera un vistazo á su registro?—le preguntó Holmes.

—De ninguna manera.

En el registro aparecían inscriptos dos nombres después del de sir Enrique Baskerville. Uno era: «Teófilo Johnson y familia, de Newcastle;» el otro: «Señora Oldmore y sirvienta, de High Lodge, Alton.»

—Este es seguramente el mismo Johnson que yo conozco—dijo Holmes, dirigiéndose al conserje.—¿No es un abogado, cojo, de pelo cano?

—No, señor, éste es el señor Johnson, dueño de minas de hulla, un caballero joven y ágil, de la edad de usted, más ó menos.

—Probablemente usted se equivoca en cuanto á la profesión del hombre.

—No, señor; hace muchos años que viene á parar á este hotel, y lo conocemos muy bien.

—¡Ah, eso es otra cosa! La señora Oldmore también... creo recordar este nombre. Disculpe mi curiosidad, pero muchas veces cuando uno va á visitar á un amigo, encuentra otro.

—Es una señora enférma, señor. El marido fue una vez alcalde de Gloucester. Se aloja siempre aquí cuando viene á Londres.

—Muchas gracias. Temo que no esté tampoco entre mis relaciones. Con estas preguntas hemos dejado sentado un hecho muy importante, Watson—continuó Holmes, en voz baja, mientras subíamos la escalera.—Ahora sabemos que estas personas tan interesadas en nuestro amigo no se han establecido en el mismo hotel donde él se aloja. Lo que quiere decir que aun cuando están, como hemos visto, tan deseosas de vigilarlo, están igualmente deseosas de que él no las vea. Pues bien: este es un hecho muy significativo.

—¿Por qué?

—Significa... ¡Hola, querido amigo! ¿Qué demonios le pasa!

Al llegar á lo alto de la escalera habíamos tropezado con sir Enrique Baskerville en persona. Tenía el rostro encendido de cólera, y de una de sus manos colgaba un botín viejo y sucio de polvo. Tan furioso estaba que apenas podía articular las palabras, y cuando al fin habló, lo hizo en un dialecto mucho más libre y más yanqui que el que habíamos oído por la mañana.

—¡No parece sino que en este hotel me hubieran tomado por un zopenco!—exclamó.—¡Como se descuiden un poco y sigan jorobando van á saber cuántas son cinco! ¡Ca... ramba! ¡Si no llegan á encontrar el botín perdido les aseguro que va á haber fandango! Sé aguantar las bromas como el mejor, señor Holmes, pero esta vez se han pasado un poco de la raya.

—¿Buscando todavía el botín, eh?

—Sí, señor; y muy resuelto á encontrarlo.

—Pero, ¿no dijo usted que era un botín nuevo amarillo?

—Ese es otro. Ahora se trata de uno viejo y negro.

—¡Cómo! ¿Quiere usted decir...?

—Lo que quiero decir es esto: Yo no tenía absolutamente más que tres pares en el mundo: el amarillo nuevo, el negro viejo y los dos de charol que tengo puestos. Anoche se llevaron uno de los amarillos y hoy me han robado uno de los negros... Vamos á ver, ¿lo ha encontrado ya? ¡Hable, hombre, hable, y no se esté ahí mirando!

Un sirviente alemán, algo agitado, acababa de entrar en escena.

—No, señor; he estado averiguando en todo el hotel, pero nadie ha podido darme la menor noticia.

—Pues bien: ó el botín aparece antes de que el sol se ponga, ó veo al gerente.

—Se encontrará, señor... Le prometo que si el señor tiene un poco de paciencia se encontrará.

—Trate de que sea así, porque ésta será la última cosa que pierda yo en esta cueva de ladrones. Bueno, señor Holmes, discúlpeme que lo esté molestando por semejante bagatela...

—Creo que el asunto vale bien la pena de cualquier molestia.

RUBEN A. ENRIQUEZ

—¡Cómo! Parece tomarlo usted muy por lo serio.

—Vamos á ver, ¿cómo se explica usted el hecho?

—No intento siquiera explicármelo. Me parece la cosa más desatinada, más rara, que me haya sucedido nunca.

—La más rara quizá—dijo Holmes pensativo.

—¿Y qué piensa usted de ella señor Holmes?

—Vea: no puedo decir que la comprenda ya. Este caso suyo es muy complejo, sir Enrique. Si lo considero ligado al de la muerte de su tío, no creo que, entre los quinientos asuntos de capital importancia que he manejado hasta ahora, haya uno solo tan intrincado como éste. Pero tenemos varios hilos, y lo más probable es que alguno de ellos nos lleve á descubrir la verdad. Puede ser que nos expongamos á perder tiempo siguiendo una pista equivocada, pero tarde ó temprano hemos de dar con la verdadera.

El *lunch* fué agradable, y durante él poco se habló del asunto que nos había reunido. Cuando estuvimos en el saloncito particular al que nos retiramos después, Holmes preguntó á sir Enrique qué era lo que había resuelto hacer.

—Ir á Baskerville Hall.

—¿Cuándo?

—A fines de la semana.

—En principio—dijo Holmes,—creo que su resolución es sensata. Tengo la prueba evidente de que lo están siguiendo á usted en Londres, y entre los millones de individuos de esta gran ciudad es difícil descubrir quiénes son ellos, ó cuál es el objeto de su persecución. Si las intenciones que tienen son malas, podrían causarle á usted aquí un daño que no nos sería posible prevenir. ¿Sabe usted, doctor Mortimer, que lo siguieron esta mañana al salir de mi casa?

El doctor Mortimer se sorprendió.

—¡A mí! ¿Por qué?—exclamó.

—Desgraciadamente, no sé por qué. ¿Tiene usted entre sus vecinos ó relaciones en Devonshire algún individuo de barba negra, tupida?

—No... Es decir, permítame... es cierto, sí. Barrymore, el mayordomo de Baskerville Hall, tiene la barba negra y tupida.

—¡Ah! ¿Dónde está actualmente Barrymore?

—Está en el Hall, al cuidado de la propiedad.

—Sería bueno averiguar si está allá realmente, ó si, por una contingencia, se encuentra en Londres.

—¿Cómo podría averiguarlo usted?

—Déme un formulario de telegrama. «¿Está todo pronto para sir Enrique?» Esto es bastante. Dirección: «Señor Barrymore, Baskerville Hall.» ¿Cuál es la oficina de telégrafos más próxima? «Grimpen:» Muy bien; y enviaremos otro telegrama al administrador de correos y telégrafos de Grimpen: «Telegrama al señor Barrymore, entre»garlo en propias manos; si ausente, sírvase avi»sar por telégrafo á sir Enrique Baskerville. Nort»umberland Hotel.» Esto nos permitirá saber antes de esta noche si Barrymore está en su puesto en el Hall ó no.

—Efectivamente—dijo sir Enrique.—A propósito, doctor Mortimer, ¿qué clase de hombre es ese Barrymore?

—Es hijo del viejo encargado, que ya murió. Estos Barrymore están al servicio del Hall desde hace cuatro generaciones. Tengo entendido que él

y su mujer son un matrimonio tan respetable como el mejor de la provincia.

—Sin embargo—dijo sir Enrique,—salta á la vista que mientras no esté en el Hall alguno de la familia, esa gente puede disponer de una casa amplia y espléndida, y no tiene nada que hacer.

—Es cierto.

—¿Favoreció de alguna manera á Barrymore el testamento de sir Carlos?—preguntó Holmes.

—El y su mujer recibieron dos mil quinientos pesos cada uno.

—¡Ah! ¿Sabían ellos que iban á recibir ese legado?

—Sí; sir Carlos era muy amigo de hablar de las disposiciones de su testamento.

—Entonces, la cosa es muy importante—observó Holmes.

—Espero, sin embargo—le dijo el doctor Mortimer,—que usted no mirará con ojos sospechosos á todos los que hayan recibido algún legado de sir Carlos, porque yo también fuí favorecido con cinco mil pesos.

—¡Hola! ¿Y hubo otros legatarios?

—Muchos particulares con sumas insignificantes, y un gran número de establecimientos de caridad. El resto fué todo para sir Enrique.

—¿Y cuánto era el resto?

—Tres millones setecientos mil pesos.

Holmes alzó las cejas sorprendido.

—No tenía la menor idea de que se tratara de una suma tan colosal—dijo.

—Sir Carlos tenía fama de rico, pero no supimos hasta qué punto lo era sino cuando tuvimos que examinar sus títulos. El valor total de sus bienes era casi de cinco millones de pesos.

—¡Amigo! Es una puesta como para que cualquiera juegue una partida desesperada. Otra pregunta más, doctor Mortimer. En el caso de que le sucediese algo á nuestro joven amigo... perdone usted, sir Enrique, la desagradable hipótesis... ¿quién sería el heredero?

—Como Rogelio Baskerville, el hermano menor de sir Carlos, murió soltero, los bienes pasarían á los Desmond, que son primos lejanos. Jaime Desmond es un clérigo anciano de Westmoreland.

—Muchas gracias. Todos estos detalles son muy interesantes. ¿Se ha encontrado usted alguna vez con el señor Jaime Desmond?

—Sí; en una ocasión en que hizo una visita á sir Carlos. Es una persona de aspecto venerable y de virtuosísimas costumbres. Recuerdo que se negó á aceptar legado alguno de sir Carlos, á pesar de todas las instancias de éste.

—¿Y este hombre tan sencillo sería el heredero de la fortuna de los Baskerville?

—Sería el heredero de la propiedad, porque ésta está vinculada; y heredaría también el dinero, á menos que el propietario actual, que, por supuesto, puede hacer de él lo que quiera, dispusiese las cosas de otro modo en su testamento.

—¿Y ha hecho usted ya su testamento, sir Enrique?

—No, señor Holmes, todavía no. No he tenido tiempo, porque sólo ayer he sabido cómo andaban las cosas. Pero, en todo caso, creo que el dinero debería agregarse al título y á la propiedad. Esto es, por lo menos, lo que ha querido mi pobre tío. ¿Cómo podría restaurar el heredero las glorias de los Baskerville si no tuviera dinero suficiente para

conservar la propiedad? La casa, la tierra y los pesos, todo debe de estar junto.
niencia de que se marche usted á Devonshire sin mo parecer suyo en lo que se refiere á la conveniencia de que se marche usted á Devonshire sin demora. Sólo tengo que establecer una condición. La de que usted no debe ir solo, de ninguna manera.

—El doctor Mortimer regresará conmigo.

—Pero el doctor Mortimer tiene que atender su clientela; y, además, la casa de él está á algunas millas de distancia de la de usted. De modo que aun cuando tuviera la mejor buena voluntad del mundo para acompañarlo, podría estar imposibilitado para hacerlo. No, sir Enrique; debe llevarse usted á alguno especialmente, á una persona de confianza, que esté siempre á su lado.

—¿No podría venir usted mismo, señor Holmes?

—Si las cosas llegaran á una crisis, trataría de encontrarme allá; pero usted comprenderá que, con una clientela tan vasta como la que tengo aquí, y con las constantes consultas que me llegan de otras partes, me es imposible ausentarme de Londres por tiempo indeterminado. En estos mismos momentos uno de los hombres más respetables de Inglaterra está á punto de ver emporcado su nombre en una tentativa de *chantage*, y sólo yo puedo impedir un escándalo desastroso. Verá usted, pues, por esto, cuán imposible me es acompañarlo.

—¿A quién recomendaría usted, entonces?

Holmes asentó su mano sobre mi brazo.

—Si mi amigo quisiera encargarse de ello, no podría tener usted en caso de aprieto un hombre

mejor que él. Nadie puede afirmar esto con más confianza que yo.

La proposición me tomó completamente desprevenido; pero, sin darme tiempo á que contestara, sir Enrique me tomó la mano y me la estrechó calurosamente.

—¡Sí, sí, doctor Watson! ¡Es mucha bondad la suya!—me dijo.—Usted ve lo que me pasa, y conoce el asunto tan bien como yo. Si usted viene á Baskerville y me ayuda, me hará un servicio que no olvidaré nunca.

La perspectiva de una aventura ejercía siempre en mí, entonces, una especie de fascinación; y, por otra parte, me sentía halagado por las palabras de Holmes y por la vehemencia con que el *baronet* me había acogido por compañero.

—Iré, con mucho gusto—dije.—En verdad, no sé cómo podría emplear mejor el tiempo.

—Y mándeme informes minuciosos de lo que pueda ocurrir—me dijo Holmes.—Cuando llegue la crisis, que llegará, le indicaré á usted lo que haya que hacer. Supongo que para el sábado todo podrá estar listo...

—¿Le vendría bien eso al doctor Watson?

—Perfectamente.

—Entonces el sábado, á menos que se le comunique á usted otra cosa, nos encontraremos en la estación Paddington para tomar el tren de las diez y treinta.

Nos habíamos levantado para despedirnos cuando sir Enrique soltó una exclamación de alegría, y precipitándose á uno de los rincones del saloncito se agachó y sacó de debajo de una *étagère* un botín amarillo.

—¡El botín perdido!—exclamó.

—¡Ojalá todas nuestras dificultades se resuelvan con la misma facilidad!—dijo Sherlock Holmes.

—Pues esto es muy singular—observó el doctor Mortimer.—Yo mismo registré minuciosamente esta pieza antes del *lunch*.

—Y yo también—dijo sir Enrique.—Palmo á palmo.

—Y en aquel momento no había positivamente ningún botín.

—Entonces el camarero debe haberlo puesto aquí mientras comíamos.

Se mandó buscar al alemán, pero éste declaró que no sabía nada al respecto, y ninguna investigación ulterior pudo esclarecer el hecho. Con ello venía á agregarse un *item* más á aquella serie constante, y aparentemente sin objeto, de pequeños misterios que con tanta rapidez se habían sucedido unos á los otros. Haciendo á un lado la siniestra historia de la muerte de sir Carlos, teníamos en el corto espacio de dos días todo un reguero de inexplicables incidentes, que comprendía: el recibo de la carta con los recortes del *Times*, el espía de barba negra en el *cab*, la pérdida del botín amarillo, la pérdida del botín negro, y luego, la reaparición del primero de estos dos. Holmes no despegó los labios en el coche, mientras volvíamos á Baker Street, y por sus cejas fruncidas y por su semblante rígido comprendí que su mente estaba absorta, como la mía también, en la empresa de fraguar un plan al cual pudieran ajustarse todos estos episodios extraños y, al parecer, inconexos. Todo aquel día, hasta las últimas horas de la tarde, mi amigo estuvo sentado, inmóvil, perdido en medio de sus pensamientos y del humo del tabaco.

Ibamos á sentarnos á comer cuando llegaron dos telegramas. El primero decía:

«Acabo de saber que Barrymore está en el Hall. »—*Baskerville*.

El segundo era éste:

«Visité veintitrés hoteles indicados, pero siento »comunicarle no pude encontrar hoja cortada del »*Times*.—*Cartwright*.»

—Se rompen dos de mis hilos, Watson. No hay estimulante mejor que el hecho de que todo se vuelva contra uno. Tenemos que ponernos á pensar en otra pista.

—Nos queda aún el cochero del *cab*.

—Justo. He telegrafiado al Registro Oficial para saber su nombre y domicilio. No me sorprendería que ésta fuera precisamente la respuesta á mi pregunta.

Pero lo que acababa de hacer sonar la campanilla resultó ser algo más satisfactorio aún que una simple respuesta; porque se abrió la puerta y entró un individuo de rudo aspecto, que era evidentemente el mismo cochero.

—Me han mandado avisar de la oficina—dijo,—que un señor con esta dirección ha estado preguntando por el 2704. Hace siete años que manejo mi coche, y nunca he tenido una sola queja. Vengo derechamente de la parada á preguntarle á usted en su cara qué tiene que decir de mí.

—No tengo nada absolutamente que decir de usted, amigo—dijo Holmes.—Por el contrario, tengo medio argentino para usted si contesta francamente las preguntas que le haga.

—¡Vaya! Lo que es el día ha sido hoy bastante bueno, no hay duda—dijo el cochero haciendo

una mueca.—¿Qué era lo que tenía que preguntarme, señor?

—Ante todo, su nombre y dirección, para el caso de que vuelva á necesitarlo.

—Juan Clayton, calle Turpey, número 3, en el distrito de Borough. Tengo la parada en Shipley's Yard, cerca de la estación Waterloo.

Sherlock Holmes tomó nota.

—Ahora, Clayton, cuénteme todo lo que se refiera al pasajero que vino á vigilar esta casa esta mañana á las diez, y que después siguió á dos caballeros por la calle de Regent.

El hombre se mostró sorprendido y un tanto perplejo.

—¡Bah! No ganaría nada con contarle á usted historias, porque parece que usted sabe tanto como yo—dijo.—Aunque la verdad es, que ese señor me dijo que era pesquisante, y que no tenía que decir nada de él á nadie.

—Amigo, este es un asunto muy serio, y le advierto que se pondría en muy mal lugar si tratara de ocultarme algo. ¿Dice usted que su pasajero le dijo que era pesquisante?

—Sí, me dijo eso.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Cuándo me despachó.

—¿Y le dijo algo más?

—Me dijo cómo se llamaba.

Holmes me dirigió una mirada de triunfo.

—¡Ah! ¿Le dijo cómo se llamaba, no? ¡Era imprudencia! ¿Y que nombre le dió?

—El nombre—dijo el cochero,—era «Señor Sherlock Holmes.»

Nunca he visto á mi amigo tan positivamente confundido como en aquella ocasión, al oir la respuesta que le dió el cochero. Por un instante no despegó los labios, estupefacto. Después se echó á reir cordialmente.

—¡Tocado, Watson!—exclamó.—El golpe es indiscutible. Reconozco que la hoja de mi adversario es tan rápida y tan flexible como la mía. Me ha alcanzado lindamente esta vez. ¿De modo que se llamaba Sherlock Holmes, no?

—Sí, señor, así se llamaba.

—¡Excelente! Dígame ahora dónde lo tomó usted, y qué fué todo lo que pasó.

—Me llamó á las nueve y media en la plaza de Trafalgar. Dijo que era pesquisante y me ofreció dos argentinos si hacía todo el día lo que él me dijera, sin discutir nada. Acepté en seguida. Primeramente fuimos al Northumberland Hotel y esperamos allí hasta que salieron dos caballeros, que tomaron un coche de la fila. Seguimos al coche hasta que se paró en una casa cerca de aquí.

—En esta misma puerta—dijo Holmes.

—Puede ser. Yo no podría asegurarlo, pero me parece que mi pasajero ha de saberlo. Nos paramos á mitad del camino en esta calle y esperamos una hora y media. Después, los dos caballeros pasaron por junto á nosotros, á pie, y los seguimos por la calle Baker y por...

—Ya lo sé—interrumpió Holmes.

—Habíamos andado ya unas tres cuartas partes de la calle Regent cuando el pasajero levantó el postiguillo y me gritó que fuera directamente á la estación Waterloo lo más ligero que pudiese. Castigué la yegua, y llegamos en diez minutos. Entonces me pagó los dos argentinos, como buena persona que era, y se metió en la estación. Se iba ya cuando dió media vuelta y me dijo: «Tal vez

»le interese saber que su pasajero ha sido el señor »Sherlock Holmes.» Por eso es que sé cómo se llamaba.

—Ya lo veo. ¿Y no lo volvió á ver más?

—No, desde que entró en la estación.

—¿Y cómo describiría usted al señor Sherlock Holmes?

El cochero se rascó la cabeza.

—Vea: no era, á la verdad, un señor fácil de describir. Yo le daría unos cuarenta años de edad; era de mediana estatura, como dos ó tres pulgadas más bajo que usted, señor. Estaba muy bien vestido, y tenía una barba negra, cuadrada, y la cara pálida. Es todo lo que puedo decir.

—¿Y el color de los ojos?

—No, no sé.

—¿No recuerda nada más?

—No, señor; nada más.

—Bueno; aquí tiene, entonces, su medio argentino. Y le espera otro si puede traer algún dato más. Buenas noches:

—Buenas noches, señor, y gracias.

Juan Clayton se marchó muy contento, y Holmes se volvió hacia mí, encogiéndose de hombros y sonriéndose tristemente.

—Se ha reventado el tercer hilo, y concluímos por estar lo mismo que cuando empezamos—dijo. —¡Astuto bribón! Conocía nuestra casa, y supo que sir Enrique Baskerville había venido á verme; me reconoció en la calle Regent, presintió que yo recordaría el número del *cab* y que pondría mis manos sobre el cochero, y por esto me envió su audaz mensaje. Le digo, Watson, que esta vez tenemos que habérnoslas con un adversario digno de nuestro acero. Me han dado jaque mate en

pleno Londres. No me queda más que desearle á usted mejor suerte en Devonshire. Pero no las tengo todas conmigo, al respecto.

—¿Respecto á qué?

—Respecto á que sea usted el que vaya. Es un negocio muy feo, Watson; un negocio muy feo, muy peligroso, y cuanto más lo considero tanto menos me gusta. Sí, mi querido amigo; puede usted reir, pero le doy mi palabra de que me alegraré mucho cuando lo vea volver sano y salvo á esta casa.

VI

BASKERVILLE HALL

Sir Enrique Baskerville y el doctor Mortimer estuvieron listos el día señalado; y como había quedado convenido, partimos para Devonshire. Sherlock Holmes me acompañó en el carruaje hasta la estación, y me dió sus últimas órdenes y sus consejos de despedida.

—No voy á prevenir su espíritu sugiriéndole teorías ó sospechas, Watson—me dijo.—Lo que deseo simplemente es que me comunique los hechos de la manera más amplia posible: yo me encargaré de fundar teorías sobre ellos.

—¿Qué clase de hechos?—pregunté.

—Todo cuanto pueda parecer que tenga algo que ver, aunque sea indirectamente, con el caso;

y con especialidad, todo cuanto se refiera á las relaciones entre el joven *baronet* y sus vecinos, ó algún detalle nuevo sobre la muerte de sir Carlos. He hecho, por mi parte, ciertas investigaciones en estos días, pero creo que los resultados han sido todos negativos. Sólo una cosa es cierta: la de que el señor Jaime Desmond, el heredero más próximo, es un caballero anciano, de carácter muy simpático, de modo que esta persecución no puede proceder de él, y creo positivamente que podemos eliminarlo por completo de nuestros cálculos. Queda, pues, la gente de que va á estar rodeado sir Enrique Baskerville cuando se encuentre en el páramo.

—¿No sería conveniente despachar en seguida al matrimonio Barrymore?

—De ninguna manera. No podría cometer usted un error más grande. Si fueran inocentes, les haría usted una cruel injusticia; y si fueran culpables, habríamos perdido toda probabilidad de poder imputarles su delito. No, no; hay que conservarlos en la lista de sospechosos. Aparte de los Barrymore, tenemos un cochero en el Hall, si mal no recuerdo. Tenemos los chacareros del páramo. Está nuestro amigo, el doctor Mortimer, á quien creo enteramente honrado; y su esposa, de la que no sabemos nada. Está el naturalista Stapleton, de Merripit Housse; y su hermana, que según me informan, es una dama llena de atractivos. Está el señor Frankland, de Lafter Hall, también un factor desconocido; y uno ó dos vecinos más. Toda esta gente, Watson, debe ser objeto de un estudio muy especial de parte de usted.

—Haré todo lo que pueda.

—Supongo que lleva armas...

—Sí; he creído prudente cargar con ellas.

—Seguramente. Tenga día y noche el revólver al alcance de la mano, y no descuide nunca las precauciones.

Nuestros amigos habían tomado ya un compartimiento de primera clase, y nos estaban esperando en el andén.

—No, no ha habido novedades de ninguna especie—dijo el doctor Mortimer en respuesta á las preguntas de Sherlock Holmes. Una cosa puedo jurar y es ésta: que no nos ha seguido nadie estos dos últimos días. Siempre que salíamos á la calle teníamos cuidado de examinar bien las cosas á nuestro alrededor, y nada podría haber escapado á nuestra observación.

—Supongo que siempre han estado los dos juntos...

—Salvo ayer á la tarde. Por lo general, cuando vengo á Londres dedico un día á las diversiones, y la tarde de ayer la pasé en el museo del Colegio de Cirujanos.

—Y yo fuí á ver la concurrencia en el Parque—dijo el *baronet*.—Pero no nos sucedió nada.

—De todos modos, ha sido una imprudencia—dijo Holmes meneando la cabeza y asumiendo una expresión muy seria.—Le ruego, sir Enrique, que trate de andar siempre acompañado. Alguna desgracia muy grande puede ocurrirle si está solo. ¿Apareció el otro botín?

—No, señor, parece que se ha perdido para siempre.

—¡Hola! Esto es muy interesante. Bueno, adiós—dijo cuando el tren empezaba á deslizarse por junto al andén.—Tenga siempre presente, sir Enrique, una de las frases de aquella curiosa tra-

dición que nos leyó el doctor Mortimer, y guárdese de cruzar el páramo «en aquellas horas tenebrosas en que el Espíritu del Mal anda suelto.»

Eché una mirada al andén cuando lo hubimos dejado muy atrás, y vi en él la alta y austera figura de Holmes que nos miraba, inmóvil.

El viaje fué rápido y agradable, y lo aproveché para estrechar relaciones con mis compañeros, mientras hacía caricias al podenco del doctor Mortimer. A las pocas horas, las tierras grises que atravesábamos se hicieron rojizas, el ladrillo se convirtió en granito, y vimos vacas que pacían en campos bien cercados, en los que el pasto obscuro y la vegetación más desarrollada denunciaban un clima más rico, aunque más húmedo. El joven *baronet* miraba ávidamente por la ventanilla, y lanzaba exclamaciones de júbilo al reconocer detalles del panorama de Devonshire que le eran familiares.

—He recorrido una buena parte del mundo desde que salí de aquí, doctor Watson—dijo;—pero no he visto nunca una región que pueda compararse á ésta.

—No he conocido nunca por mi parte, un hijo de Devonshire que no crea ciegamente en su provincia—observé.

—Eso es una cuestión tanto de raza como de suelo—dijo el doctor Mortimer.—Una mirada que le echemos á nuestro amigo nos hará ver en seguida la cabeza redondeada del celta, cabeza que encierra en sí el entusiasmo céltico y la fuerza de adhesión. La cabeza del pobre sir Carlos era de tipo muy raro: medio gálico, medio hiberniano en sus características. Pero usted, sir Enrique, era muy joven cuando vió por última vez Baskerville Hall, ¿no es así?

—Cuando murió mi padre era un muchacho de poco más de diez años, y nunca he visto el Hall, porque vivíamos en una casita de campo en la costa Sur. De allí fuí directamente á los Estados Unidos, á casa de un amigo. Le aseguro que todo será tan nuevo para mí como puede serlo para el doctor Watson; lo que tengo vivísimos deseos de conocer es el páramo.

—¡Vaya! Entonces puede satisfacerlos fácilmente, porque ahí tiene usted ya la primera vista del páramo—dijo el doctor Mortimer extendiendo el brazo fuera de la ventanilla.

Por encima de los cuadros verdes de los campos y de la curva baja de un bosque, se elevaba á lo lejos, confusa y vaga por la distancia como un paisaje fantástico en un sueño, una colina gris y melancólica, de cumbre extraña y crestada. Sir Enrique estuvo largo tiempo con los ojos fijos en ella, y pude advertir por la intensa expresión de su semblante cuánto significaba para él aquella primera ojeada al sitio extraño donde los de su sangre habían dominado tanto tiempo, dejando huellas tan profundas. Lo veía allí con su traje de lanilla y su acento yanki, en un rincón de un prosaico coche de ferrocarril; pero cuanto más observaba su rostro obscuro y expresivo, tanto más comprendía cuán digno descendiente era de aquella larga serie de hombres de sangre noble, y de alma ardiente y dominadora. Había orgullo, valor y fuerza en sus gruesas cejas, en las sensitivas ventanas de su nariz y en sus grandes ojos castaños. Si en aquel páramo prohibido nos esperaba alguna empresa difícil y peligrosa, el *baronet* era seguramen-

te un compañero á cuyo lado uno podía aventurarse á correr un riesgo, seguro de que él compartiría valientemente el peligro.

El tren paró en una pequeña estación apartada, y todos bajamos. Junto á ella, del otro lado de la empalizada baja y blanqueada, estaba esperándonos un *break* con una yunta de jacas. Nuestro arribo fué todo un acontecimiento, porque tanto el jefe de la estación como los empleados y los mozos de cordel se agruparon á nuestro alrededor para desembarcar el equipaje. Aquel era un sitio campestre, tranquilo y sencillo; pero me sorprendió ver que junto á la puerta de la empalizada estaban plantados dos hombres de aspecto marcial, vestidos de uniforme obscuro, que, apoyados en sus carabinas, nos dirigieron una mirada escrutadora cuando pasamos.

El cochero, un sujeto pequeño, de fisonomía vulgar y áspera, hizo un saludo á sir Enrique, y pocos minutos después, volábamos rápidamente por el camino ancho y blancuzco. Praderas quebradas pasaban á ambos lados de nosotros, y viejas casas de techo triangular asomaban por entre el follaje verde y tupido; pero detrás de la campiña apacible y llena de sol, se levantaba siempre, destacándose obscura sobre el cielo de la tarde, la prolongada y sombría loma del páramo, quebrada por las colinas, crestadas y siniestras.

El *break* torció de pronto, entrando en un camino lateral, y seguimos cuesta arriba, metiéndonos en calles surcadas por ruedas desde hacía siglos, y que se encajonaban entre altas orillas cargadas de musgo húmedo y de pulposas lenguas de ciervo. Helechos bronceados y zarzas moteadas de diversos colores brillaban á la luz del sol poniente. An-

dando siempre cuesta arriba, pasamos por un estrecho puente de granito, y costeamos un arroyo rugiente y espumoso que corría por entre peñascos grises. Camino y torrente serpenteaban por un valle poblado de robles y de abetos miserables. Cada vez que doblábamos un recodo, el *baronet* lanzaba una exclamación de júbilo, y mirando ávidamente á su alrededor emprendía una serie interminable de preguntas. A sus ojos todo parecía hermoso; pero, para mí, un tinte de melancolía cubría la campiña que tan claros indicios daba de la estación con que iba terminando el año. Hojas amarillentas alfombraban las calles y se desprendían revoloteando sobre nuestras cabezas. El crujido de las ruedas se amortiguaba al cruzar el *break* por entre los restos de vegetación putrefacta, amontonada en el suelo por el viento... tristes dones, me parecieron, que la naturaleza arrojaba al paso del heredero de los Baskerville, en ocasión de su llegada.

—¡Hola!—exclamó el doctor Mortimer.—¿Qué es esto?

Una empinada loma cubierta de matorrales, avanzado espolón del páramo, se extendía delante de nosotros. Y en lo más alto de ella, firme y clara como una estatua ecuestre en su pedestal, aparecía la figura de un soldado á caballo, sombrío y rígido, con el arma al brazo. Parecía observar desde su atalaya el camino que nosotros recorríamos.

—¿Qué hay, Perkins?—preguntó el doctor Mortimer.

El cochero se dió vuelta á medias en su asiento.

—Un presidiario que se ha escapado de Princetown, señor. Hace ya tres días de esto, y los guardias vigilan todos los caminos y todas las estacio-

nes, pero hasta ahora no han podido encontrarlo. Los chacareros de estos sitios no están muy contentos que digamos, señor; es la verdad.

—Pero tengo entendido que se les da veinticinco pesos á los que comunican datos.

—Sí, señor; pero la probabilidad de ganar los veinticinco pesos es muy poca cosa comparada con la probabilidad de que le corten á uno el gañote. Porque éste no es un presidiario como cualquier otro, señor. Este es un hombre que no se para en nada.

—¿Quién es, entonces?

—Es Selden, el asesino de Notting Hill.

Yo recordaba bien el caso, porque era precisamente uno que había interesado á Sherlock Holmes por la forma particularmente feroz en que se había consumado el crimen, y por la brutalidad desenfrenada de que había hecho gala el asesino. La conmutación de la pena de muerte se había concedido únicamente en virtud de las dudas que habían surgido respecto al estado mental del individuo; tan atroces habían sido sus crímenes. Nuestro *break* había coronado una altura, y frente á nosotros se desarrollaba la inmensa extensión del páramo, salpicado de mojones (los túmulos de los jefes celtas primitivos) y de picachos fragosos y escarpados. Venía de él un viento frío que nos hacía tiritar. En algún punto de aquel desolado espacio estaría emboscado este hombre feroz, metido en una cueva como un animal salvaje, con el corazón lleno de perversas intenciones contra todos, contra su raza entera que lo había expulsado de su seno. No hacía falta más para completar los siniestros pensamientos que sugería aquel yermo estéril, aquel cierzo helado y aquel cielo que iba

obscureciéndose cada vez más. Hasta el *baronet* dejó de hablar y se arropó mejor su sobretodo.

La campiña fértil había quedado detrás y debajo de nosotros. Nos dimos vuelta para contemplarla. Los rayos oblicuos del sol ya sobre el horizonte, convertían las corrientes de agua en hilos de oro y se reflejaban en la tierra rojiza, recién revuelta por el arado, y en la vasta maraña de los bosques. Delante de nosotros, el camino iba haciéndose cada vez más borroso y más agreste al cruzar inmensas lomas de color pardo y aceitunado, sembradas de peñascos gigantescos. De tiempo en tiempo, pasábamos por junto á alguna casita rústica, con paredes y techo de piedra, sin una sola enredadera que rompiese sus rígidos perfiles. De pronto apareció á nuestros pies una gran depresión cóncava, en la que formaban parches numerosos grupos de robles y de abetos achaparrados, ladeados y arqueados por la furia de muchísimas tormentas. Dos torres altas y delgadas se destacaban sobre los árboles. El cochero las señaló con el látigo.

—Baskerville Hall—dijo.

El *baronet* se había levantado y miraba con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. A los pocos minutos llegábamos á la verja del parque, un laberinto de fantásticos dibujos de hierro forjado, sustentada por carcomidos pilares á un lado y al otro, plagada de líquenes y coronada por las cabezas de jabalí de los Baskerville. La casa del guarda era un montón de piedras negras y de vigas en esqueleto, pero, frente á estas ruínas, había un edificio nuevo, á medio hacer todavía, primer fruto del oro sudafricano de sir Carlos.

Pasando por la verja entramos en una alameda

por la que el coche volvió á rodar silencioso sobre las camadas de hojas caídas, y cuyos viejos árboles extendían las ramas por arriba de nuestras cabezas transformando aquello en un túnel sombrío. El *baronet* se estremeció al recorrer con la vista el largo y obscuro camino, en cuyo extremo se entreveía, como una visión fantástica, la casa de sus mayores.

—¿Fué aquí?—preguntó en voz baja.

—No, no; la alameda de los Tejos está del otro lado.

El joven heredero echó una mirada á su alrededor con expresión adusta.

—No es de extrañar que mi tío presintiera algún trastorno, dado el sitio en que vivía—dijo.—Es como para amedrentar á cualquiera. Dentro de seis meses habrá aquí una hilera de lámparas eléctricas, que transformará esto por completo, y allí, frente á la puerta principal, tendré un foco, Swan y Edison, de mil bujías.

La avenida iba á rematar en un vasto espacio descubierto, alfombrado de césped, al llegar al cual la casa surgió á nuestros ojos. A la luz indecisa del crepúsculo distinguí que la parte central formaba un cuerpo macizo, del cual se destacaba un pórtico. Todo el frente estaba revestido de hiedra, salvo uno que otro parche recortado aquí y allá, en el sitio donde una ventana desgarraba el sombrío velo. De este cuerpo central surgían las torres gemelas, vetustas, almenadas y acribilladas de troneras. A derecha é izquierda de ellas se extendían las alas de granito negro, más modernas. Una luz mortecina brillaba en las ventanas con bastidores recargados de pilares, y de las altas chimeneas que se elevaban sobre el techo empinado

y en ángulo muy agudo salía una sola columna de humo negro.

—¡Bienvenido, sir Enrique! ¡Bienvenido á Baskerville Hall!

Un hombre alto, salido de algún rincón del pórtico, se acercó á abrir la portezuela. La figura de una mujer se destacaba contra la luz amarillenta del vestíbulo. Se adelantó también y ayudó al hombre á bajar nuestras valijas.

—Usted no tendrá inconveniente en que de aquí me vaya directamente á casa, sir Enrique—dijo el doctor Mortimer.—Mi mujer me está esperando.

—Pero hágame el favor de bajar á tomar alguna cosa.

—No; tengo que irme en seguida. Seguramente he de tener que hacer en cuanto llegue. Bajaría para enseñarle á usted la casa, pero Barrymore lo ha de hacer mejor que yo. Adiós, y no deje de mandarme buscar á cualquier hora del día ó de la noche, si cree que puedo serle útil.

El ruido de las ruedas del *break* se perdió á lo lejos en el camino, mientras sir Enrique y yo entrábamos en el vestíbulo y la puerta resonaba pesadamente al cerrarse detrás de nosotros.

Nos encontramos en un hermoso aposento, vasto, de techo alto, cuya armadura se asentaba sobre enormes cabrios de roble ennegrecidos por los años. En la gran estufa de estilo arcaico, detrás de los morillos de hierro, crepitaba y detonaba un confortante fuego de leña. El *baronet* y yo extendimos hacia él las manos, pues estábamos entumecidos á causa del largo viaje en coche. Después nos pusimos á contemplar lo que nos rodeaba: la larga y estrecha ventana de viejos vidrios de colo-

res, los altos zócalos de armas en los muros, todo confuso y triste á la poco brillante luz de la lámpara colocada en el centro.

—Todo es tal como me lo imaginaba—dijo sir Enrique.—¿No es esto el verdadero cuadro del hogar antiguo? ¡Pensar que ésta ha sido la misma casa donde ha vivido mi familia durante quinientos años! La sola idea de ello me hace la impresión de algo solemne...

Vi que su rostro obscuro se encendía de infantil entusiasmo al mirar á todos lados. La luz daba de lleno en el sitio en que él estaba, pero largas sombras bajaban arrastrándose sobre los muros y flotaban encima de él como un dosel negro. Barrymore había vuelto, después de llevar las valijas á nuestros aposentos. Estaba de pie, delante de nosotros, en la actitud sumisa de un sirviente bien educado. Era un hombre de notable presencia, alto, guapo, de barba negra cuadrada, y rostro pálido y distinguido.

—¿Desea, señor, que se sirva ya la comida?

—¿Está pronta?

—Lo estará en pocos minutos, señor. Los señores encontrarán agua caliente en sus piezas. Mi mujer y yo tendremos mucho gusto, sir Enrique, en permanecer con el señor hasta que haga sus arreglos; pero el señor comprenderá que ahora, á causa del cambio, la casa va á exigir un personal considerable.

—¿Qué cambio?

—Me refiero, señor, á que sir Carlos hacía una vida muy retirada, y nosotros podíamos satisfacer todas sus necesidades. Pero el señor deseará, naturalmente, estar más acompañado; y por esto va á ser necesario modificar el servicio.

—¿Quiere usted decir con eso que desea marcharse de la casa?

—Solamente cuando con ello no le cause una molestia al señor.

—Pero la familia de usted ha estado con nosotros durante varias generaciones, ¿no es así? Sentiría mucho empezar mi vida aquí rompiendo un antiguo vínculo de la familia.

Me pareció notar señales de emoción en el pálido rostro del mayordomo.

—Yo también lo siento, señor, y lo mismo mi mujer. Pero, para decir la verdad, señor, los dos hemos sido muy afectos á sir Carlos, y su muerte nos ha causado un gran pesar. La vida aquí nos es muy penosa por esto, y temo que no podamos recobrar nuestra tranquilidad mientras continuemos en Baskerville Hall.

—¿Pero qué piensas hacer?

—No dudo, señor, de que hemos de conseguir estabecernos en algún negocio. La generosidad de sir Carlos nos ha dado los medios de poder hacerlo. Ahora, señor, si le parece, le haré ver sus habitaciones.

Alrededor del viejo vestíbulo, y en la parte alta, corría una galería cuadrada, con balaustrada, á la que daba acceso una escalera doble. De este punto central, partían dos corredores que se extendían hasta el fondo del edificio, á los cuales abrían todos los dormitorios. El mío estaba en la misma ala del de sir Enrique, y casi junto á él. Estas habitaciones parecían ser mucho más modernas que la parte central de la casa, y el brillante empapelado y las numerosas bujías hicieron algo en el sentido de disipar la triste impresión que había causado en mi espíritu la llegada.

Pero el comedor que abría al vestíbulo, en el piso bajo, era un lugar de sombras y de tristezas. Era un salón alargado, con una grada que separaba el estrado donde se sentaba la familia, de la parte más baja reservada para los subordinados. En uno de los extremos, dominaba el recinto la galería de los ministriles. Negras vigas cruzaban de un muro al otro en lo alto, dejando ver detrás de ellas el techo ennegrecido por el humo. Con hileras de antorchas flameantes que lo iluminaran, y con los colores y, la ruda y estrepitosa alegría de un festín del tiempo antiguo, aquello habría sido quizá más suave; pero, en aquel momento, en que dos caballeros vestidos de negro estaban allí, sentados á la mesa, dentro del pequeño círculo de luz de una lámpara cubierta por su pantalla, la voz se hacía silenciosa y el espíritu se recogía. Una confusa serie de antepasados, en toda clase de trajes, desde el caballero del tiempo de Isabel hasta el lechuguino de la Regencia, nos miraban desde sus cuadros, intimidándonos con su silenciosa compañía. Hablamos poco, y me alegré mucho cuando la comida hubo concluído y pudimos retirarnos al moderno salón de billar, á fumar un cigarrillo.

—Palabra de honor, que no es éste un lugar muy alegre—dijo sir Enrique.—Supongo que uno ha de poder llegar á adaptarse á él; pero me siento un poquito fuera del marco, por ahora. No me maravillo de que mi tío viviera en un continuo sobresalto, completamente solo como estaba en una casa como ésta. Pero, si le parece á usted, nos retiraremos temprano esta noche y quizá mañana, á la luz del día, las cosas nos parezcan alegres.

Antes de meterme en la cama aparté las cortinas de mi ventana y miré afuera. La ventana daba al terreno cubierto de césped que se extendía delante de la puerta principal. Del otro lado de este espacio descubierto, dos montes de árboles nuevos gemían y ondulaban al impulso del viento que empezaba á levantarse. La luna en cuarto creciente se abría paso por entre los desgarrones de las nubes en rápida carrera. A la fría luz del astro distinguí, del otro lado de los árboles, una abrupta cadena de peñascos y la loma extensa y baja del melancólico páramo. Corrí otra vez las cortinas, al advertir que esta última impresión estaba en armonía con todas las anteriores.

Sin embargo, no fué precisamente la última. Me acosté rendido, pero permanecí desvelado, volviéndome sin descanso de un lado á otro, llamando al sueño que huía de mis párpados. Desde muy lejos llegaba á mis oídos el campanilleo armónico de un reloj que daba los cuartos de hora; pero, por lo demás, un silencio de muerte reinaba en la vetusta casa. Y, de repente, en medio de la profunda calma de la noche, sentí un rumor claro, sonoro é inconfundible. Era el sollozar de una mujer, la congoja ahogada, reprimida, de una alma desgarrada por una pena invencible. Me incorporé en la cama, y escuché ansiosamente. El rumor no podía venir de muy lejos; partía seguramente de la casa. Durante media hora estuve esperando que se repitiera, con mis nervios todos en tensión, pero no volví á oir más ruido que el de las campanillas del reloj y el roce de la hiedra contra el muro.

VII

LOS STAPLETON DE MERRIPIT HOUSE

La frescura y belleza de la mañana siguiente fueron parte para borrar de nuestro espíritu la impresión gris y siniestra que nos había causado nuestra entrada en Baskerville Hall. Sir Enrique y yo estábamos en el comedor, sentados á la mesa del desayuno, y la luz del sol entraba á torrentes por las ventanas de altos bastidores, sacando al pasar por ellas parches de desteñido color de los escudos de armas que las cubrían. Los zócalos de roble relucían como bronces al reflejar los dorados rayos, y difícilmente se daba uno cuenta de que aquél era en realidad el mismo recinto que había llenado de tristeza nuestro espíritu la noche anterior.

—Me parece que anoche la culpa era nuestra, y no de la casa—dijo el *baronet*.—Estábamos cansados á causa de la jornada y helados por el viaje en coche, y por esto el sitio nos pareció sombrío. Ahora nos encontramos bien, más frescos, de modo que todo vuelve á ser alegre.

—Sin embargo, no todo fué simple efecto de la imaginación—le contesté.—¿Llegó usted á oir, por ejemplo, en medio de la noche á alguien—una mujer, me parece—que sollozaba?

—¡Es curioso! Efectivamente; estaba medio dormido y me pareció oir algo así como usted dice. Me puse á escuchar, pero el rumor no se repitió: por lo que deduje que todo no habría sido más que una ilusión.

—Yo lo oí claramente, y estoy seguro de que era en realidad el sollozar de una mujer.

—Tenemos que averiguar la cosa ahora mismo.

El *baronet* llamó á Barrymore con la campanilla y le preguntó si podía explicar la cuestión. Me pareció ver que el mayordomo se ponía más pálido que de costumbre al oir la pregunta que le dirigió su amo.

—No hay más que dos mujeres en la casa, señor—contestó.—La fregona, que duerme en la otra ala, y mi mujer. Y puedo responder de que no ha sido mi mujer la que lloraba.

Pero el mayordomo había mentido al decir esto, porque sucedió que, después del desayuno, encontré á la señora Barrymore en el comedor, en ocasión en que el sol le daba de lleno en la cara. Esta señora era una mujer muy gruesa, impasible, de labios rígidos, severos. Pero sus ojos delatores estaban enrojecidos y miraban por entre los párpados hinchados. Era ella, evidentemente, la que lloraba de noche, y su marido no podía ignorar esto. Sin embargo, Barrymore había preferido correr el riesgo de ser tenido por embustero, y había declarado lo contrario. ¿Por qué había hecho él esto? ¿Y por qué lloraba ella tan amargamente?

Empezaba ya á formarse en torno de este hombre de rostro pálido y de barba negra una atmósfera de misterio y de lobreguez. El había sido el primero en descubrir el cadáver de sir Carlos, y no teníamos sino sus declaraciones para conocer las circunstancias en que se había producido la

muerte del anciano. ¿Sería Barrymore, después de todo, la persona que habíamos visto en el cab en la calle Regent? La barba podía ser la misma. Es cierto que el cochero nos había descrito un hombre un poco más bajo, pero tal vez esta impresión fuera errónea.

¿Cómo conseguiría yo esclarecer de una vez este punto? Lo primero que había que hacer, naturalmente, era ver al administrador de correos y telégrafos de Grimpen, y averiguar si el telegrama de prueba había sido entregado, en efecto, á Barrymore en propias manos. Fuera cual fuese el resultado de esta pesquisa, siempre me serviría para comunicar algo á Sherlock Holmes.

Sir Enrique tenía que examinar una cantidad de papeles después del desayuno, de modo que la ocasión era propicia para mi excursión. Después de una caminata agradable de cuatro millas por la orilla del páramo, llegué á una pequeña aldea agrisada, en la que se destacaban dos grandes edificios, que resultaron ser la posada y la casa del doctor Mortimer. El administrador de correos y telégrafos, que era también el almacenero de la población, recordaba claramente el asunto del telegrama.

—En efecto, señor—me dijo;—hice entregar el telegrama al señor Barrymore, tal como se me pedía.

—¿Quién lo entregó?

—Mi hijo; aquí está. Santiago, ¿no es cierto que tú entregaste aquel telegrama al señor Barrymore la semana pasada?

—Sí, papá, es cierto.

—¿En propias manos?—pregunté.

—Vea, señor: en aquel momento el señor Ba-

rrymore estaba en el desván, de modo que no pude entregárselo á él mismo; pero se lo di á la señora, y ella me prometió llevárselo en seguida.

—¿Y viste tú al señor Barrymore?

—No, señor; como le digo, estaba en el desván.

—Y si no le viste, ¿cómo sabes que estaba en el desván?

—Vea, señor: es natural que la señora supiese dónde estaba su marido—dijo el administrador agriamente.—¿No ha recibido acaso el telegrama el señor Barrymore? Si ha habido alguna equivocación, es él el que debe venir á quejarse.

Me pareció que sería infructuoso llevar más lejos la pesquisa, pero lo que acababa de oir me bastaba para saber que, á pesar del ardid de Holmes, no teníamos prueba alguna de que Barrymore no hubiera estado aquellos días en Londres. Suponiendo que hubiera estado en Londres... suponiendo que el hombre que había sido el último en ver vivo á sir Carlos hubiera sido también el primero en descubrir y acechar al heredero á su llegada á Inglaterra, ¿qué resultaba entonces? ¿Era él un instrumento de otros, ó abrigaba algún designio propio? ¿Qué interés podía tener en perseguir á la familia de los Baskerville? Pensé en el extraño aviso recortado del editorial del *Times*. ¿Había sido aquello obra suya, ó había sido obra de algún interesado en contrarrestar sus planes? El único móvil concebible era el surgido por sir Enrique: que si se intimidaba á la familia, para mantenerla lejos del Hall, los Barrymore aseguraban la posesión cómoda y permanente de la casa. Pero un móvil semejante era completamente inadecuado para explicar la trama misteriosa y sutil que

parecía ir formando poco á poco una red invisible en torno del joven *baronet*. El mismo Holmes había dicho que en toda la larga serie de sus sensacionales investigaciones no se le había presentado nunca un caso más complejo. A mi vuelta, siempre á pie, por el camino gris y solitario, iba haciendo votos por que mi amigo se viera libre cuanto antes de sus ocupaciones, y viniera á quitarme de los hombros la pesada carga de responsabilidad que empezaba ya á abrumarme.

De pronto interrumpió mis pensamientos el sentir detrás de mí que alguien se aproximaba corriendo y me llamaba por mi nombre. Me di vuelta, creyendo que iba á ver al doctor Mortimer, pero noté con sorpresa que era un extraño el que me seguía. Era un hombre bajo, delgado, de cara afeitada, muy cuidada, pelo rubio y mandíbulas prominentes; tendría de treinta á cuarenta años y estaba vestido con un traje gris y cubierto por un sombrero de paja. Llevaba colgada del hombro una caja de latón para especímenes botánicos, y en la mano una red verde de cazar mariposas.

—Espero que usted se servirá disculpar mi audacia, doctor Watson—me dijo, acercándose jadeante.—Aquí, en el páramo, somos gente sencilla, y no nos cuidamos de las presentaciones formales. Es probable que usted haya oído citar mi nombre á nuestro común amigo Mortimer. Soy Stapleton, de Merripit House.

—Su red y su caja podían habérmelo dicho—le contesté,—porque sabía que el señor Stapleton era naturalista. ¿Pero cómo me ha conocido usted?

—Estaba de visita en casa de Mortimer cuando pasó usted por ella, y él me lo señaló desde la ventana de su gabinete. Entonces, como el cami-

no que tenía que hacer usted era también el mío, pensé que podía alcanzarlo y presentarme yo mismo. Espero que á sir Enrique no le habrá sentado mal el viaje...

—Está muy bien, gracias.

—Todos teníamos el temor de que, después de la triste muerte de sir Carlos, el nuevo *baronet* no quisiera establecer aquí su residencia. Es pedir mucho á un hombre de fortuna el que venga á sepultarse en un sitio como éste; pero creo inútil decir á usted que este hecho tiene muchísima importancia para toda la comarca. Supongo que sir Enrique no abriga temores supersticiosos al respecto...

—No me parece probable.

—Usted conoce, por supuesto, la leyenda del perro diabólico que persigue á la familia...

—La he oído.

—¡Es extraordinario lo crédulos que son por aquí los campesinos! Hay algunos capaces hasta de jurar que han visto á semejante animal en el páramo.

Al decir esto el hombre se sonreía; pero me pareció leer en sus ojos que él no tomaba el asunto en broma.

—La historia—agregó,—había causado cierta impresión en la imaginación de sir Carlos, y no dudo de que esto fué lo que lo llevó á su fin trágico.

—Pero ¿cómo?

—Estaban tan excitados sus nervios, que la aparición de cualquier perro podría haber producido un efecto fatal en su corazón enfermo. Me imagino que sir Carlos vió realmente algo por el estilo aquella noche en la alameda de los Tejos. Yo siem-

pro había estado temiendo que llegara á sucederle una desgracia, porque quería mucho al viejo y sabía que tenía el corazón muy débil.

—¿Cómo sabía usted eso?

—Mortimer me lo dijo.

—¿Cree usted, entonces, que sir Carlos fué perseguido por algún perro, y que murió de terror á causa de esto?

—¿Tiene usted alguna explicación mejor?

—No he llegado á ninguna conclusión al respecto.

—¿Y el señor Sherlock Holmes?

Estas palabras me cortaron bruscamente la respiración; pero una mirada al rostro plácido y á los ojos serenos de mi acompañante me demostraron que no había tenido intención de sorprenderme.

—No tengo por qué afectar que no lo conozco á usted bien, doctor Watson—dijo.—Los relatos que usted ha hecho sobre los trabajos de su amigo han llegado hasta nosotros, y no era posible que usted diera celebridad al señor Sherlock Holmes sin hacerse usted también famoso. Cuando Mortimer me dijo su nombre, no pudo negarme su identidad. De modo que he pensado que el hecho que usted esté aquí indica que el señor Sherlock Holmes ha prestado interés al asunto. Por lo demás, es una curiosidad natural la que me da deseos de saber cuáles son las opiniones que su amigo tiene al respecto.

—Temo, señor, que no me sea posible satisfacer sus deseos.

—¿Puedo preguntar, entonces, si su amigo va á favorecernos con alguna visita?

—Ahora no puede salir de Londres. Tiene otros casos que embargan su atención.

—¡Qué lástima! El señor Sherlock Holmes podría hacer alguna luz en lo que es tan obscuro para nosotros. Ahora bien, doctor Watson; me apresuro á decirle que debe usted disponer de mí absolutamente, si cree que puedo serle útil en algo respecto á las averiguaciones que usted haga. Si tuviera algún indicio de la naturaleza de sus sospechas, ó de la forma en que usted se propone investigar el asunto, tal vez pudiera darle ya algún dato ó algún parecer razonable.

—Le aseguro, señor, que yo he venido aquí simplemente á hacer una visita á mi amigo el *baronet*, y que no necesito ayuda de ninguna especie.

—Muy bien—dijo el naturalista.—Tiene usted perfecto derecho á ser prudente y discreto. Reconozco que se me ha hecho un justo reproche por lo que yo pensé que sería una intrusión justificada, y prometo á usted que no volveré á hablar más del asunto.

Habíamos llegado á un lugar en el que partía del camino un sendero angosto y cubierto de hierba, que se desarrollaba serpenteando á través del páramo. A la derecha se alzaba una colina empinada, sembrada de peñascos, que en tiempos ya remotos había sido una cantera de granito. La falda que teníamos á la vista formaba una escarpa sombría, llena de heléchos y de zarzas que se arraigaban en sus grietas. De una altura distante surgía una columna de humo gris que se extendía como una pluma.

—Este sendero que atraviesa el páramo nos lleva á Merripit House, á corta distancia de aquí—dijo el naturalista.—Si usted pudiera disponer de una hora, tendría el placer de presentarle á mi hermana.

Mi primer pensamiento fué que mi puesto estaba al lado de sir Enrique. Pero, en seguida, recordé el montón de papeles y de cuentas que había visto en la mesa de su estudio. Era indudable que yo no podía ayudarle en la tarea de despachar esos asuntos. Por otra parte, Holmes me había recomendado expresamente que estudiara á los vecinos del páramo. Acepté, pues, la invitación del naturalista, y tomamos juntos por el sendero.

— Es un lugar maravilloso, el páramo — dijo, echando una mirada circular sobre las onduladas pendientes, inmensas oleadas grises, coronadas por peñascos crestados que parecían ser la espuma de una fantástica marejada.—Uno no se cansa nunca del páramo. No se imagina usted los maravillosos secretos que encierra. ¡Es tan vasto, tan estéril de vegetación, y tan misterioso!

—¿Lo conoce usted bien, entonces?

—Sólo hace dos años que estoy aquí. Mis vecinos dirían que soy un recién llegado. Vinimos poco después de haberse establecido sir Carlos. Pero mis aficiones me han obligado á explorar todos los rincones de la comarca, y creo que hay muy pocos que la conozcan mejor que yo.

—¿Tan difícil es conocerla?

—Muy difícil. Aquí tiene usted, por ejemplo, esta gran llanura al Norte, con aquellas colinas extrañas que surgen sobre su superficie. ¿Ve usted algo especial en ella?

—Me parece que sería un campo excepcional para un galope.

—Es natural que le parezca eso, pero la misma idea de usted ha costado ya la vida á algunos. ¿Distingue usted esas manchas verdes, brillantes, profusamente esparcidas en la superficie?

—Sí, la tierra parece allí más fértil que en el resto del terreno.

El naturalista se rió.

—Esta, doctor Watson, es la Gran Ciénaga de Grimpen—dijo.—Un paso en falso significa allí la muerte, sea del hombre ó de la bestia. Ayer precisamente vi metida allí á una de las jacas del páramo. No volvió á salir nunca. Por largo tiempo observé como sacaba la cabeza por el agujero que había hecho en el fangal, pero la Ciénaga se la tragó al fin. Aun en la estación de los calores es peligroso cruzar por allí, y ahora, con estas lluvias otoñales, el lugar se ha hecho terrible. Sin embargo, yo sé abrirme camino hasta el mismo centro y volver sano y salvo. ¡Por San Jorge! ¡Vea otra de las infelices jacas!

Un bulto pardusco se revolvía y saltaba entre los verdes juncos. En seguida, un cuello largo, afanoso, agonizante se estiró hacia arriba, y un gemido horrible resonó en el páramo. La sangre se me heló en las venas, pero los nervios de mi compañero parecían ser más fuertes que los míos.

—¡Se fué! — exclamó. — La Ciénaga la tiene. Dos en dos días, y muchas más las seguirán ciertamente, porque tienen la costumbre de andar por aquí en tiempo seco, y no advierten la diferencia sino cuando han caído ya en las garras de la Ciénaga. ¡Mal sitio es la Gran Ciénaga de Grimpen!

—¿Y dice usted que le es fácil internarse en ella?

—Sí; hay uno que otro sendero por donde puede andar un hombre que sea muy ágil. Yo los he descubierto.

—Pero, ¿para qué se mete usted en un lugar tan horrible?

—Le diré: ¿Ve aquellas colinas allá lejos? Son

verdaderas islas, lomas enteramente rodeadas por la Ciénaga que con el andar del tiempo ha ido arrastrándose hasta ellas. Allí es donde hay que ir á buscar las plantas raras y las mariposas, si se tiene fuerzas y destreza suficientes para llegar hasta donde están ellas sin perder la vida en el camino.

—Algún día probaré mi suerte.

—¡Por amor de Dios, quítese usted esa idea de la cabeza!—me dijo Stapleton mirándome con expresión sorprendida.—La sangre de usted caería sobre mi conciencia. Le aseguro que no tendría usted la más mínima probabilidad de volver vivo. Sólo puedo hacerlo yo porque tengo bien presentes ciertas señales muy complicadas del terreno.

—¡Hola!—interrumpí.—¿Qué es esto?

Un aullido prolongado y suave, profundamente lastimero, recorrió el páramo. Llenó todo el espacio hasta el punto de hacer imposible el saber de dónde procedía. Este sordo murmullo fué creciendo y creciendo poco á poco hasta convertirse de pronto en una nota estridente y sostenida, en un terrible rugido, y después fué amortiguándose otra vez y volvió á ser un gemido largo y melancólico, palpitante de indecible angustia.

Stapleton me miró con una expresión extraña.

—¡Qué lugar tan raro, el páramo!—dijo.

—Pero ¿qué es esto?

—Los campesinos dicen que es el Sabueso de los Baskerville que llama á su presa. Yo lo he oído ya una que otra vez, pero nunca tan fuerte como ahora.

Con un escalofrío de terror que me llegaba al alma, eché una ojeada á mi alrededor, á la inmensa Ciénaga que parecía dilatarse por grados, sal-

picada sólo por los verdes parches de los juncos. Nada se movía sobre la vasta superficie, ni se oía nada tampoco, salvo una pareja de cuervos que graznaban chillonamente desde algún picacho situado á nuestra espalda.

—Usted es un hombre culto, señor Stapleton. ¿Cree, acaso, en un disparate semejante? ¿Cuál piensa usted que sea la causa de un grito tan espantoso?

—Los pantanales tienen á veces ruidos extraños. Ora es el fango que se asienta, ora el agua que se levanta, ó algo por el estilo.

—No, no; éste era el grito de un ser animado.

—Bueno; tal vez sea como usted dice: ¿Ha oído usted alguna vez el reclamo del alcaraván?

—No, nunca.

—Es un pájaro muy raro ahora en Inglaterra; se puede decir que la especie está extinguida; pero en el páramo todo es posible. Sí; no me sorprendería el saber que lo que hemos oído es el grito del último de los alcaravanes.

—Este aullido es seguramente la cosa más embrujada, más extraordinaria que haya oído yo en mi vida.

—Sí; el escenario es completamente fantástico. Vea la falda de aquella colina. ¿Qué le parece que es eso?

La empinada ladera estaba enteramente cubierta de vallas circulares de piedra; se veía una docena, por lo menos.

—¿Qué son? ¿Corrales de ovejas?

—No; son las casas de nuestros respetables abuelos. En la época prehistórica los hombres vivían en gran número aquí, en el páramo, y como después de ellos nadie ha ocupado sus viviendas,

encontramos ahora todo exactamente tal como lo dejaron. Esas son sus cabañas destechadas. Puede usted ver hasta el hogar y la cama si entra en ellas por curiosidad.

—Pero esto es toda una edad. ¿En qué época fué habitada?

—En la era neolítica de la edad de piedra... No hay fechas.

—¿Qué hacía el hombre entonces?

—Pastoreaba sus rebaños en estas laderas y empezaba á extraer estaño de las minas cuando la espada de bronce vino á reemplazar al hacha de piedra. Vea aquel gran foso en la colina de enfrente. Ese es también un vestigio de ellos. Sí; encontrará usted cosas muy curiosas en el páramo, doctor Watson. ¡Oh, discúlpeme un instante! ¡Seguramente es una ciclopídea!

Una mosca ó mariposilla acababa de revolotear delante de nosotros, y un segundo después Stapleton se lanzaba en su persecución con extraordinaria prontitud y energía. Con gran terror de mi parte el insecto se dirigió en línea recta hacia la Gran Ciénaga, pero Stapleton no titubeó ni un momento. Se metió en ella, dando grandes zancadas, de mata en mata, por entre el juncal, con su red verde flotando en el aire. Sus ropas grises, y su manera de andar, á saltos, en ziszás, irregular, lo hacían parecer, á él también, una mariposa enorme.

Me había quedado observando las peripecias de la caza, con una mezcla de admiración por la extraordinaria agilidad del cazador, y de temor, no fuera á ser que el hombre perdiese el pie en la traidora ciénaga, cuando oí un rumor de pasos, y, volviéndome, vi una joven cerca de mí, en el sendero.

Venía, indudablemente, del lado en que la pluma de humo gris indicaba la situación de Merripit House, pero la depresión del terreno la había ocultado hasta aquel momento.

Aquella era, sin duda alguna, la señorita Stapleton de quien se me había hablado, porque, en primer lugar, las damas no podían ser muy abundantes en el páramo; y, en segundo, alguien había descrito á dicha señorita como una beldad. La joven que se aproximaba era, en efecto, notable por su belleza, y de un tipo verdaderamente excepcional. Imposible hubiera sido hallar un contraste más grande entre hermano y hermana: Stapleton no resultaba ser ni blanco ni moreno, y tenía los cabellos rubios y los ojos grises; ella era más morena que cuantas trigueñas había visto yo en Inglaterra; y, además, delgada, alta y esbelta. Su rostro, de expresión arrogante, estaba modelado con tal regularidad que hubiera parecido impasible á no ser por la boca sensitiva y por los hermosos ojos negros y vehementes. Con su figura delicada y su vestido elegante, la joven era realmente una aparición extraña en el solitario sendero del páramo. En el momento que me di vuelta, sus ojos estaban fijos en su hermano; y, al notar mi movimiento, los desvió para clavarlos en mí, y apretó el paso. Yo me alcé la gorra, é iba á decirle algo, cuando las palabras que salieron de sus labios encarrilaron todos mis pensamientos por otras vías.

—¡Vuélvase!—me dijo.—¡Vuélvase á Londres inmediatamente!

Lo único que pude hacer fué mirarla de hito en hito con estúpida sorpresa. Sus ojos me fulmina-

ban entretanto, y de impaciencia, dió con el pie un golpe en el suelo.

—¿Y por qué tengo que volverme? — le pregunté.

—No puedo explicar nada—contestó en voz baja y ansiosa, con un curioso ceceo en la pronunciación.—Pero ¡por amor de Dios! haga lo que le digo. Váyase y no vuelva á poner los pies en el páramo.

—¡Pero si acabo de llegar apenas!...

—¡Hombre, hombre!—exclamó con vehemencia.—¿No comprende usted que es por su bien? ¡Vuélvase á Londres! ¡Váyase esta misma noche! ¡Salga de aquí á toda costa!... ¡Chist! ¡ahí viene mi hermano! ¡No le diga ni una palabra!... ¿Quiere hacerme el favor de alcanzarme aquella orquídea, allí, entre aquellas plantas? En el páramo somos muy ricos de orquídeas; pero, naturalmente, ha llegado usted un poco tarde para conocer sus bellezas.

Stapleton había abandonado la caza, y volvía, con la respiración jadeante y la cara encendida por el esfuerzo.

—¡Hola, Luz!—dijo, y me pareció que el tono de su saludo no era muy cordial.

—Estás muy sofocado, Juanito.

—Sí; quería cazar una ciclopídea. Son muy raras; y, á fines del otoño, más raras todavía. ¡Qué lástima que la haya perdido!

Hablaba en tono indiferente, pero sus ojillos brillantes miraban alternativamente á su hermana y á mí.

—Parece que se han presentado ya ustedes mismos.

—Sí. Le decía á sir Enrique que había llegado

un poco tarde para conocer las bellezas del páramo.

—¡Cómo! ¿Quién crees que sea el señor?

—Supongo que ha de ser sir Enrique Baskerville.

—No, no—dije.—Soy un simple ciudadano sin títulos, pero amigo de sir Enrique. Soy el doctor Watson.

Una llamarada de contrariedad abrasó el rostro de la joven.

—Entonces hemos estado hablando sin entendernos—dijo.

—¡Cómo! No han tenido ustedes mucho tiempo...—observó Stapleton, siempre con sus miradas inquisitivas.

—He estado hablando al doctor Watson como si fuese un residente, cuando no es más que un huésped—dijo ella.—No le ha de importar mucho al señor, entonces, el haber llegado aquí tarde ó temprano para las orquídeas. Pero usted vendrá ¿no es cierto? á conocer Merripit House...

Una corta caminata nos llevó á la casa, una construcción aislada en el páramo, expuesta á todos los vientos, que en días de prosperidad ya remotos habría servido de granja á algún ganadero; pero que más tarde había sido transformada en una habitación moderna. La rodeaba una huerta; pero, como es corriente en el páramo, los árboles estaban achaparrados y mustios. En general, el aspecto de todo aquello era melancólico y mezquino. Nos recibió un criado anciano, raro, apergaminado, suciamente vestido, muy en armonía con la casa. Dentro de ella, sin embargo, había piezas espaciosas, amuebladas con una elegancia en la que me pareció reconocer el buen gusto de la da-

ma. Mientras contemplaba, por las ventanas, el páramo sembrado de peñascos que se desarrollaba interminablemente hasta perderse en el horizonte, no pude menos de preguntarme admirado qué podría haber inducido á este hombre tan instruído y á esta mujer tan hermosa á ir á vivir en semejante sitio.

—Curioso barrio el que hemos elegido, ¿no?—dijo Stapleton, como si hubiera leído en mi pensamiento. — Y, sin embargo, nosotros nos arreglamos para ser felices, ¿no es cierto, Luz?

—Muy felices—dijó la joven:—pero no había acento de verdad en sus palabras.

—Yo tenía una escuela—dijo Stapleton.—Allá, en el Norte. La tarea, para un hombre de mi temperamento, era mecánica y poco interesante; pero el privilegio de vivir con los niños, de ayudar á modelar aquellas mentes infantiles y de imprimir en ellas el carácter y los ideales de uno, me era muy grato. Sin embargo, la suerte estaba en contra nuestra. Estalló en la escuela una grave epidemia, y tres de los niños murieron. La escuela nunca se restableció de este golpe infortunado, y la mayor parte de mi capital naufragó allí para siempre. Pero, si no fuera por la pérdida de la encantadora compañía de los niños, ahora podría alegrarme de aquel desastre; porque, gracias á mi decidida afición á la botánica y á la zoología, he encontrado aquí un campo de acción ilimitado; y, en cuanto á mi hermana, ella es tan amante como yo de la Naturaleza. Todo esto, doctor Watson, me ha obligado á contarle, la expresión que he visto en su rostro cuando contemplaba usted el páramo por la ventana.

—Efectivamente, había cruzado por mi mente

la idea de que esto podría ser un poco triste... no tanto para usted, como para su hermana.

—No, no. Yo nunca estoy triste—dijo la joven vivamente.

—Tenemos libros — dijo Stapleton ; — hacemos nuestros estudios, y estamos rodeados, además, de vecinos interesantes. El doctor Mortimer es una persona muy instruída en su especialidad. El pobre sir Carlos era también un compañero admirable. Lo conocíamos bien, y lo hemos extrañado más de lo que mis palabras podrían expresar. ¿Cree usted que cometería una imprudencia si fuera yo esta tarde al Hall á presentar mis respetos á sir Enrique?

—Estoy seguro de que sir Enrique se alegraría de ello.

—Entonces, hágame usted el favor de anunciarle mi propósito. En nuestra humilde esfera nosotros podemos hacer algo para facilitarle las cosas á sir Enrique hasta que se acostumbre á su nuevo ambiente. ¿Quiere usted subir al piso alto, doctor Watson, para conocer mis colecciones de lepidópteros? Creo que es la más completa en todo el Sudoeste de Inglaterra. Y, para cuando haya acabado usted de verlas, el *lunch* estará listo.

Pero yo estaba ansiando volver á mi puesto. La melancolía del páramo, la muerte de la infortunada jaca, el fantástico aullido que había sido asociado á la siniestra leyenda de los Baskerville... todas estas cosas impregnaban de tristeza mis pensamientos. Después, había venido á coronar esta serie de impresiones más ó menos vagas, la clara y definida prevención de la señorita Stapleton, formulada con tan intensa vehemencia que no me era posible dudar de que alguna grave y profunda

razón debía haberla inspirado. Me resistí, pues, á todos los empeños para que me quedara á tomar el *lunch*, y emprendí en seguida el regreso, siguiendo el sendero cubierto de hierba por donde había venido.

Parece que había, sin embargo, una vía más corta entre Merripit House y el camino, porque, poco antes de llegar á éste, vi con sorpresa á la señorita Stapleton sentada en una roca al borde del sendero. Su rostro estaba deliciosamente encendido, y se llevaba la mano al costado.

—He corrido sin parar para cortarle el camino, doctor Watson—me dijo.—Me faltó tiempo para ponerme el sombrero. Tenía que expresar á usted mi pesar por la estúpida equivocación que cometí al tomarlo por sir Enrique. Hágame el favor de olvidar las palabras que le dije entonces, y que nada tienen que ver con usted.

—No puedo olvidarlas, señorita—le contesté.—Soy amigo de sir Enrique, y la seguridad de mi amigo me interesa de muy cerca. Le pido, por lo tanto, que me diga por qué estaba usted tan deseosa de que sir Enrique volviera á Londres.

—Caprichos de mujer, doctor Watson. Cuando usted me conozca mejor verá que yo no puedo dar siempre razones de lo que digo ó de lo que hago.

—No, no. Tengo muy presente la agitación de su voz entonces, y la mirada de sus ojos. Por favor, por favor, sea franca conmigo, señorita; veo que desde el momento que llegué aquí me he dado buena cuenta de que no hay sino sombras por todas partes. La vida aquí es como aquella Gran Ciénaga de Grimpen, en la que uno puede hundirse si no tiene un guía que le indique el camino. Dígame, pues, á qué peligro se refería usted cuan-

do me habló, y le prometo que transmitiré su prevención á sir Enrique.

Una sombra de irresolución veló por un instante el rostro de la joven, pero sus ojos se endurecieron de nuevo al contestarme:

—Da usted al asunto demasiada importancia, doctor Watson. Mi hermano y yo hemos sufrido un golpe muy fuerte con la muerte de sir Carlos. Lo conocíamos mucho y lo queríamos mucho; su paseo favorito era venir á casa, atravesando el páramo. Sir Carlos estaba muy impresionado por la maldición que pesaba sobre su familia, y cuando ocurrió la tragedia comprendí en seguida que los temores que él manifestaba en vida no habían sido tan faltos de fundamentos. Por esto me afligí al ver que venía á vivir al Hall otro miembro de la familia, y pensé que había que prevenirle el peligro que corría. Esto es todo.

—Pero ¿cuál es el peligro?

—¿Conoce la leyenda del Sabueso?

—No creo semejante disparate.

—Yo sí creo. Y si tiene usted alguna influencia sobre sir Enrique, lléveselo de un lugar que ha sido siempre fatal para su familia. El mundo es muy grande. ¿Por qué habría de querer vivir él en el sitio del peligro?

—Precisamente porque es el sitio del peligro. El carácter de sir Enrique es así. Y, á menos que usted pueda darme alguna información más precisa, temo mucho que no sea posible conseguir que mi amigo se marche.

—Yo no puedo decir nada preciso, porque no sé nada preciso.

—Permítame otra pregunta, señorita. Si lo que usted se proponía decirme la primera vez que me

habló no era más que lo que acabo de oir, ¿por qué trató de evitar usted entonces que su hermano se enterara de sus palabras? Ni él, ni nadie, podría haber encontrado nada malo en ellas...

—Mi hermano está deseando ver el Hall habitado, porque cree que esto es un bien para las pobres gentes del páramo, y se enojaría mucho si supiese que yo había dicho algo que pudiera inducir á sir Enrique á marcharse. Pero al hacer esto he cumplido con mi deber, y no hablaré una palabra más sobre el asunto. Tengo que volverme, doctor Watson, porque mi hermano puede notar mi ausencia y sospechar que he venido á verlo á usted. Adiós.

La joven se dió vuelta, y á los pocos minutos desaparecía entre los peñascos, mientras yo, con el alma llena de vagos recelos, seguía mi camino en dirección á Baskerville Hall.

VIII

PRIMER INFORME DEL DOCTOR WATSON

Desde este punto en adelante voy á seguir el hilo de los sucesos transcribiendo mis cartas á Sherlock Holmes, que tengo por delante, encima de la mesa. Una de las carillas se ha perdido; pero, por lo demás, las copio tal como las escribí entonces, y ellas revelarán mis impresiones y mis sospechas del momento, más fielmente de lo que po-

dría hacerlo, quizá, mi memoria, vívida como se conserva, sin embargo, en todo cuanto se refiere á estos trágicos acontecimientos.

Baskerville Hall, octubre 13.

Mi querido Holmes:

Mis cartas y telegramas anteriores han de haberlo puesto á usted bien al corriente de todo lo que ha podido ocurrir en este rincón del mundo, dejado de la mano de Dios. A medida que el tiempo pasa, tanto más profundamente va penetrando en uno el espíritu del páramo, su inmensidad y también su siniestro encanto. En cuanto uno pone los pies en él, todo indicio de la Inglaterra moderna desaparece; pero, en cambio, se ve por todas partes los hogares y la obra de la raza prehistórica. Por todas partes surgen las casas de estos hombres ya olvidados, y sus túmulos y sus enormes monolitos que, según se supone, señalaban el recinto de sus templos. Al contemplar estas cabañas de piedra gris que se destacan sobre las escarpadas laderas, se olvida uno por completo de la época actual; y si, de pronto, se viera, agachándose para pasar por la puerta de alguna de ellas, un hombre peludo, vestido de cuero, ocupado en ajustar en la cuerda de su arco la flecha con punta de pedernal, se sentiría la impresión de que la presencia de él aquí era más natural que la propia. Lo curioso es que esta gente haya vivido tan apiñada en lo que siempre debe haber sido una región absolutamente estéril. No soy perito en estas cosas, pero me imagino que ésta ha de haber sido alguna raza pacífica y acosada, que tuvo que bus-

car refugio en un terreno que nadie llegaría á disputarle. Pero todo esto es ajeno á la misión con que usted me ha enviado aquí, y ha de tener quizá muy poco interés para su espíritu estrictamente práctico. No me he olvidado todavía de la completa indiferencia que tenía para usted lo de que el Sol girara alrededor de la Tierra, ó la Tierra alrededor del Sol. Paso, pues, á tratar lo que se refiere á sir Enrique Baskerville.

Si no ha recibido usted ningún informe en estos últimos días es porque, hasta hoy, no he tenido nada importante que comunicarle. Pero acaba de producirse un hecho extraordinario, que le referiré en el momento oportuno. Ahora, ante todo, voy á ponerlo al cabo del estado actual de cosas respecto á los principales factores de la situación.

Uno de éstos, del cual le he escrito poco hasta ahora, es el presidiario prófugo, refugiado en el páramo. Hay serias razones para pensar que al fin ha conseguido ponerse en salvo. He aquí dichas razones: han transcurrido quince días desde su fuga, y en todo este tiempo no ha sido visto ni oído; es completamente inconcebible que el hombre pueda haberse sostenido en el páramo tantos días: no porque no hubiera facilidades para ocultarse, puesto que cualquiera de las cabañas de piedra podría haberle servido de escondrijo, sino porque no hubiera tenido qué comer, á menos que atrapase y sacrificase alguna de las ovejas del páramo, hecho que no se ha producido. Se cree, por consiguiente, que se ha marchado, y los aislados moradores del páramo duermen mejor pensando en esto.

Aquí en el Hall somos cuatro hombres robustos, de modo que estamos bien resguardados; pero

confieso que he pasado malos momentos pensando en los Stapleton. Estos viven muy lejos de toda ayuda. Son, en resumen, una doncella, un viejo criado, la hermana y el hermano, y este último no muy fuerte. Estarían, por lo tanto, completamente indefensos ante un hombre desesperado como el criminal de Notting Hill, si éste llegara á introducirse en la casa. Tanto á sir Enrique como á mí nos inquietaba la situación de ellos, y entonces se propuso que Perkins, el cochero, fuera á dormir allá; pero Stapleton no quiso saber nada de esto.

Es el caso que nuestro amigo el *baronet* empieza á demostrar gran interés por nuestra hermosa vecina. No hay que asombrarse de ello, porque en este lugar solitario el tiempo se hace pesado para un hombre activo como él, y, por otra parte, la joven es muy hermosa y muy fascinadora. Hay en ella algo tropical y exótico que contrasta singularmente con la frialdad é impasibilidad de su hermano. Aunque lo cierto es que Stapleton hace pensar que tal vez sea un hombre de pasiones concentradas. Es indudable que ejerce notable influencia sobre su hermana, porque he observado que ella lo consulta continuamente con la mirada cuando conversa, como pidiéndole que apruebe sus palabras. Creo que el hombre ha de ser bueno con ella, aunque sus ojos tienen el brillo áspero y sus labios delgados la expresión firme que denuncian el carácter imperioso y á veces rudo. Probablemente usted lo consideraría interesante como tipo de estudio.

Stapleton vino á visitar á sir Enrique aquella tarde, como le he comunicado ya á usted, y á la mañana siguiente nos llevó á mostrarnos el sitio á que hace referencia, según se supone, la leyenda del perverso Hugo. Fué una excursión de varias

millas á través del páramo, hasta un paraje tan tétrico que bien podría haber sugerido esa leyenda. Nos encontramos en una garganta angosta entre erizados picachos, que llevaba á un espacio descubierto, alfombrado de verde césped y salpicado de blanco por matas de hierba cana. En el centro de él se elevaban dos altas piedras cónicas, desgastadas y afiladas en la punta, á tal extremo, que parecían los colmillos roídos y gigantescos de algún monstruo. El sitio se ajustaba en todos sus detalles al escenario de la tradicional tragedia. Sir Enrique demostró mucho interés en el asunto, y preguntó á Stapleton más de una vez si creía realmente en la posibilidad de una intervención sobrenatural en las cosas de los hombres. El *baronet* hablaba en tono indiferente, pero era fácil ver que hacía muy seriamente la pregunta. Stapleton fué cauto en sus respuestas, aunque era evidente que si no quería expresar con franqueza su opinión era para no herir los sentimientos de nuestro amigo. Nos contó casos análogos, á propóito de familias que habían vivido bajo una influencia malévola, y nos dejó con la impresión de que él también participaba de la opinión del vulgo respecto á la leyenda de los Baskerville.

A la vuelta fuimos á tomar el *lunch* en Merripit House, y entonces fué cuando sir Enrique tuvo ocasión de conocer á la señorita Stapleton. Desde el primer momento nuestro amigo pareció sentirse fuertemente atraído por ella, y mucho me engaño ó este sentimiento fué mutuo. El *baronet* se acordó de la joven repetidas veces mientras volvíamos á casa, y desde entonces casi no ha pasado día sin que hayamos visto al hermano ó á la hermana. Ambos vendrán á comer aquí esta noche, y

se ha hablado de que nosotros les retribuiremos la visita la semana próxima.

Cualquiera se habría imaginado que la perspectiva de esta alianza sería muy bien recibida por Stapleton; pero lo cierto es que más de una vez he sorprendido en sus ojos miradas de decidida desaprobación cuando sir Enrique tenía atenciones especiales para su hermana. Es indudable que el hombre está muy ligado á su hermana y que si ésta le faltara haría una vida absolutamente solitaria; pero sería el colmo del egoísmo que se opusiera á que ella hiciese un casamiento tan brillante. A pesar de todo, Stapleton no desea que la familiaridad actual entre ambos vaya á convertirse en amor; de esto estoy seguro, porque he notado varias veces que el hombre se ha echado encima la tarea de evitar que se vean á solas. Dicho sea de paso, las instrucciones que usted me dió, respecto á que no permita nunca que sir Enrique salga solo, van á hacérseme en extremo pesadas si llega á agregarse una empresa amorosa á nuestras dificultades. La simpatía que inspiro ahora se vería pronto afectada si tuviera que cumplir las órdenes de usted al pie de la letra.

El otro día, el jueves, para ser más preciso, el doctor Mortimer vino á tomar el *lunch* con nosotros. Había estado haciendo excavaciones en un túmulo del Médano Largo, y había dado con una calavera prehistórica, que lo había llenado de inmenso júbilo. ¡Nunca he visto un entusiasta más ingenuo que Mortimer!... Más tarde llegaron los Stapleton, y el buen doctor nos llevó á todos á la alameda de los Tejos, para hacernos ver en el terreno cómo habían pasado las cosas aquella noche fatal. La alameda de los Tejos, es una larga y

tétrica calle entre dos altas tapias de cerca recortada, con una estrecha faja de césped á cada lado. En el extremo de ella hay una vieja glorieta que amenaza ruina. A mitad del camino está el portillo que da al páramo. Este portillo está cerrado por una barrera de madera blanca, con su aldaba y su candado. Del otro lado de él se extiende el vasto páramo. Recordé la tèoría de usted, y traté de representarme lo que había ocurrido. Estando allí, en el portillo, el anciano vió algo que se acercaba cruzando el páramo, algo que lo aterrorizó al extremo de hacerle perder la cabeza, y entonces echó á correr y á correr, hasta que cayó muerto, pura y simplemente de horror y extenuación. Allí estaba el largo y sombrío túnel por donde había huído. ¿De qué? ¿De un perro ovejero del páramo? ¿O de un sabueso fantasma, negro, silencioso y monstruoso? ¿Había habido intervención humana en la muerte de sir Carlos? ¿Sabía el pálido y cauteloso Barrymore más de lo que había declarado?... Todo está confuso y vago, pero, en el fondo, se destaca siempre la negra sombra del crimen.

He conocido á otro vecino más desde que escribí á usted la última vez; el señor Frankland, que vive en el Lafter Hall, á unas cuatro millas al sur de Baskerville Hall. Es un hombre entrado en años, de cara colorada, cabellos blancos é índole irascible. Su pasión es la ley británica, y ha despilfarrado una gran fortuna en pleitos. Pleitea por el mero gusto de pleitear, y tan dispuesto está á encarar una cuestión por un lado como por el radicalmente contrario; de modo que no es extraño que la diversión le haya resultado costosa. Unas veces, consigue hacer anular la concesión de un

camino, y desafía á la comisión municipal á que lo haga abrir; otras, destroza con sus propias manos la cerca de algún vecino, declarando que desde tiempo inmemorial ha existido allí un paso, y provoca al propietario á que lo demande por violación de la propiedad. Es un erudito en antiguo derecho señorial y comunal, y tan pronto aplica sus conocimientos en favor de los aldeanos de Fernworthy, como contra ellos; de modo que periódicamente es llevado en triunfo por la calle única de la aldea, ó quemado en efigie en la plaza, según sea su última hazaña. Se dice que tiene actualmente entre manos unos siete procesos judiciales, que se tragarán probablemente el resto de su fortuna, lo que le hará perder el aguijón, dejándolo inofensivo para siempre.

Fuera de esto, parece ser una persona afable y de buen carácter; si lo cito aquí es sólo porque usted me pidió especialmente que le describiera uno por uno á todos nuestros vecinos.

El señor Frankland está entregado en estos momentos á una curiosa tarea: se pasa el día entero en la azotea de su casa, barriendo el páramo con un excelente anteojo que posee, como aficionado que es á la astronomía, y de este modo espera llegar á entrever al presidiario prófugo. Si aplicara sus energías á cosas de este género, todo estaría muy bien; pero parece que ahora se propone demandar al doctor Mortimer por haber abierto éste en Médano Largo una tumba, la de un hombre de la edad de piedra, y por haber exhumado una parte de los restos, la calavera, sin el consentimiento de los parientes del muerto. El hombre nos ayuda, en resumen, á evitar que la vida se nos haga aquí monótona, y representa un pequeño detalle có-

mico en un escenario que bien poco lo necesita, por cierto.

Y ahora que ya está usted al día respecto al presidiario prófugo, á los Stapleton, al doctor Mortimer y al señor Frankland, voy á terminar por lo más importante, por todo cuanto se relaciona con los Barrymore y que comprende, especialmente, el extraordinario descubrimiento que hice anoche.

Ante todo le hablaré del telegrama que envió usted de Londres para asegurarse de que Barrymore estaba aquí realmente. Ya le he explicado cómo resultó de mis averiguaciones que el ardid había fracasado, dejándonos sin prueba ni de una cosa, ni de la otra. Le conté esto á sir Enrique, y el *baronet*, procediendo resueltamente como siempre, llamó en seguida á Barrymore y le preguntó si había recibido él mismo el telegrama. Barrymore dijo que sí.

—¿Se lo entregó el mensajero en propias manos? —le preguntó sir Enrique.

Barrymore pareció sorprenderse, y meditó un momento.

—No, señor—dijo.—Yo estaba entonces en el desván, y mi mujer me lo llevó arriba.

—¿Lo contestó usted mismo?

—No, señor. Le di la contestación á mi mujer, y ella bajó y la escribió.

A la tarde, Barrymore volvió á tocar el punto espontáneamente.

—No he podido comprender, sir Enrique, el objeto de sus preguntas de esta mañana—dijo.—¿He hecho algo como para perder su confianza, señor?

Sir Enrique le aseguró que no había tal cosa; y, para acabar de tranquilizarlo, le regaló una parte considerable de su guardarropa, pues ya le han

llegado los nuevos trajes que encargó á Londres.

La mujer del mayordomo tiene para mí un interés especialísimo. Es una señora gruesa, robusta, concentrada, en alto grado respetable, y muy inclinada al puritanismo. Difícilmente podría concebir usted una mujer menos capaz de conmoverse; sin embargo, como ya le he contado, la noche de nuestra llegada la oí sollozar amargamente, y, desde entonces, más de una vez he notado huellas de lágrimas en su rostro. Alguna honda pena debe estar royendo continuamente su corazón. A veces supongo que sean remordimientos; otras veces pienso que Barrymore puede ser un tirano doméstico.

La aventura de anoche ha justificado mis sospechas, nacidas desde el primer momento, de que hay algo singular y cuestionable en el carácter de este hombre.

El hecho á que me refiero, sin embargo, puede parecer en sí mismo de poca importancia. Como usted sabe, mi sueño no es muy pesado; y, desde que estoy en el Hall, se ha hecho más ligero todavía. Anoche, como á las dos de la mañana, me despertó el rumor de unos pasos sigilosos en el corredor delante de mi pieza. Me levanté en seguida, abrí la puerta y miré afuera. Una larga sombra negra se deslizaba sobre el piso de madera. Provenía de un hombre que atravesaba silenciosamente el corredor, con una vela en la mano. Iba en mangas de camisa y descalzo. Sólo pude verle la silueta, pero por la estatura reconocí á Barrymore. Andaba con lentitud y cautela, y había en su porte un no sé qué culpable y furtivo.

El corredor (creo habérselo dicho ya en otra ocasión), está interrumpido por la galería que rodea

el vestíbulo; pero continúa del otro lado de éste. Esperé que Barrymore llegara á la otra parte, y entonces le seguí. Cuando di la vuelta á la galería, el hombre no estaba ya en el corredor, y por el resplandor que salía por una puerta abierta pude ver que había entrado en una de las habitaciones. Recordé que todas las piezas de esta parte del edificio están enteramente desocupadas, y el objeto de aquella expedición se hizo para mí más misterioso que nunca: la luz brillaba con fijeza, como si estuviera inmóvil. Me deslicé por el corredor lo más silenciosamente que pude; y, arrimando la cabeza al costado de la puerta, miré adentro de la pieza.

Barrymore estaba agachado delante de la ventana, sosteniendo la luz contra el vidrio, y daba el perfil á la puerta. Pude ver su rostro rígido por ansiosa expectativa; parecía estar sondeando las tinieblas del páramo. Durante unos minutos se mantuvo así, observando atentamente, y de pronto, hizo oir un sordo gruñido, y con gesto contrariado apagó la luz. Inmediatamente emprendí la retirada, y á poco de estar en mi cuarto sentí otra vez sus pasos furtivos en dirección al fondo de la casa. Mucho después, cuando empezaba ya á dormirme, oí chirriar una llave en alguna cerradura, pero no pude precisar en qué parte del edificio.

Me considero incapaz de conjeturar, querido Holmes, qué significa esta extraña conducta del mayordomo; pero lo que puedo decir es que en esta casa está en trámite, indudablemente, algún asunto misterioso que, tarde ó temprano, hemos de poner en claro. Esta mañana hemos conversado largamente al respecto con sir Enrique, y hemos hecho nuestro plan de campaña, que empezará á

desarrollarse cuando se repita la escena; lo que es probable, porque, según me dice el *baronet*, parece que no es ésta la primera vez que alguien cruza sigilosamente el corredor á deshoras de la noche. Deseoso de informarlo á usted cuanto antes de esta novedad, no he querido demorar ni un momento más el envío de esta carta; aunque muy pronto, tal vez, habremos puesto en claro este misterio.

IX

SEGUNDO INFORME DEL DOCTOR WATSON

Baskerville Hall, octubre 15.

Mi querido Holmes:

Si en un principio, en el primer tiempo de mi misión aquí, tuve forzosamente poco que hacer, ha de saber usted que ahora estoy recobrando el tiempo perdido, y que las cosas empiezan á sucederse á nuestro alrededor en tropel y rápidamente.

Mi informe anterior terminaba con la nota culminante de cuantas contenía: Barrymore en la ventana; y ahora tengo ya todo un costal lleno, que, ó mucho me equivoco, ó ha de sorprenderlo á usted de una manera considerabe. Las cosas han tomado un giro que no me habría imaginado nunca. Durante las útimas cuarenta y ocho horas se han hecho mucho más claras, por un lado, y mu-

cho más complicadas por el otro. Pero se lo contaré todo, y usted hará su juicio al respecto.

A la mañana siguiente de aquella aventura, antes del desayuno, atravesé el corredor y fuí á examinar la pieza en que había entrado Barrymore pocas horas antes. Noté que la ventana del Oeste, por la que él había estado mirando tan ansiosamente, tiene una particularidad que no ofrecen las demás ventanas del Hall: facilita la perspectiva más próxima del páramo, pues hay un espacio descubierto entre dos árboles que permite que uno pueda verlo desde allí directamente; mientras que, desde todas las demás ventanas, sólo puede conseguirse una vislumbre lejana y oblicua. De esto se infería, por consiguiente, que si Barrymore había elegido aquella ventana, era porque quería observar alguna cosa en el páramo. Pero la noche había sido muy obscura, y me parecía imposible que el hombre hubiera podido llegar á ver algo en las tinieblas.

Me asaltó la idea de que tal vez se tratara de alguna intriga de amor. Esto habría explicado los movimientos furtivos de él, y también las desazones de su mujer. El hombre es guapo, tiene atractivos más que suficientes para conquistar el corazón de una campesina; de modo que mi teoría tenía algo en qué fundarse. Aquella puerta que me parecía haber sentido abrir cuando estaba ya en la cama, muy bien podía indicar que Barrymore había salido de la casa para asistir á alguna cita clandestina.

Así razonaba yo conmigo mismo por la mañana, y creo que ha de interesar á usted el saber la dirección que tomaban entonces mis sospechas, aun

cuando lo que resultó después haya demostrado cuán descaminadas iban.

Entonces reconocí que, fuera cual fuese la explicación real del proceder de Barrymore, la responsabilidad de mantener el hecho en secreto hasta que pudiera explicarlo, era algo más de lo que yo podía soportar. De suerte que, como le decía á usted en mi anterior, tuve una entrevista con sir Enrique en su estudio, después del desayuno, y le conté lo que había visto. El *baronet* se mostró menos sorprendido de lo que yo esperaba.

—Sabía—me dijo,—que Barrymore tiene la costumbre de andar dando vueltas de noche, y estaba ya con ganas de interrogarlo al respecto. Dos ó tres veces lo he oído ir y venir por el corredor, precisamente á la hora que usted dice.

—Entonces es probable que todas las noches haga una visita á aquella ventana—insinué.

—Es probable. En tal caso podríamos seguirlo, y ver qué es lo que anda haciendo. Quisiera saber qué haría su amigo Holmes si estuviera aquí...

—Creo que haría exactamente lo que usted acaba de indicar—dije.—Seguiría á Barrymore para ver en qué andaba.

—Entonces eso es lo que vamos á hacer nosotros.

—Quizá llegue á sentirnos.

—El hombre es un poco sordo; pero, de cualquier manera que sea, hay que correr el riesgo. Esta noche nos meteremos en mi pieza, y esperaremos á que pase.

Y el *baronet* se frotó las manos satisfecho, halagado evidentemente por la perspectiva de una aventura que venía á aliviar por un momento la vida un tanto tediosa que hace en el páramo.

Sir Enrique ha estado comunicándose con el arquitecto que dibujó los planos para sir Carlos, y con un contratista de Londres; de suerte que pronto empezarán á hacerse aquí grandes cambios. Han venido también tapiceros y muebleros de Plymouth. Todo esto hace ver que nuestro amigo tiene proyectos muy vastos; que se propone no escatimar trabajos ni gastos para restaurar la grandeza de sus antepasados. Cuando la casa haya sido reparada y amueblada de nuevo, lo único que el hombre necesitará entonces será una esposa, para que su hogar esté completo. Aquí, para entre nosotros, le diré que hay indicios bastante claros de que lo que es esto no faltará, á menos que la dama no consienta; porque, en cuanto á él, pocas veces he visto un hombre más embobado con una mujer que el *baronet* con nuestra hermosa vecina, la señorita Stapleton. Sin embargo, el curso de esta corriente amorosa no es tan plácido como se hubiera podido esperar, dadas las circunstancias. Hoy, por ejemplo, enturbió su superficie un remolino inesperado, que ha puesto á nuestro amigo en un estado extremo de perplejidad y de fastidio.

Después de la conversación que he citado respecto á Barymore, sir Enrique se puso el sombrero y se dispuso á salir. Naturalmente, yo hice lo mismo.

—¡Cómo! ¿Viene usted también, Watson?—me preguntó, mirándome con expresión curiosa.

—¿Va usted ó no, al páramo?—le pregunté á mi vez.

—Sí, voy al páramo.

—Entonces, yo lo acompaño. Siento mucho entrometerme, pero usted sabe con cuánto empeño me ha recomendado Holmes que no me separe de

usted; y, sobre todo, que no lo deje ir solo al páramo.

Sir Enrique me puso la mano en el hombro, sonriendo placenteramente.

—Mi querido amigo—dijo.—Holmes, con toda su sabiduría, no pudo prever entonces ciertas cosas que han sucedido desde que me encuentro aquí. ¿Me entiende?... Estoy seguro de que usted no querría hacer en este caso de aguafiestas. Tengo que ir solo.

Con esto me sentí colocado en la situación más difícil. No sabía absolutamente qué decir ni qué hacer; y, sin esperar á que pudiera formar yo una resolución, el *baronet* tomó su bastón y se fué.

Pero cuando al fin hube considerado bien la cuestión, la conciencia me reprochó duramente el haber permitido, fuera por lo que fuese, que sir Enrique se sustrajera á mi vigilancia. Me figuré cuál sería el estado de mi ánimo si tuviera que ir á ver á usted, mi querido Holmes, para confesarle que había ocurrido una desgracia á causa de haber descuidado yo sus instrucciones. Le aseguro que se me encendieron las mejillas á la sola idea de esto. Entonces pensé que tal vez no fuera demasiado tarde para alcanzar á nuestro amigo, y partí en seguida en dirección á Merripit House.

Eché á correr con todas mis fuerzas, sin poder ver al *baronet*, hasta que llegué al sitio en que el camino se divide. Entonces, temiendo que, después de todo, hubiera equivocado la dirección, subí á una colina desde donde podía dominar el terreno... la misma colina que en otro tiempo fué una cantera de granito. Descubrí en seguida á sir Enrique. Iba por el sendero del páramo, como á un cuarto de milla de distancia, en compañía de

una dama que no podía ser sino la señorita Stapleton. Saltaba á la vista que existía ya una inteligencia entre ellos, y que aquel encuentro era el resultado de una cita. Caminaban lentamente, absortos en animada conversación, y pude ver que ella movía vivamente las manos, accionando como para acentuar más lo que decía, mientras él oía con atención profunda, meneando de tiempo en tiempo la cabeza como si se hallara en completo desacuerdo con su interlocutora. Me dejé estar entre las rocas, observándolos, en extremo perplejo respecto á lo que debía hacer. Alcanzarlos é interrumpir su íntimo coloquio me pareció una grosería; y, sin embargo, mi deber claro y preciso era no perder nunca de vista al *baronet*, ni por un instante. Y estar allí, espiando á un amigo, era para mí una tarea por demás odiosa. Pero no encontraba camino mejor que éste, el de vigilarlo á escondidas; después descargaría mi conciencia confesándole lo que había hecho. Es cierto que si llegaba á amenazarlo de pronto algún peligro me encontraría demasiado lejos para poder intervenir. Pero estoy seguro de que usted convendrá conmigo en que mi situación era muy difícil, y que no hubiera podido hacer nada más que lo que hice.

Sir Enrique y la dama se habían parado; y, siempre en el sendero, continuaban profundamente embebidos en su conversación, cuando, de improviso, me di cuenta de que no era yo el único testigo de esta entrevista. Un manojo de filamentos verdes, que flotaban en el aire, interceptó de pronto mi visual; y, al fijar mis ojos en él para localizarlo, vi que estaba ligado á la punta de un palo, cuyo otro extremo desaparecía tras la figura de un hombre que, de espaldas á mí, iba an-

dando por entre el terreno quebrado, costeando el sendero. Era Stapleton con su red de entomólogo. Estaba mucho más cerca que yo de la pareja, y parecía moverse en dirección á ella.

En aquel momento el *baronet* atrajo hacia él á la señorita Stapleton, rodeándole con el brazo la cintura, y me pareció notar que ella forcejeaba por desasirse, al mismo tiempo que apartaba la cabeza. Entonces, sir Enrique se inclinó, tratando de acercar la suya, y la dama alzó el brazo para interponerlo. De repente, los vi apartarse bruscamente y dar media vuelta, para mirar azorados detrás de ellos. Era Stapleton la causa de su alarma. El naturalista había echado á correr frenéticamente hacia ellos, con su red tremolando ridículamente detrás de él. Vi que se ponía á gesticular y á accionar, á bailar casi de excitación delante de los enamorados. No podía darme cuenta del significado de esta escena, pero me pareció que Stapleton estaba insultando á sir Enrique que, trataba de dar explicaciones, y se exaltaba, é iba poniéndose cada vez más furioso, ante la persistencia del otro en no querer aceptarlas. La dama permanecía inmóvil, guardando un silencio altanero. Al fin, Stapleton giró sobre sus talones é hizo con la cabeza un llamado perentorio á su hermana, quien, después de dirigir al *baronet* una mirada de indecisión, echó á andar al lado del naturalista. Los ademanes coléricos de éste me hicieron ver que su disgusto era también con la dama. Sir Enrique se quedó mirándolos por un momento, y después empezó á desandar pausadamente el camino, con la cabeza caída sobre el pecho, viva imagen del dolor y del desaliento.

El proceder de Stapleton no podía explicárme-

lo; pero lo cierto es que me sentía profundamente avergonzado por haber sido testigo de una escena tan delicada, sin que mi amigo lo supiera. Bajé corriendo la colina, y le salí al encuentro. Su rostro estaba encendido de cólera, tenía las cejas contraídas y una expresión general de perplejidad completa.

—¡Hola, Watson! ¿De dónde demonios ha salido?—me preguntó.—¿Esto no quiere decir que me ha seguido usted, á pesar de todo?

Le expliqué las cosas: cómo me había sido imposible dejarlo solo, cómo lo había seguido, y cómo había presenciado todo lo ocurrido. Por un instante sus ojos despidieron chispas, pero mi franqueza desarmó su cólera; por último, prorrumpió en una carcajada sarcástica.

—¡Cualquiera habría creído que el mismo centro de un descampado era un sitio más que seguro para que uno estuviera á solas!—dijo;—pero ¡rayos y truenos! no parece sino que toda la comarca hubiera salido á verme hacer la corte... ¡y qué corte más desdichada! ¿Dónde pudo conseguir usted asiento?

—Yo estaba en esta colina.

—Como si dijéramos en el paraíso, ¿eh? Pero el hermano estaba en luneta de primera fila, bien cerca. ¿Lo vió usted salir?

—Sí, lo vi.

—Dígame, ¿ha pensado usted alguna vez que este hombre podía estar tocado?... ¿el hermano de ella?

—Nunca se me ha ocurrido semejante cosa.

—A mí tampoco. Siempre lo he creído bastante cuerdo. Pero ahora le aseguro á usted que á él ó á mí, á alguno de los dos, hay que ponernos

chalecó de fuerza. ¿Qué es lo que me pasa?—preguntó.—Hace ya algunas semanas que usted vive conmigo, Watson. Dígame francamente: ¿hay algo que pueda impedirme á mí ser un buen marido para la mujer que amo?

—No me parece.

—El no puede alegar mi posición social; de modo que es á mí, mi propia persona, lo que cree que puede pisotear. ¿Qué tiene que decir de mí? Que yo sepa, nunca he hecho daño á nadie en mi vida, ni á hombre ni á mujer. Sin embargo, el individuo no quería que le tocara ni la punta de los dedos á su hermana.

—¿Dijo él eso?

—Eso, y algo más. Vea, Watson: yo no la conozco á ella sino desde hace una semana; pero, desde el primer momento, he comprendido que ella ha nacido para mí; y, en cuanto á ella, ella también... se siente feliz cuando está conmigo. Esto se lo puedo jurar. Hay miradas en los ojos de una mujer que hablan más claro que las palabras. Pero él nunca nos ha dejado á solas, y hoy era la primera vez que tenía ocasión de estar con ella sin testigos. Ella se alegró al verme, naturalmente, pero no fué de amor de lo que habló; ni me hubiera dejado hablar á mí tampoco, si hubiese podido impedirlo. Insistía en volver y volver sobre el mismo tema: que éste era un sitio peligroso, y que ella no podría estar tranquila mientras yo no me fuera. Yo le dije que, una vez que la había conocido, ya no podía salir de aquí; y que, si realmente tenía interés en que me fuera, esto sólo podría conseguirlo si se decidía á marcharse ella también conmigo. Y le ofrecí en todos los tonos casarme con ella. Pero, antes de que pudiera

contestarme, llegó corriendo el hermano, con una cara de loco furioso. Estaba lívido de rabia, y con los ojos como ascuas. «¿Qué estaba haciendo yo con su hermana?» «¿Cómo me atrevía á fastidiarla con atenciones que á ella le eran desagradables?» «¿Creía yo que porque tenía un título podía hacer lo que quisiera?»... Si el hombre no hubiera sido el hermano, le aseguro que le habría contestado como merecía. Me limité á decirle que mis sentimientos respecto á su hermana no eran como para que yo me avergonzara de ellos, y que esperaba que ella me haría el honor de aceptarme por esposo. Esto no pareció mejorar las cosas; entonces yo también perdí la paciencia y le repliqué con un poco más de calor del que convenía, dado que había allí una dama. La cosa terminó yéndose él con ella, como usted vió; y aquí me tiene usted sin poder entender lo que me pasa. Dígame, Watson, qué demonios significa todo esto, y me habrá hecho usted un servicio inmenso.

Intenté dar al asunto una ó dos explicaciones, pero lo cierto es que yo estaba tan enteramente confundido como el *baronet*. El título, la fortuna, la edad ,el carácter y la presencia de nuestro amigo, todo estaba en su favor, y no veía nada que pudiera presentarse en su contra, como no fuera la negra calamidad que pesa sobre su familia. Lo que me sorprendía sobremanera es que su proposición hubiera sido rechazada tan bruscamente, sin consultar los deseos de la dama, y que ésta hubiese aceptado la situación sin protesta.

Pero nuestra incertidumbre cesó por completo aquel mismo día, gracias á una visita que el mismo Stapleton nos hizo á la tarde. Vino á pedir

disculpa por su brusquedad de la mañana; y, después de una larga entrevista á solas con sir Enrique, en el estudio de éste, la herida quedó cerrada y cicatrizada, y, en prueba de esto, el viernes próximo iremos á comer á Merripit House.

—No digo que el hombre no sea siempre un desequilibrado—me explicó el *baronet*;—tengo bien presente la expresión de sus ojos cuando se echó encima de mí esta mañana; pero debo confesar que nadie podría haber presentado sus excusas de una manera más satisfactoria que él.

—¿Le dió alguna explicación de su conducta?

—El hombre dice que, para él, su hermana es todo en esta vida. Esto es bastante natural, y me alegro de que comprenda bien lo que ella vale. Dice que han vivido siempre juntos, y que él ha sido toda la vida un hombre muy solitario; de modo que la idea de perder á su única compañía era realmente terrible para él. Hasta hoy no había notado—dijo,—que yo me estaba prendado de su hermana; pero cuando vió que era así realmente, y que podían llegar á separarlo de ella, sufrió una impresión tan fuerte que por un tiempo no supo ni lo que decía, ni lo que hacía. Lamentaba mucho lo que había pasado, y reconocía todo lo desatinado y lo egoísta que era el que se hubiera imaginado que podía retener consigo, por toda la vida, á una mujer joven y bonita como su hermana. Pero si ésta, al fin, tenía que separarse de él, preferiría que fuese por un vecino como yo, más bien que por cualquier otro. De todas maneras esto sería un golpe tremendo para él, y era menester que se le diera tiempo para que se pusiese en estado de poder afrontarlo. Me declaró que renunciaba, por su parte á toda oposición si

yo le prometía dejar las cosas como estaban durante tres meses, y me contentaba con cultivar entretanto la amistad de su hermana, sin solicitar su amor. Le prometí esto, y la cuestión quedó arreglada.

He aquí aclarado, entonces, uno de nuestros pequeños misterios. Siempre es algo haber tocado fondo, una vez siquiera, en este pantano en que estamos metidos. Ahora sabemos, por fin, qué razones tenía Stapleton para mirar con desagrado al pretendiente de su hermana, aun cuando este pretendiente fuese una persona tan recomendable como nuestro amigo.

Paso, pues, á otro de los hilos que he podido desenredar de la enmarañada madeja: el misterio de los sollozos de la señora Barrymore á deshoras de la noche, estrechamente ligado al de las excursiones secretas de su marido á la ventana del Oeste. Felicíteme, mi querido Holmes, y hágame saber que como agente suyo no he defraudado sus esperanzas, y que no se arrepiente usted de la confianza que ha puesto en mí al enviarme acá. Porque todas estas cosas han sido puestas en claro en una sola noche de trabajo.

Digo en *una sola* noche de trabajo, pero lo cierto es que han sido dos noches; aunque en la primera, anteanoche, no pusimos absolutamente nada en claro. Esa noche estuvimos velando con sir Enrique en el cuarto de éste hasta cerca de las tres de la mañana, pero no llegó á nuestros oídos rumor alguno, salvo el campanilleo armónico del reloj de la escalera... Aquella fué una vigilia más que melancólica, y que terminó quedándonos los dos dormidos en nuestras sillas. No nos desalentamos, y al día siguiente resolvimos probar otra

vez. Anoche, por consiguiente, bajamos la luz de la lámpara y nos sentamos á fumar, tratando de no hacer el menor ruido. Es increíble lo lentas que transcurrían las horas; pero nos ayudaba á pasarlas esa misma especie de interés paciente que debe sentir el cazador cuando está vigilando la trampa en que espera ver caer la pieza. Dió la una, luego las dos, y ya habíamos renunciado por segunda vez á nuestra empresa, cuando de pronto los dos nos incorporamos en nuestros asientos, con todos nuestros sentidos, exhaustos hacía un instante, en un estado de tensión extrema. Habíamos sentido crujir una tabla del piso del corredor.

Las pisadas fueron acercándose, pasaron sigilosamente por delante de la pieza y se perdieron á la distancia. Entonces el *baronet* abrió con cuidado la puerta y salimos. Nuestro hombre había dado vuelta ya á la galería y el corredor estaba en tinieblas. Avanzamos por él furtivamente hasta alcanzar la otra parte, y llegamos á tiempo de entrever apenas, deslizándose en puntillas, la alta figura del mayordomo. Entró en la mima pieza de dos noches antes, y la luz de la vela se encuadró en la puerta, lanzando á través de las tinieblas del corredor un ancho rayo amarillento. Seguimos adelante cautelosamente, arrastrando casi los pies y tentando una por una las tablas del piso antes de apoyarnos en ellas. Y aunque había tenido la precaución de dejar los botines en la pieza, la vieja madera chillaba y crujía á nuestro paso. A veces parecía imposible que el hombre no llegara á sentirnos. Pero, afortunadamente, se lo impedía su sordera, y, además, estaba enteramente absorto en lo que hacía. Cuando al fin llegamos á la puerta y atisbamos por ella, lo vimos agacha-

do delante de la ventana, con la vela en la mano, y la cara blanca, ansiosa, apretada contra el vidrio, tal como lo había sorprendido yo la vez primera.

No habíamos combinado ningún plan de campaña á partir de aquel momento; pero el *baronet* es un hombre para quien no hay nunca mejor camino que la línea recta. Entró resueltamente en la pieza, y, al sentirlo, Barrymore se apartó de un salto de la ventana haciendo una aspiración ruidosa, y se plantó blanco y trémulo delante de nosotros. Sus ojos negros, que resaltaban brillantes sobre la palidez cadavérica del rostro, estaban llenos de terror y de sorpresa, y se fijaban alternativamente en sir Enrique y en mí.

—¿Qué está haciendo, Barrymore?

—Nada, señor.

Su agitación era tan grande que casi no podía hablar, y las sombras en la pieza subían y bajaban sin descanso, siguiendo los vaivenes de la luz de la bujía.

—Era la ventana, señor. Todas las noches hago una jira para ver si están cerradas.

—¿Aquí, en el segundo piso?

—Sí, señor; todas.

—Vea, Barrymore—dijo sir Enrique ásperamente;—estamos resueltos á sacarle á usted la verdad de las cosas, de modo que se ahorrará trabajo si nos la dice, más bien temprano que tarde. ¡Vamos á ver! ¡Nada de mentiras! ¿Qué estaba usted haciendo en esta ventana?

El hombre nos miró de una manera desesperada, y se oprimió la frente como si hubiera llegado al último extremo de la irresolución y de la desgracia.

—No hacía ningún daño, señor. Estaba arrimando la vela á la ventana.

—¿Y para qué arrimaba la vela á la ventana?

—¡No me lo pregunte, señor... no me lo pregunte! Le doy mi palabra, señor, de que el secreto no es mío, y no puedo decirlo. Si no interesara á nadie más que á mí, no trataría de ocultárselo, señor.

Se me ocurrió de pronto una idea, y tomé la vela de encima del antepecho de la ventana, donde acababa de dejarla el mayordomo.

—Tal vez la haya estado arrimándola como señal—dije.—Vamos á ver si es eso.

Sostuve la luz como él había hecho, y traté de sondear las tinieblas. Apenas podía distinguir la cima negra de los árboles y la extensión, relativamente menos obscura, del páramo, porque en aquellos momentos la luna estaba oculta por las nubes. Pero en seguida lancé un grito de júbilo, al ver que un diminuto punto luminoso, amarillento, había atravesado de pronto el velo de las sombras, y brillaba fijamente en el centro mismo del espacio negro que encuadraba la ventana.

—¡Ahí está!—exclamé.

—¡No, no señor! ¡No es nada... nada absolutamente! — prorrumpió el mayordomo. — Le aseguro, señor...

—Mueva la luz de un lado á otro, Watson—me gritó el *baronet*.—¡Vea, vea... el otro la mueve también! Ahora, bribón, ¿niega usted todavía que sea una señal? ¡Vamos, hable! ¿Quién es su cómplice allá abajo, y cual es la conspiración que están tramando?

El mayordomo asumió abiertamente una expresión de desafío.

—Es asunto mío, y no del señor—dijo.—No diré nada.

—Entonces salga usted de aquí inmediatamente.

—Está bien, señor. Saldré.

—Y ha caído usted en desgracia. ¡Rayos y truenos! ¡Bien puede usted estar avergonzado! Su familia ha vivido con la mía bajo este techo durante más de un siglo, y he aquí que lo encuentro á usted metido en un infame complot contra mi persona.

—No, no señor; no, no es contra el señor—dijo una voz de mujer.

Y la señora Barrymore, más pálida y más aterrorizada que su marido, apareció en la puerta. Su corpulenta figura envuelta en un chal y una pollera hubiera resultado cómica, á no haber sido por la intensidad del sufrimiento que expresaba su rostro.

—Tenemos que irnos, Elisa. En esto han venido á parar las cosas. Puedes ir aprontando los baúles —dijo el mayordomo.

—¡Oh, Juan, Juan! ¡Y yo te he traído esto! Es por mí, sir Enrique... por mí únicamente. El no ha hecho nada sino por mí, y porque yo se lo pedí.

—¡Hable, entonces! ¿Qué significa esto?

—Mi desdichado hermano está muriéndose de hambre en el páramo... No podemos dejarlo perecer así, delante de nosotros, se puede decir... La luz aquí es una señal para avisarle que su comida ya está lista, y la luz de él es para que sepamos el sitio adonde hay que llevársela.

—Entonces su hermano es...

—El presidiario prófugo, señor... Selden, el criminal...

—Esa es toda la verdad, señor—dijo Barrymore.—El secreto no era mío y yo no podía revelarlo. Pero ahora el señor lo ha oído, y el señor reconocerá que si había algún complot no era contra su persona.

¡Esta, pues, era la explicación de las expediciones furtivas por la noche y de la luz en la ventana! Sir Enrique y yo miramos á la mujer asombrados. ¿Era posible que esta persona tan impasible y tan respetable tuviera en sus venas la misma sangre de uno de los asesinos más famosos del país?

—Sí, señor. Selden es mi hermano menor. Lo mimamos mucho, señor, cuando muchacho, y le dejábamos hacer su gusto en todo, á tal punto que llegó á creer que el mundo había sido creado para él y que podía hacer lo que quisiera. Después, cuando fué mozo, tuvo malas compañías, el diablo se le metió en el cuerpo, y destrozó el corazón á mi madre y arrastró nuestro apellido por el suelo. A fuerza de crímenes fué hundiéndose más y más cada vez, y sólo la misericordia de Dios ha podido librarlo de la horca. Pero para mí, señor, él siempre ha sido la criatura que yo he criado y querido como hermana. Por eso fué que se escapó, señor. Porque sabía que yo estaba aquí, y que no podíamos negarle ayuda. Cuando se nos apareció de pronto una noche, rendido y muerto de hambre, perseguido por los guardias, ¿qué podíamos hacer? Lo dejamos entrar y le dimos de comer y lo vestimos. Después llegó el señor, y él reconoció que en el páramo estaría más seguro que en cualquier otra parte, hasta que la alarma hu-

biera pasado; de modo que se escondió en el páramo. Pero noche por medio nos asegurábamos de que él estaba siempre allí, poniendo una luz en esta ventana; y, si contestaba, entonces mi marido le llevaba un poco de pan y de carne. Día á día hemos estado esperando que se fuera; pero, mientras estuviese aquí, no podíamos abandonarlo. Esta es toda la verdad, señor, como mujer cristiana y honrada que soy; y el señor verá que, si hay algún culpable en este asunto, no es mi marido, sino yo, porque por mí ha hecho él todo lo que ha hecho.

La mujer hablaba con tal vehemencia que sus palabras eran enteramente convincentes.

—¿Es cierto todo esto, Barrymore?

—Sí, señor. Letra por letra.

—Bueno, Barrymore. Yo no puedo reprocharle á usted que haya ayudado á su mujer; olvide lo que he dicho. Pueden retirarse, y mañana temprano hablaremos más detenidamente de este asunto.

En cuanto el mayordomo y su mujer se hubieron ido, volvimos á mirar por la ventana. El *baronet* la había abierto, y el viento frío de la noche nos daba en la cara. Allá lejos, entre las sombras distantes, brillaba aún el puntito de luz amarillenta.

—Me admira su audacia—dijo sir Enrique.

—La luz debe estar colocada de manera que sólo pueda ser visible desde aquí.

—Es muy probable. ¿A qué distancia cree usted que esté?

—Cerca del Picacho Hendido, me parece.

—A una ó dos millas cuando más...

—Tal vez no tanto.

—¡Claro! No puede estar lejos si Barrymore tiene que llevarle allí la comida. Y él está esperando, el miserable, junto á esa luz... ¡Rayos y truenos, Watson! ¡Voy á tomar al hombre!

El mismo pensamiento había cruzado por mi mente. No era caso de pensar que podíamos hacer traición á la confianza de los Barrymore. El secreto se les había arrancado á la fuerza. El hombre representaba un peligro para la comunidad; era un asesino empedernido, para quien no podía haber ni piedad, ni disculpa. No haríamos más que cumplir con nuestro deber, si aprovechábamos aquella oportunidad para llevarlo otra vez al sitio donde no podía hacer daño. Dada su índole brutal y violenta, alguien tendría quizá que pagar muy caro el que nosotros nos cruzáramos de brazos en vez de obrar. Cualquier noche nuestros vecinos los Stapleton, por ejemplo, podían ser atacados por él, y creo que este mismo pensamiento fué lo que decidió á sir Enrique á correr la aventura.

—Yo iré también—dije.

—Entonces tome su revólver cuando vaya á ponerse los botines. Y apúrese un poco, porque el individuo puede apagar la luz y marcharse.

A los cinco minutos nos encontrábamos en la puerta del Hall, listos ya para nuestra expedición. Echamos á andar con paso apresurado por entre la obscura arboleda, acompañados sólo por el pesado murmullo del viento otoñal y por el crujido de las hojas secas que pisábamos. El aire de la noche estaba cargado de humedad y de emanaciones pútridas. De tiempo en tiempo la luna asomaba por un instante; pero todo el cielo estaba cubierto de nubes, y, en cuanto llegamos al pá-

ramo, empezó á caer una lluvia menuda. La luz brillaba todavía fijamente delante de nosotros.

—¿Lleva armas?—pregunté al *baronet*.

—Tengo un látigo de caza.

—Conviene que caigamos sobre el individuo bruscamente—dijo,—porque es un hombre terrible, según dicen. Lo tomaremos así de sorpresa, y lo tendremos en nuestras manos antes de que pueda hacer resistencia.

—Oiga, Watson—dijo el *baronet*.—¿Qué diría Holmes de esto? ¿Qué me cuenta de aquellas horas tenebrosas en que el Espíritu del Mal anda suelto...?

Como en respuesta á las palabras de nuestro amigo, en este mismo instante surgió de la vasta lobreguez del páramo aquel grito extraño que yo había oído ya á orillas de la Gran Ciénaga de Grimpen. Llegó hasta nosotros, traído por el viento en medio del silencio de la noche, el mismo aullido prolongado y suave, profundamente lastimero, luego el terrible rugido, luego otra vez un gemido largo y melancólico, palpitante de indecible angustia. El terrible alarido se repitió una vez, dos veces, haciendo palpitar todo el espacio con sus vibraciones estridentes, furiosas, amenazadoras. El *baronet* me asió el brazo, y su rostro se destacó blanco entre las sombras.

—¡Santo Dios! ¿Qué es esto, Watson?

—No sé. Es un ruido de aquí, del páramo. Ya lo he oído otra vez.

El grito se extinguió, y un silencio absoluto cayó sobre nosotros. Nos habíamos parado y aguzábamos los oídos, pero no percibimos nada.

—Watson—me dijo el *baronet*,—ha sido el aullido de un sabueso.

La sangre se me enfrió en las venas, porque la voz entrecortada de sir Enrique me reveló que un horror repentino lo había asaltado.

—¿Cómo se explican este grito?—me preguntó.

—¿Quiénes?

—Los de la comarca.

—¡Oh, son gente ignorante! ¿Qué le importa á usted lo que dicen?

—Dígamelo, Watson ¿qué dicen de él?

Yo titubeé, pero no pude esquivar la respuesta.

—Dicen que es el grito del sabueso de los Baskerville.

El *baronet* hizo oir un gruñido y guardó silencio por un momento.

—Sabueso era—dijo al fin,—y parecía estar á corta distancia de aquí, en aquella dirección tal vez.

—Era difícil poder precisar de dónde partía.

—Aumentaba y disminuía con el viento. ¿No está de aquel lado la Gran Ciénaga de Grimpen?

—Sí, de aquel lado.

—Bueno, de allí salía. Dígame, Watson, ¿no cree usted que ha sido el aullido de un sabueso? Vea que no soy un niño. No debe tener temor de decir la verdad.

—Stapleton estaba conmigo cuando lo oí por primera vez. El me dijo que podría ser el reclamo de un pájaro extraño.

—No, no, era un sabueso. ¡Dios mío! ¿Habrá algo verdadero en todas estas historias? ¿Será posible que yo esté realmente amenazado por un fantasma? Usted no cree en semejante cosa, ¿no es cierto, Watson?

—No, no.

—Lo cierto es que una cosa era reirnos de esto

en Londres, y otra muy distinta estar aquí, en la obscuridad del páramo, y oir un grito semejante. ¡Y mi tío!... Había las pisadas de un sabueso junto á su cadáver. Todo concuerda perfectamente. No me creo cobarde, Watson, pero este grito me ha helado hasta el alma. Tóqueme la mano.

Estaba tan fría como si fuera de mármol.

—No es nada — dije. — Mañana estará usted bien.

—No creo que pueda quitarme este grito de la cabeza. ¿Qué le parece á usted que hagamos ahora?

—¿Volvernos?

—¡No, por Cristo! Hemos salido para atrapar al hombre, y lo hemos de hacer. Nosotros perseguimos al prófugo, y á nosotros nos persigue un sabueso, diabólico ó no. Sigamos adelante. Hemos de concluir este asunto, aun cuando todas las furias del infierno anduvieran sueltas por el páramo.

Continuamos el camino, lentamente y á tropezones, en medio de las tinieblas, con el negro fantasma de las colinas crestadas á nuestro alrededor y el punto de luz amarillenta brillando fijamente delante de nosotros. No hay nada más engañoso que la distancia á que se halla una luz en una noche negra como boca de lobo; á veces el resplandor parecía estar muy lejos, sobre el horizonte, y otras veces á unas cuantas yardas de uno. Pero al fin pudimos ver de dónde provenía, y entonces nos dimos cuenta de que ya estábamos muy cerca. Un cabo de vela chorreado estaba fijo en una grieta, entre unas rocas que lo flanqueaban por todas partes; este abrigo resguardaba la luz del viento, é impedía, al mismo tiempo,

que fuera vista en otra dirección que no fuese la de Baskerville Hall. Un enorme peñasco favorecía nuestra aproximación, y agazapándonos detrás de esta mole, nos pusimos á observar la luz por encima de ella.

Causaba extrañeza ver esta vela ardiendo allí, en medio del páramo, sin la menor señal de vida junto á ella... porque no se veía más que la alargada llama amarillenta y el brillo opaco de la roca á su alrededor.

—¿Qué hacemos ahora?—me susurró sir Enrique.

—Esperar aquí. El hombre debe estar cerca de la luz. Vamos á ver si podemos descubrirlo.

Apenas habían salido estas palabras de mis labios, cuando lo vimos. Por entre las rocas, en la hendidura donde ardía la vela, apareció de pronto un rostro amarillo, animal, satánico y terrible, todo rayado y surcado por las más viles pasiones, que, cubierto de inmundo lodo como estaba, con la barba hirsuta y la greña enmarañada, podía habérsele tomado por el de uno de esos salvajes que en los tiempos antiguos vivían en cavernas en las faldas de las colinas. La luz de la vela se reflejaba en sus ojos, pequeños y sagaces, que, moviéndose ferozmente á todos lados, trataban de sondear las tinieblas, como un animal salvaje y astuto que oye los pasos del cazador.

Era evidente que algo había despertado sus sospechas. Puede ser que Barrymore tuviera alguna señal especial que nosotros no habíamos hecho, ó que el individuo pensara, por alguna otra razón, que las cosas no iban bien; el hecho es que había una expresión de sobresalto en su rostro perverso. De un momento á otro, el hombre podía po-

nerse, de un salto, fuera del radio iluminado, y desaparecer en la obscuridad. Me precipité, pues, sobre él, y sir Enrique hizo otro tanto.

En el mismo instante, el presidiario soltó una maldición y nos lanzó una piedra que fué á estrellarse contra el peñasco que nos había ocultado hasta entonces. Alcancé á ver un bulto bajo, rechoncho, hercúleo, que se ponía de pie bruscamente, y, volviendo las espaldas, echaba á correr. Por una feliz casualidad, en aquel momento la luna se abrió paso por entre las nubes. Cruzamos á la carrera la cumbre de la colina, y vimos entonces al prófugo, que se precipitaba cuesta abajo por la otra falda, saltando por encima de las peñas con la agilidad de una cabra montés. Un tiro certero de mi revólver le hubiera baldado; pero yo había traído el arma para defenderme si era atacado, y no para hacer fuego contra un hombre indefenso que huía.

Sir Enrique y yo resultamos ser excelentes corredores, y además estábamos en tren; pero pronto comprendimos que nos sería imposible alcanzarlo. Durante largo tiempo, pudimos ver al hombre, á la luz de la luna, hasta que no fué más que una pequeña mancha que se movía ágilmente entre los peñascos, en la falda de una colina distante. Corrimos y corrimos hasta perder por completo el aliento, pero la distancia que nos separaba fué haciéndose cada vez más grande. Al fin, nos detuvimos y nos sentamos jadeantes, cada uno en una peña, y estuvimos observándolo desde allí hasta que se nos perdió de vista.

Y en aquel momento fué cuando ocurrió la cosa más singular é inesperada. Nos habíamos levantado ya, y volvíamos á casa, abandonando la in-

fructuosa persecución. La luna estaba baja en el horizonte, á nuestra derecha, y la cima escabrosa de un picacho se destacaba sobre la curva interior del plateado disco. Allí, perfilándose tan negra como una estatua de ébano sobre aquel fondo brillante, vi la figura de un hombre, de pie sobre el picacho. No crea usted que fué una ilusión, Holmes. Le aseguro que en mi vida he visto nada más claro. A lo que me pareció, aquella figura era la de un hombre alto y delgado. Estaba con las piernas un poco separadas, los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja, como si estuviera meditando sobre el vasto desierto de turba y de granito que tenía por delante. Parecía ser el genio de aquel lugar terrible. No era el prófugo. La aparición estaba muy lejos del sitio en que aquél había desaparecido. Además, Selden era mucho más alto. Lanzando un grito de sorpresa, se lo señalé al *baronet*; pero en el mismo instante en que me volvía para asir el brazo á éste, el hombre desapareció. La aguda cima de granito seguía cortando el borde inferior de la luna, pero el picacho no presentaba ya el menor indicio de aquella figura silenciosa é inmóvil.

Hubiera deseado ir hasta allá y registrar el picacho, pero la distancia era un poco grande. Por otra parte, el *baronet* se estremecía todavía pensando en aquel grito que le recordaba la sombría historia de su familia, y no estaba para nuevas aventuras. Además, él no había visto al hombre del picacho y no podía sentir la agitación que á mí me habían causado su extraña aparición y su actitud dominante.

—Es un guarda, seguramente—dijo.—El pára-

mo está cuajado de guardas desde que el sujeto se escapó.

Puede ser que esta explicación sea la verdadera, pero me gustaría verla comprobada. Entretanto, hemos resuelto hacer saber á los de Princetown en qué sitio deben buscar al hombre que se les ha perdido, aunque es de sentir que no hayamos logrado el triunfo de llevarlo allá nosotros mismos.

Estas son las aventuras de anoche, mi querido Holmes, y me alegraré de que mi relato llene cumplidamente sus deseos. Mucho de lo que le cuento tal vez no pruebe absolutamente nada; pero me ha parecido mejor comunicarle todos los hechos, á fin de que usted mismo pueda escoger los que le sean más útiles en el sentido de facilitarle sus conclusiones. Es indudable que progresamos un poco. Por lo que se refiere á los Barrymore, hemos descubierto la causa de sus procedimientos, y esto ha aclarado bastante la situación. Pero el páramo, con sus misterios y sus extraños moradores, sigue siendo tan inescrutable como siempre. Quizá en mi próxima pueda hacer un poco de luz también sobre esto. Pero lo mejor sería, seguramente, que usted resolviera venir acá cuanto antes.

X

EXTRACTO DEL DIARIO DEL DOCTOR WATSON

Hasta aquí he podido reproducir los informes que en los primeros días envié á Sherlock Holmes. Pero he llegado ahora en mi narración á un punto en el cual me veo obligado á abandonar este método y á valerme otra vez de mis recuerdos, ayudándolos con el diario que escribía entonces. Unos cuantos extractos de este diario me servirán para llegar á aquellas escenas que están indeleblemente fijas, con todos sus detalles, en mi memoria. Prosigo, pues, en esta forma, á partir de la mañana que siguió á nuestra tentativa fracasada de dar caza al prófugo, y á las demás extrañas peripecias que nos ocurrieron entonces en el páramo.

Octubre 16.—Día pesado y brumoso, de lluvia menuda y continua. La casa está cercada por una muralla de nubes onduladas, que se elevan de tiempo en tiempo y dejan ver las lúgubres lomas del páramo, las estrechas vetas plateadas en las faldas de las colinas, y los distantes peñascos que brillan allí donde la luz hiere sus flancos húmedos. Todo es melancolía, afuera y adentro. El *baronet* está en plena reacción sombría después de las agitaciones de anoche. Yo siento un peso en el corazón y la sensación de un peligro inminen-

te, de un peligro continuo, tanto más terrible cuanto que no me es posible definirlo.

¿Y no tengo, acaso, razones para sentir esto? Considérese la larga serie de incidentes, reveladores todos de que una fuerza siniestra está obrando á nuestro alrededor. Tenemos la muerte del último ocupante de la casa, que tan exactamente se ajusta á los detalles de la leyenda de los Baskerville; y tenemos también los repetidos relatos de los campesinos sobre la aparición en el páramo de un animal extraño. Por dos veces he sentido, por mis propios oídos, ese grito que parecía el ladrido lejano de un sabueso. Pero es increíble, imposible, que éste pueda existir realmente fuera de las leyes ordinarias de la naturaleza. Un sabueso fantasma que deje huellas materiales y que llene el espacio con sus aullidos, es absolutamente inconcebible. Stapleton puede caer en esta superstición y el doctor Mortimer también; pero si yo tengo algo sobre la tierra es sentido común, y nada me convencerá de que debo creer en semejante cosa. Hacer esto sería rebajarme al nivel de esos pobres campesinos que no se contentan con pintar simplemente un perro infernal, sino que tienen que describirlo echando fuego por los ojos y por la boca. Holmes no prestaría oídos á semejantes fantasías, y yo soy agente de Holmes. Pero los hechos son hechos, y por dos veces he oído en el páramo el terribe aullido. Suponiendo que, en realidad, ande suelto por él un sabueso enorme, esto haría mucho en el sentido de explicarlo todo. Pero ¿dónde puede estar escondido un perro así? ¿de dónde saca su alimento? ¿cuál puede haber sido su procedencia? ¿cómo es que nadie lo ve nunca de día? Hay que confesar que la suposición de

que se trate de un ente natural presenta casi tantas dificultades como la otra. Por otra parte, fuera de lo del sabueso, existe el hecho positivo de un agente humano en Londres: el hombre del *cab*, la carta que prevenía á sir Enrique contra el páramo. Esto, por lo menos, es real; y puede haber sido obra, tanto de un amigo protector como de un enemigo. ¿Dónde está ahora este amigo ó enemigo? ¿Se ha quedado en Londres, ó nos ha seguido hasta acá? ¿Sería... será el desconocido que vi anoche sobre el picacho?

Es cierto que apenas pude echarle una ojeada; sin embargo, hay varias cosas que estaría dispuesto á jurar. Por ejemplo: no puede haber sido ninguna de las personas que hasta ahora he visto yo aquí, y conozco ya á todos los vecinos. Su figura era mucho más alta que la de Stapleton, y mucho más delgada que la de Frankland. No puede haber sido tampoco Barrymore, porque á éste lo habíamos dejado entonces en la casa y estoy seguro de que no nos ha seguido. Por lo tanto, un desconocido continúa acechándonos aquí cautelosamente, como un desconocido también nos acechaba en Londres. Parece que no pudiéramos sacárnoslo de encima. Si consiguiese echar el guante á este hombre, creo que, por fin, nos encontraríamos al cabo de todas nuestras dificultades. Tengo que consagrarme ahora con todas mis fuerzas á este propósito.

Mi primer impulso fué revelar mi plan á sir Enrique. Mi segundo impulso, y más sensato, ha sido hacer mi juego yo solo, y hablar de él lo menos posible con cualquiera. Sir Enrique se muestra callado y preocupado. Sus nervios se han conmovido singularmente con aquel grito en el pára-

mo. No diré nada que aumente su agitación, y tomaré mis medidas para llegar al fin que me propongo.

Tuvimos una pequeña escena esta mañana después del desayuno. Barrymore pidió permiso á sir Enrique para hablar con él, y ambos se encerraron por poco tiempo en el estudio. Sentado en la sala de billar pude oir más de una vez el rumor de sus voces excitadas, y me formé una idea acertada del punto que era objeto de discusión. Al cabo de un rato el *baronet* abrió la puerta y me llamó.

—Barrymore considera que se le ha hecho un agravio—me dijo.—Piensa que hemos procedido deslealmente al perseguir á su cuñado, desde que él, por voluntad propia, nos ha revelado el secreto.

El mayordomo estaba de pie delante de nosotros, muy pálido, pero muy sereno.

—Quizá haya hablado con demasiado calor, señor—dijo;—y, si lo he hecho, le pido disculpa. Pero me sorprendió mucho oir entrar esta mañana á los señores, y saber que habían estado tratando de dar caza á Selden. El pobre tiene ya bastantes con quienes luchar para que me ponga yo á echar más gente sobre su rastro.

—Si usted nos hubiese contado todo por voluntad propia, otra cosa hubiera sido—dijo el *baronet*.—Usted, ó mejor dicho, su mujer, sólo nos dijo lo que había cuando la obligamos á ello y cuando no tenía más remedio que declarar la verdad.

—Nunca creí que el señor se aprovechara de eso... nunca lo creí en verdad.

—Ese individuo es un peligro público. Hay ca-

sas aisladas, esparcidas por todo el páramo, y él es un hombre que no se para en nada. Para estar seguro de ello basta mirarle la cara. Ahí está, por ejemplo, la casa del señor Stapleton, que no tiene sino á éste por único defensor. No puede haber seguridad aquí para nadie mientras él no está encerrado bajo llave.

—No se introducirá en ninguna casa, señor. Le doy mi palabra de honor de que no lo hará. Más aún: no volverá nunca á molestar á nadie en este país. Le aseguro, sir Enrique, que dentro de pocos días quedarán hechos los arreglos necesarios, y él estará en viaje á Sud-América. Por amor de Dios, señor, le suplico que no haga saber á la policía que él está todavía en el páramo. Ya han desistido aquí de la pesquisa, y él puede dejarse estar tranquilo hasta que el buque esté pronto. El señor no podría denunciarlo sin hacernos un gran daño á mi mujer y á mí. Le ruego, señor, que no comunique nada á la policía.

—¿Qué dice usted, Watson?

Me encogí de hombros.

—Si pudiera salir del país, sano y salvo, aliviaría de una carga al contribuyente.

—Pero ¿y la posibilidad de que despache á alguno antes de irse?

—No hará semejante locura, señor. Le hemos dado todo lo que pueda necesitar. Cometer un crimen sería para él revelar que está escondido aquí todavía.

—Esto es cierto—dijo sir Enrique.—Bueno, Barrymore...

—¡Dios lo bendiga, señor! Se lo agradezco con toda mi alma. Mi mujer se moriría de pena si tomaran otra vez á Selden.

—Me parece que estamos ayudando y encubriendo una felonía, Watson. Pero, después de lo que he oído, no creo que deba entregar al hombre; de modo, que esto termina la cuestión. Perfectamente, Barrymore, puede retirarse.

Balbuciendo palabras de agradecimiento el hombre se dispuso á alejarse; pero vaciló, y volvió sobre sus pasos.

—El señor ha sido tan bueno para nosotros, que me considero obligado á hacer en cambio, por el señor, todo lo que pueda. Yo sé algo, sir Enrique, que quizá debiera haber dicho antes; pero no llegué á descubrirlo sino mucho después del sumario. Hasta ahora no he contado á nadie una sola palabra de esto. Se refiere á la muerte de sir Carlos.

El *baronet* y yo nos pusimos en pie de un salto.

—¿Sabe usted cómo murió?

—No, señor; eso no lo sé.

—Entonces, ¿qué es?

—Sé por qué razón estaba aquella noche en el portillo. Era para encontrarse allí con una mujer.

—¡Para encontrarse con una mujer! ¿El?

—Sí, señor.

—¿Y el nombre de esa mujer?

—No puedo decirle el nombre, señor; pero puedo darle las iniciales. Las iniciales son «L. L.»

—¿Cómo ha sabido usted eso, Barrymore?

—Le diré, sir Enrique: su señor tío recibió una carta aquella mañana. Siempre recibía muchas cartas, porque era un hombre querido y conocido por su buen corazón; de modo, que todo el que se veía en algún apuro recurría á él. Pero aquella mañana sucedió que no llegó más que esa carta, por lo que se me ocurrió fijarme más en ella. Venía de Coombe Tracey, y la letra del sobrescrito era de mujer.

—¿Y bien?

—Le diré, señor: no pensé más en la cosa, y nunca hubiera vuelto á acordarme de ella á no haber sido por mi mujer. Hace unas cuantas semanas mi mujer estaba limpiando el estudio de sir Carlos, que no había sido tocado desde su muerte, y encontró, detrás de la rejilla de la estufa, los restos de una carta quemada. La mayor parte estaba carbonizada y en pedazos; pero junto á éstos colgaba una tira, el final de una carilla, en la que podía leerse todavía lo escrito, aunque la letra estaba gris y el fondo negro. Nos pareció que era una posdata agregada á la carta; decía: «Tenga la bondad de quemar esta carta; se lo ruego á usted que es un caballero; y no se olvide de estar en el portillo á las diez.» Debajo aparecían las iniciales «L. L.»

—¿Ha guardado usted esa tira?

—No, señor; se convirtió toda en ceniza en cuanto la movimos.

—¿Había recibido alguna vez mi tío otras cartas con esa misma letra?

—Vea, señor: yo no acostumbraba á examinar las cartas de sir Carlos. Y no habría observado tanto ésta de que se trata, á no haber sido la circunstancia de que llegó sola.

—¿Y no tiene usted alguna idea de quién pueda ser L. L.?

—No, señor. Estoy tan á obscuras como ese señor. Pero creo que, si pudiéramos ponerle las manos encima á esa señora, llegaríamos á saber mucho más sobre la muerte de sir Carlos.

—No comprendo, Barrymore, cómo ha podido ocultar usted una información tan importante.

—Le diré, señor; esto lo descubrimos casi al mismo tiempo que empezaban para nosotros los trastornos á causa de Selden. Y, además, señor, los dos queríamos mucho á sir Carlos, como tenía que ser si se consideraba todo lo que el señor había hecho por nosotros. La investigación de este asunto no hubiera favorecido á nuestro pobre amo, y es bueno andar con mucho cuidado cuando hay una dama de por medio. Ni el mejor de nosotros...

—¿Pensó usted, entonces, que eso podía lastimar la reputación de mi tío?

—Le diré, señor: pensé que no podía resultar nada bueno de ello. Pero ahora que el señor ha sido tan bueno con nosotros, creo que habría cometido una deslealtad si no le hubiera contado todo lo que sabía sobre el asunto.

—Muy bien, Barrymore, puede retirarse.

Cuando el mayordomo hubo salido, sir Enrique se volvió hacia mí:

—¿Y bien, Watson? ¿Qué piensa usted de esta nueva luz?

—Me parece que hace más densas que nunca las tinieblas.

—Así pienso yo. Pero, si pudiéramos dar con L.L., esto bastaría para poner en claro toda la cuestión. Hemos adelantado esto, por lo menos: sabemos que hay alguien que está en posesión de los hechos, y tal vez no nos sea difícil averiguar quién es. ¿Qué cree usted que debemos hacer?

—Poner todo en conocimiento de Sherlock Holmes, en seguida. Este dato le dará tal vez la clave que ha de andar buscando. O estoy muy equivocado, ó ahora tendrá que venir aquí forzosamente.

Fuí inmediatamente á mi cuarto y escribí á Holmes mi informe sobre la conversación con Barrymore. Para mí es evidente, que en estos últimos tiempos mi amigo ha de haber estado muy ocupado, porque las notas que he recibido de él son muy pocas y muy breves; no contienen ningún comentario sobre las informaciones que le he suministrado, y apenas si hacen alguna referencia á la misión que desempeño. Sin duda alguna, su caso de *chantage* está absorbiendo todas sus facultades. Pero este nuevo factor ha de llamar su atención seguramente, y despertará otra vez su interés. Querría que estuviese ya aquí.

Octubre 17.—Hoy la lluvia ha estado cayendo á cántaros todo el día, zurriendo contra la hiedra y chorreando de los aleros del tejado. Pensé en el prófugo que estaba fuera, en el páramo helado, desolado y batido por los vientos. ¡Pobre hombre! Sean los que fueren sus crímenes, los ha expiado ya en parte. Después pensé en el otro: en la cara dentro del *cab*, en la figura contra la luna. ¿Estaba también allí, en medio de aquel diluvio, este guardián invisible, este hombre de las tinieblas? A la tarde me puse mi capote impermeable y anduve un largo trecho por el páramo en plena ebullición entonces, con la mente llena de pensamientos sombríos, mientras la lluvia me azotaba el rostro y el viento silbaba en mis oídos. ¡Dios proteja á los que vagan ahora por la Gran Ciénaga, porque hasta las firmes lomas se habrán hecho un tembladal!

Reconocí el sombrío picacho sobre el cual había visto al solitario guardián, y desde su fragosa cima extendí la vista, yo también, sobre la melancólica llanura. Ráfagas de lluvia se deslizaban á

través de su rojiza superficie, y pesadas nubes de color pizarra flotaban bajas sobre el paisaje, y se arrastraban hacia abajo, ciñendo como coronas grises los flancos de las fantásticas colinas. En la lejana hondonada, á mi izquierda, medio ocultas por la niebla, se alzaban sobre los árboles las dos torres gemelas de la mansión señorial de los Baskerville. Estos eran los únicos signos de vida humana que podía ver allí, con la única excepción de las cabañas prehistóricas que se agrupaban en las faldas de las colinas. En ninguna parte se descubría la menor huella de aquel hombre solitario que había visto yo en el mismo sitio dos noches antes.

A la vuelta me alcanzó el doctor Mortimer, que venía en su tílburi, de la distante granja de «Cenagal Pérfido», por un abrupto sendero abierto en el páramo.

El hombre ha sido siempre muy atento con nosotros, y casi no ha dejado pasar un día sin ir á la casa, á saber cómo seguíamos. Insistió en que subiera á su tílburi, y me facilitó así el regreso. Lo encontré muy afectado por la desaparición de su podenco. En sus correrías éste se había metido en el páramo y no se le había vuelto á ver más. Hice lo posible por consolarlo; pero pensaba, al mismo tiempo, en la triste suerte de la jaca en la Gran Ciénaga, y no creía que el desdichado perro volviera á aparecer nunca.

—A propósito, Mortimer—le dije, mientras nos bamboleábamos por el camino escabroso;—supongo que han de ser muy pocas las personas que viven á corta distancia de aquí, á quienes usted no conozca.

—Creo que no hay una sola.

—¿Puede decirme, entonces, el nombre de una mujer cuyas iniciales son L. L.?

Se quedó un momento pensativo.

—No—dijo.—Hay unos cuantos gitanos y trabajadores, de los cuales no respondo; pero entre los chacareros y los propietarios no hay ninguno cuyas iniciales sean esas. Espere un poco...—dijo, y agregó después de una pausa:—Tenemos á Laura Lyons; sus iniciales son L. L., pero ésta vive en Coombe Tracey.

—¿Quién es?—le pregunté.

—Es la hija de Frankland.

—¿Cómo? ¿Del viejo Frankland, el maniático?

—Exactamente. La hija se casó con un artista llamado Lyons, que había venido al páramo á hacer bosquejos. El tal artista resultó un pillastre, y la abandonó. Pero, por lo que he oído, la culpa no la tuvo él solamente. Después Frankland no quiso saber nada de su hija, porque ésta se había casado sin su consentimiento; y quizá también por una ó dos razones más. De modo que, entre el viejo pecador y el joven, la niña ha pasado momentos bastante malos.

—¿Y cómo vive?

—Me imagino que Frankland le pasa una pitanza; pero no puede ser gran cosa, porque sus propios asuntos están en extremo embrollados. Sean cuales fueren los merecimientos de la joven, uno no podía permitir que se fuera desesperadamente abajo. Trascendió su historia, y varios de los de aquí hicimos algo para ponerla en condiciones de ganarse honradamente la vida. Stapleton hizo algo, y sir Carlos también. Yo di una bagatela. Era para ponerla en posesión de una máquina de escribir.

Mortimer quería saber el objeto de mis averiguaciones, pero me arreglé para satisfacer su curiosidad sin decirle demasiado; por cuanto no hay ninguna razón para que tengamos confidencias con nadie. Mañana por la mañana daré un paseo hasta Coombe Tracey, y si puedo ver á esta señora Laura Lyons, de reputación equívoca, habremos dado un gran paso hacia el esclarecimiento de uno de los incidentes de esta cadena de misterios. Estoy desarrollando, realmente, toda una sabiduría de serpiente; porque cuando Mortimer llevó sus interrogaciones á un extremo inconveniente, le pregunté de pronto á qué clase de tipo pertenecía el cráneo de Frankland, y gracias á esto, en todo el resto del camino no oí hablar más que de craneología. De algo me ha servido el vivir años enteros con Sherlock Holmes.

Otro incidente más tengo que recordar en este día borrascoso y melancólico. Mi conversación reciente con Barrymore, que me ha dado una buena carta más, que jugaré en cuanto sea oportuno.

Mortimer se había quedado á comer, y él y el *baronet* jugaron después al ecarté. El mayordomo me trajo el café á la biblioteca, y aproveché la ocasión para hacerle unas preguntas.

—¿Y...—le dije,—se ha marchado ya ese precioso amigo suyo, ó está metido allá todavía?

—No sé, señor. ¡Quiera el Cielo que se haya ido, porque no ha venido aquí más que para causar trastornos! No sé nada de él desde la última vez que le dejé la comida, y de esto hace ya tres días.

—¿Lo vió usted entonces?

—No, señor; pero la comida había desaparecido cuando volví á pasar por aquel sitio.

—Entonces está en el páramo, positivamente.

—Así se podría pensar, señor, salvo que se la hubiera llevado el otro.

Me quedé con la taza de café á mitad del camino, y clavé los ojos en Barrymore.

—¿Usted sabe, entonces, que hay otro hombre?

—Sí, señor; hay otro hombre en el páramo.

—¿Lo ha visto usted?

—No, señor.

—¿Cómo lo sabe, entonces?

—Selden me lo dijo, señor, hace una semana, ó tal vez más. Ese hombre se esconde, también; pero no es un presidiario, por lo que he podido conjeturar. Esto no me gusta, doctor Watson... Se lo digo resueltamente, señor: esto no me gusta.

El mayordomo había asumido repentinamente una expresión ansiosa.

—Vea, oígame, Barrymore. Yo no tengo más interés en este asunto que el de favorecer á su amo. Yo no he venido aquí con otro objeto que el de ayudarlo. Dígame francamente: ¿qué es lo que no le gusta?

Barrymore titubeó un momento, como si se arrepintiera de su arranque, ó como si encontrara dificultades para expresar con palabras sus sentimientos.

—Son todas estas cosas que están sucediendo—exclamó al fin, agitando la mano en dirección á la ventana que daba al páramo, azotada en aquellos momentos por la lluvia.—Se está preparando una perfidia en alguna parte; ¡se está fraguando alguna negra infamia! esto lo puedo jurar. ¡Cómo me alegraría, señor, si viera á sir Enrique en viaje de vuelta á Londres!

—Pero ¿qué es lo que lo alarma?

—¡Ahí tiene usted la muerte de sir Carlos! Esto fué bastante malo, según todo lo que dijo el *coroner*. Ahí tiene usted los ruidos de noche en el páramo. No hay hombre que se atreva á cruzar por él después de ponerse el sol, ni aun cuando le pagaran. Ahí tiene usted ese desconocido que se esconde allá, y acecha y espera. ¿Qué es lo que espera? ¿Qué significa esto?... Esto no significa nada bueno para todos los que lleven el apellido Baskerville.

—Pero, veamos un poco lo del desconocido—le dije;—¿puede usted decirme algo respecto á él? ¿Qué le contó Selden? ¿Había descubierto donde se ocultaba ó lo que estaba haciendo?

—Lo vió una ó dos veces, pero el hombre era muy astuto y no dejaba traslucir nada. Al principio Selden pensó que fuera de la policía, pero pronto vió que él tenía también algún *intríngulis* propio. Era una especie de caballero, por lo que pudo juzgar, pero no llegó á descubrir qué estaba haciendo allí.

—Y averiguó dónde vivía?

—En las viejas casas de las laderas... esas cabañas de piedra en que vivía la gente de otros tiempos.

—Pero, ¿y la comida?

—Selden ha descubierto que tiene un muchacho á su servicio, que le trae todo lo que necesita. Me parece que este muchacho va á Coombe Tracey á buscar las cosas.

—Muy bien, Barrymore. Hemos de volver á hablar sobre esto en otra ocasión.

Cuando el mayordomo me hubo dejado solo, me fuí hasta la ventana, ya obscura, y á través del

vidrio empañado observé las nubes en marcha, y el contorno ondulante de los árboles agitados por el viento. Hace una noche horrible dentro de la casa... ¡cómo será en una cabaña de piedra, allá en el páramo! ¿Qué terrible sentimiento de odio puede ser el que lleva á un hombre á ocultarse en semejante sitio y con semejante tiempo? ¿Y qué propósito tan decidido y tan vehemente puede tener allí á este hombre, sufriendo semejante prueba? Allá, en aquella cabaña, en medio del páramo, parece estar el verdadero centro del problema que tan penosamente me atormenta. Juro que no ha de pasar un día más sin que haya hecho yo todo lo que pueda hacer un hombre para llegar al corazón de este misterio.

XI

EL HOMBRE DEL PICACHO

El extracto de mi diario particular, que constituye el capítulo precedente, ha llevado mi relato al día 18 de octubre, fecha en la cual estos extraños sucesos empezaron á encaminarse rápidamente á su terrible conclusión. Los incidentes de este día y de los siguientes están grabados de una manera indeleble en mi memoria, y puedo referirlos sin consultar las notas que hice entonces. Tomé, pues, por punto de partida, el día que siguió á aquél en que dejé sentados dos hechos de gran im-

portancia: el de que la señora Laura Lyons, de Coombe Tracey, había escrito á sir Carlos Baskerville dándole una cita en el mismo sitio y á la misma hora en que cayó muerto, y el de que al hombre emboscado en el páramo se le podía encontrar en las cabañas de piedra de las laderas. Una vez en posesión de estos dos hechos, consideré que mi inteligencia ó mi valor serían muy pobres si no llegaba á hacer yo un poco más de luz en tan sombrío asunto.

No me fué posible comunicar aquella misma noche al *baronet* lo que había sabido de la señora Lyons, porque el doctor Mortimer se dejó estar, jugando con él á las cartas, hasta muy tarde. Pero al día siguiente, durante el desayuno, le hice saber lo que había averiguado, y le pregunté si estaba dispuesto á acompañarme á Coombe Tracey. En seguida se manifestó muy deseoso de ir conmigo; pero, á poco que pensamos en ello, nos pareció á los dos que, si yo iba solo, el resultado podría ser mejor; porque cuanto más ceremoniosa fuera la visita, tanto menos informaciones habríamos de obtener. Dejé, pues, á sir Enrique en la casa, no sin algunos remordimientos de conciencia, y salí en coche á hacer mi pesquisa.

Así que llegamos á Coombe Tracey, dije á Perkins que detuviera los caballos, bajé y empecé á hacer averiguaciones sobre la dama á quien me proponía interrogar. No me fué difícil dar con su departamento, que era central y me había sido bien indicado. Una criada me hizo pasar sin ceremonias; y, al entrar en la sala, una joven que estaba sentada delante de una máquina de escribir, se puso de pie vivamente, con una agradable sonrisa de bienvenida. Pero se le demudó el semblante cuando vió en mí á un extraño; volvió á sentarse y me preguntó el objeto de mi visita.

La primera impresión que causaba la señora Lyons era la que puede provocar la más perfecta belleza. Sus ojos y sus cabellos eran del mismo color, de un precioso color castaño, y sus mejillas, aunque notablemente pecosas, tenían el exquisito matiz rosado de las trigueñas, ese matiz delicado que asoma apenas en el cáliz de la rosa sulfúrea. La primera impresión, repito, era de admiración. Pero la segunda era de crítica. Había en su rostro algo sutilmente inarmónico: cierta tosquedad de expresión, cierta dureza, quizá, en la mirada, cierta soltura en el labio, que hacían imposible la perfecta belleza del conjunto. Pero éstos fueron, por supuesto, pensamientos ulteriores. En aquel instante me di cuenta solamente de que me hallaba en presencia de una mujer muy hermosa, y de que ésta me preguntaba la razón de mi visita. Hasta entonces no había comprendido yo cuán delicada era la misión que me llevaba allí.

—Tengo el gusto—le dije,—de conocer á su padre.

Era una introducción torpe, y ella me lo hizo sentir.

—No hay nada común entre mi padre y yo—me dijo.—Yo no le debo nada, y sus amigos no son los míos. A no haber sido por el finado sir Carlos Baskerville, y por otros corazones bondadosos, me habría muerto de hambre por lo que dependía de mi padre.

—A propósito de sir Carlos Baskerville. Precisamente es por él por lo que he venido á ver á usted.

Se desvanecieron las pecas en el rostro de la joven.

—¿Qué puedo decir yo sobre él?—me preguntó, mientras sus dedos jugaban nerviosamente con la tecla de los espacios de su máquina.

—¿Lo conoció usted, no es cierto?

—He dicho ya que debo muchísimo á sus bondades. Si estoy en condiciones de poder sostenerme sola, en gran parte lo debo al interés que él se tomó por mejorar mi situación desgraciada.

—¿Se escribía usted con él?

La señora Lyons alzó vivamente sus ojos castaños, con un relámpago de cólera en ellos.

—¿Qué se propone usted con sus preguntas?—exclamó en tono áspero.

—Me propongo evitar un escándalo público. Mejor es que las haga aquí, me parece, y no que el asunto tenga que pasar á otras manos.

La señora Lyons guardó silencio, y la palidez de su rostro se acentuó. Después levantó otra vez los ojos y asumió una expresión un tanto inquieta y provocadora.

—Está bien: contestaré—me dijo.—¿Cuáles son sus preguntas?

—¿Se escribía usted con sir Carlos?

—Le he escrito, efectivamente, una ó dos veces, para agradecerle su delicadeza y su generosidad.

—¿Tiene usted las fechas de esas cartas?

—No.

—¿Se vió usted con él alguna vez?

—Sí; una ó dos veces; cuando vino á Coombe Tracey. Era un hombre muy modesto, y prefería hacer el bien en secreto.

—Pero si usted lo vió una ó dos veces apenas, y si le ha escrito tan sólo una ó dos cartas, ¿cómo

llegó á conocer él suficientemente los asuntos de usted para poder ayudarla, según dice usted que lo ha hecho?

La señora Lyons afrontó la dificultad con el mayor desembarazo.

—Había varios caballeros que conocían mi triste historia y que se unieron para ayudarme. Uno de ellos era el señor Stapleton, vecino y amigo íntimo de sir Carlos. Este es un hombre excepcionalmente bueno, y por medio de él fué como sir Carlos se enteró de mis asuntos.

Ya sabía yo que sir Carlos Baskerville había hecho al señor Stapleton su limosnero, en varias ocasiones; de modo que esta declaración de la señora Lyons tenía para mí el sello de la verdad.

—¿Le escribió usted alguna vez á sir Carlos para pedirle que se viera con usted?—continué.

La joven se sonrojó otra vez, irritada.

—A la verdad, señor, que me hace usted una pregunta muy extraordinaria.

—Lo siento, señora, pero insisto en ella.

—Contestaré, entonces... No, seguramente, no.

—¿No? ¿Ni el mismo día de la muerte de sir Carlos?

En un instante desapareció el sonrojo, y tuve delante de mí un rostro mortalmente pálido. Sus labios secos no pudieron expresar el «no» que vi, más bien que oí, que formulaban.

—Su memoria la engaña, seguramente—dije.—Hasta puedo citar un pasaje de su carta. Decía usted: «Tenga la bondad de quemar esta carta; »se lo ruego á usted que es un caballero; y no se »olvide de estar en el portillo á las diez.»

Creí que la joven iba á perder el sentido, pero se repuso haciendo un esfuerzo supremo.

—¿Ya no hay, entonces, caballeros? — balbució.

—Comete usted una injusticia con sir Carlos. El quemó la carta. Pero á veces una carta puede ser legible aunque esté quemada. ¿Reconoce usted, pues, que la ha escrito?

—Sí, la escribí—exclamó, vaciando el alma en un torrente de palabras.—La escribí. ¿Por qué habría de negarlo? No tengo ningún motivo para abochornarme de eso. Quería que él me ayudara. Estaba segura de que, si podía tener una entrevista con él, conseguiría lo que necesitaba. Por esto le pedí que me viera.

—Pero, ¿por qué á aquella hora?

—Porque acababa de saber que se iba á Londres al día siguiente, y que su ausencia duraría meses. Había también razones que me impedían poder estar allá más temprano.

—Pero, ¿por qué una cita en el parque, en lugar de una visita en la casa?

—¿Cree usted, entonces, que una mujer puede ir sola á una hora como esa á la casa de un soltero?

—Perfectamente. ¿Qué sucedió cuando usted llegó allá?

—No fuí nunca.

—¡Señora!

—Nunca. Se lo juro por lo que consideró más sagrado. No fuí nunca. Ocurrió algo que me impidió ir.

—¿Qué fué?

—Esto es un asunto privado. No puedo decirlo.

—¿Reconoce usted, entonces, haber pedido una cita á sir Carlos, á la misma hora y en el mismo

sitio en que cayó muerto, aun cuando después no haya concurrido usted á ella?

—Así es.

Volví á interrogarla, una vez y otra vez, pero no pude ir más allá de este punto.

—Señora Lyons — le dije, levantándome para dar por terminada esta entrevista tan larga y tan poco decisiva.—Usted se echa encima una responsabilidad muy grande, y se coloca en una posición muy falsa, al no hacer una confesión absolutamente franca de todo lo que sabe. Si llego á tener que recurrir á la ayuda de la policía, usted verá cuán seriamente se ha comprometido. Si su posición es inocente, ¿por qué negó usted en primera instancia haber escrito á sir Carlos en aquella fecha?

—Porque temía que se sacara de ello una conclusión falsa, y que me viera yo envuelta en un escándalo.

—¿Y por qué tenía usted tanto interés en que sir Carlos destruyera su carta?

—Bien lo sabrá usted que ha leído la carta.

—Yo no he dicho que haya leído toda la carta.

—Pero ha citado una parte de ella.

—Cité la posdata. Como le dije á usted, la carta había sido quemada y no estaba en condiciones de poder ser leída, salvo aquella sola parte. Le pregunto una vez más, señora, ¿por qué se afanaba usted tanto porque sir Carlos destruyera la carta que recibió de usted el día de su muerte?

—El asunto es muy reservado.

—Mayor razón todavía para que trate usted de evitar una investigación pública.

—Se lo diré entonces. Si usted ha oído algo de mi desgraciada historia, sabrá que yo hice un ma-

trimonio precipitado y que muy pronto tuve motivos para lamentarlo.

—He oído decir eso.

—La vida ha sido para mí una persecución incesante, de parte de un marido que aborrezco. La ley está en su favor, y pesa constantemente sobre mí la posibilidad de que llegue á obligarme á vivir con él. Cuando escribí la carta á sir Carlos acababa de saber que podía tener una esperanza de reconquistar mi libertad con tal de que pudiera hacer ciertos gastos. Esto significaba todo para mí... tranquilidad de espíritu, felicidad, dignidad, todo... Entonces, como conocía la generosidad de sir Carlos, pensé que, si él oía las cosas de mis propios labios, seguramente se decidiría á ayudarme.

—Entonces, ¿cómo se explica que no haya ido usted á la cita?

—Porque en el intervalo recibí de otras manos la ayuda que necesitaba.

—Y si fué así, ¿por qué no escribió á sir Carlos explicándole las cosas?

—Así lo habría hecho, á no haber visto á la mañana siguiente en el diario, que había muerto.

Las declaraciones de la señora Lyons concordaban entre sí, coherentemente, y todas las preguntas que le hice, para ver si conseguía desvirtuarlas, resultaron infructuosas. Para comprobarlas sólo tenía un medio; averiguar si, efectivamente, había entablado ella una acción de divorcio contra su marido, en aquella ocasión, en los días que siguieron al de la tragedia.

No me parecía fácil que la dama se hubiera atrevido á decirme que no había ido á Baskerville Hall, si realmente hubiera estado allí; porque para hacer este viaje habría necesitado un coche, y, ade-

más, no habría podido estar de regreso de Coombe Tracey hasta las primeras horas de la mañana siguiente. Una excursión semejante no podía permanecer mucho tiempo en secreto si había alguien interesado en averiguarla. Lo más probable era, por consiguiente, que me hubiera dicho la verdad; ó, por lo menos, una parte de ella.

Salí de allí chasqueado y descorazonado. Una vez más había ido á estrellarme contra la muralla infranqueable que parecía cerrar todos los caminos que tomaba yo para llenar mi misión. Pero cuanto más pensaba en el rostro de la señora Lyons y en su manera de ser, tanto más me convencía de que algo me había ocultado. ¿Por qué se había puesto tan pálida? ¿Por qué se había resistido á toda confesión, y había hecho necesario que ésta le fuese arrancada? ¿Por qué había guardado tan completo silencio cuando ocurrió la tragedia? La explicación de todo esto no podía ser, por cierto, tan inocente como la que ella había querido hacerme creer. Pero, por el momento, no me era posible adelantar nada en esta dirección; tenía que volver al otro hilo, al que había que buscar entre las cabañas de piedra, en el centro mismo del páramo.

Y los datos que tenía á este respecto eran vagos por demás. Pude convencerme de ello al ver, cuando regresaba en el carruaje, que, unas tras otras, todas las colinas mostraban vestigios de sus antiguos pobladores. La única indicación de Barrymore era que el desconocido vivía en una de estas cabañas abandonadas; pero había centenares de ellas esparcidas en toda la extensión del páramo.

Tenía, sin embargo, mi propia experiencia por

guía, desde que ésta me había hecho ver al hombre, de pie en la cima de Picacho Negro. Este había de ser, por lo tanto, el centro de mis pesquisas. Desde allí me pondría á explorar, una por una, todas las cabañas del páramo, hasta dar con la que buscaba. Y si aquel hombre estaba dentro de ella, yo habría de saber de sus propios labios, revólver en mano, si era necesario, quién era y por qué nos perseguía tan tenazmente. Podía habérsenos escabullido en el tumulto de la calle Regent; pero le costaría mucho hacer lo mismo en el páramo desierto. Y, si al dar con la cabaña no encontraba en ella á su ocupante, me quedaría allí todo el tiempo que fuera necesario hasta que el hombre volviese. Á Holmes se le había escapado en Londres: sería para mí un verdadero triunfo atraparlo aquí, en su cueva, cuando mi maestro había fracasado en la empresa.

Hasta entonces la fortuna nos había sido siempre contraria en toda esta larga pesquisa; pero al fin vino en mi ayuda. Y el heraldo de la buena suerte no fué otro que el señor Frankland, que, con sus patillas grises y su cara arrebatada, estaba de pie junto al portón de su jardín, sobre la carretera por donde yo volvía.

—Buenos días, doctor Watson—gritó con insólito buen humor.—Es verdaderamente necesario que les dé usted un descanso á sus caballos, y que entre á tomar un vaso de vino y á felicitarme.

Después de lo que había oído decir sobre la manera como Frankland trataba á su hija, mis sentimientos hacia él estaban lejos de ser amistosos; pero deseaba despachar á Perkins y al *break* para quedarme solo, y la ocasión era buena. Bajé del carruaje y envié un recado á sir Enrique, haciéndole

saber que regresaría á pie, á tiempo para la comida. Después seguí á Frankland hasta el comedor de su casa.

—Hoy es un gran día para mí, señor... Uno de los verdaderos días de fiesta de mi vida—exclamó entre risitas ahogadas.—He llevado á buen término un doble acontecimiento. Quiero enseñarles á los de estos barrios que la ley es ley, y que aquí hay un hombre que no tiene miedo de invocarla. He conseguido que quede establecido el derecho del fisco á abrir un camino por el centro del parque del viejo Middleton, por el mismo medio de él, señor, á unas cien yardas de la puerta principal de la casa. ¿Qué me dice usted de esto? Yo he de enseñarles á estos potentados que no pueden pisotear, sin más ni más, los derechos del pueblo... ¡Dios los confunda! Y he hecho cerrar el bosque donde los de Fernworthy acostumbraban hacer sus *picnics*. Esta maldita gente cree, según parece, que el derecho de propiedad no existe, y que pueden meterse donde les plazca, con sus paquetes y con sus botellas. Los dos casos han sido fallados, doctor Watson, y ambos en mi favor. No había vuelto á tener un día como éste desde que hice condenar á sir John Morland por contravención á causa de haber estado cazando en su propio parque.

—¿Cómo diablos consiguió eso?

—Vea el expediente, señor. Vale la pena leerlo... «Frankland contra Morland, tribunal de Queen's Bench»... Me costó mil pesos pero conseguí la sentencia.

—¿Y qué ha ganado con ella?

—Nada, señor, nada. Tengo la satisfacción de decir que no me guiaba ningún interés particular

en el asunto. Yo procedo siempre en estas cosas pura y sencillamente por un sentimiento de deber público. No tengo la menor duda, por ejemplo, de que los de Fernworthy me quemarán en efigie esta noche. La última vez que lo hicieron, les dije á los de la policía que debían impedir estos vergonzosos espectáculos. La policía de la provincia se halla en un estado escandaloso, señor, y no me ha prestado la protección á que tengo derecho. El juicio «Frankland contra Regina» pondrá este desbarajuste á los ojos del público. Les dije que habían de llegar á arrepentirse de la manera cómo me habían tratado, y mis palabras han resultado ya ciertas.

—¿Cómo?—pregunté.

El anciano adoptó un aire de muy entendido.

—Yo les podría decir lo que ellos se están muriendo por saber; pero nada podrá inducirme á ayudar en ninguna forma á esos pícaros.

Hasta aquel momento yo había estado buscando á mi alrededor alguna excusa para poder librarme de la charla del viejo pleitista; pero entonces empecé á sentir deseos de oirlo. Conocía bastante la naturaleza contradictoria del viejo pecador para comprender que la menor muestra de interés sería el medio más seguro de cortar sus confidencias.

—¿Algún cazador furtivo, tal vez?—dije en tono indiferente.

—¡Ja, ja! mi amigo... ¡algo muchísimo más importante que eso! ¿Qué me dice del prófugo que está en el páramo?

Me estremecí.

—¿Quiere usted decir que sabe dónde está?—pregunté.

—Puedo no saber exactamente dónde está, pero estoy completamente seguro de que podría ayudar á que la policía le echara el guante. ¿Nunca se le ocurrió á usted que el mejor medio de dar con ese hombre era descubrir dónde conseguía su alimento, y seguirle entonces la pista?

Frankland iba acercándose á la verdad, de una manera bastante desagradable.

—Sin duda—dije;—pero, ¿cómo sabe usted que está en alguna parte del páramo?

—Lo sé porque he visto con mis propios ojos al mensajero que le lleva la comida.

Se me oprimió el corazón pensando en Barrymore. Era asunto serio verse en las manos de este viejo entrometido y perverso. Pero lo que dijo en seguida me quitó un gran peso de encima.

—Le ha de causar á usted sorpresa el saber que el que le lleva la comida es un muchacho. Lo veo todos los días con el catalejo que tengo en la azotea. Pasa siempre por el mismo camino y á la misma hora; y ¿á quién habría de ir á ver sino al prófugo?

¡Esta sí que era suerte! Pero reprimí toda demostración de interés. ¡Un muchacho! Barrymore había dicho que nuestro desconocido era servido por un muchacho. Con la pista de éste, y no con la del prófugo, era con lo que había tropezado Frankland. De modo que, si conseguía averiguar lo que el viejo sabía, me evitaría una larga y fatigosa pesquisa. Pero la incredulidad y la indiferencia eran, evidentemente, mis cartas más fuertes en el juego.

—Me parece que es, tal vez, mucho más probable que se trate en este caso del hijo de alguno

de los pastores del páramo, que le lleva la comida á su padre.

El más pequeño indicio de contradicción hacía saltar chispas del viejo autócrata. Sus ojos me miraron de una manera perversa, y las patillas grises se le erizaron como á un gato irritado.

—¿De veras, señor?—me dijo, y agregó señalando la extensión del páramo:—¿Ve usted allá arriba el Picacho Negro? Bueno. ¿Ve usted más allá aquella colina baja, con un matorral de espinos en la cumbre? Pues esa es la parte más pedregosa de todo el páramo. ¿Y cree usted que ése sea un sitio adecuado para que vaya á estacionarse en él un pastor? Su conjetura, señor, es enteramente absurda.

Le dije, suavemente, que reconocía haber hablado sin estar en posesión de todos los hechos. Mi sumisión le agradó y lo llevó á hacerme nuevas confidencias.

—Puede usted estar seguro, señor, de que tengo siempre muy buenas razones en que apoyarme, cuando llego á una conclusión. He visto al muchacho, una vez y otra vez, siempre con su atado. Todos los días, y, en ocasiones, dos veces por día; he podido... pero espere un momento. ¿Me engañan mis ojos, ó se está moviendo algo en este instante en la falda de aquella colina?

La colina indicada estaba á algunas millas de distancia, pero pude ver distintamente un pequeño punto negro sobre el fondo verde obscuro.

—¡Venga, señor, venga!—me gritó Frankland, lanzándose escalera arriba.—Verá usted las cosas por sus propios ojos y podrá juzgar por sí mismo.

El catalejo, un formidable anteojo montado sobre un trípode, estaba sobre el techo de zinc liso de la casa. Frankland aplicó el ojo á él, y dió un grito de alegría.

—¡Pronto, doctor Watson, pronto, antes de que pase al otro lado!

Efectivamente, se veía un chicuelo con un atado al hombro, que subía lenta y trabajosamente la colina. Cuando llegó á la cima vi destacarse por un momento su figura andrajosa y extraña contra el cielo azul frío. El muchacho echó una mirada á su alrededor, con expresión furtiva y disimulada, como quien teme ser seguido, y desapareció del otro lado.

—¿Y...? ¿Tenía razón yo?

—Seguramente; este muchacho parece estar desempeñando una comisión secreta.

—Y qué clase de misión es la que desempeña, esto lo podría adivinar hasta un comisario de policía de los que tenemos por acá. Pero por mí no han de saber ellos una sola palabra; y lo comprometo á que guarde el secreto usted también, doctor Watson. Ni una palabra. ¿Entiende?

—Haré como usted quiera.

—Se han portado conmigo de una manera vergonzosa... vergonzosa. Cuando salgan á luz los hechos en el juicio «Frankland contra Regina», me atrevo á decir que el país se estremecerá indignado. Nada podría inducirme á ayudar en ninguna forma á la policía. Por ellos, bien podía haber sido mi persona y no mi efigie lo que aquellos pillos quemaron en la hoguera. ¡Usted no se marcha ya, por cierto! Tiene que acompañarme á vaciar un vaso en honor de este gran día.

Pero me resistí á todas sus solicitaciones, y logré disuadirlo también de su propósito de acom-

pañarme á casa. Mientras él me estuvo mirando desde el portón de su jardín, me mantuve en el camino; pero después salí de él, para cortar á través del páramo, hacia la colina pedregosa detrás de la cual había desaparecido la figura del muchacho. Todo parecía obrar entonces en favor de mis propósitos, y juré que no sería por falta de energía ó de perseverancia por lo que podría desaprovechar yo la ocasión que la fortuna acababa de ponerme en el camino.

La tarde caía ya cuando llegué á la cumbre de la colina, y las dilatadas pendientes que se extendían á mis pies presentaban de un lado un tinte verde dorado, y una sombra gris del otro. Una niebla baja se extendía sobre el lejano horizonte, de la que surgían las fantásticas sombras de Belliver y del Picacho de la Zorra. No se notaba un solo rumor, un solo movimiento en toda la vasta extensión del páramo. Un gran pájaro gris, una gaviota ó chorlito, se cernía allá arriba, en el cielo azul. Este pájaro y yo parecíamos ser allí, bajo la inmensa bóveda, los únicos seres vivientes.

La inutilidad de mi visita, la sensación de aquella soledad, y el misterio y la urgencia de mi tarea, todo esto me hizo palpitar ansiosamente el corazón. El muchacho no aparecía por ninguna parte. Pero á mis pies, en una garganta entre las colinas había un círculo de cabañas de piedra, y en medio de ellas surgía una con techo suficiente todavía para servir de abrigo contra el tiempo. Esta debía ser la madriguera donde se agazapaba el desconocido. ¡Al fin tenía el pie en el umbral de su escondrijo!... ¡al fin tenía en el puño su secreto!

Al acercarme á la cabaña, andando tan cautelosamente como lo habría hecho Stapleton al llegar con su red lista junto á una mariposa parada, pude ver que, efectivamente, aquel sitio había sido aprovechado para habitación. Un sendero borroso entre los guijarros llevaba á la arruinada abertura que servía de entrada á la cabaña. Todo estaba en silencio dentro de ella. El desconocido podía estar allí emboscado, ó podía andar vagando por el páramo. Se me excitaron los nervios con la sensación de la aventura. Tirando á un lado el cigarrillo, puse la mano en la culata de mi revolver, y, avanzando rápidamente, hasta la puerta, miré al interior. La cabaña estaba vacía.

Pero había en ella claros indicios de que no seguía yo una pista falsa. Allí era, positivamente, donde vivía el hombre. Varias frazadas envueltas en un capote impermeable yacían sobre aquellas mismas losas donde en otro tiempo había dormitado el hombre de la edad de piedra. Las cenizas de un fuego se amontonaban en un tosco brasero. Junto á éste se veían varios utensilios de cocina y un cubo de agua casi lleno. Un montón de cajas de lata, vacías, indicaba que el sitio estaba ocupado hacía ya tiempo; y, cuando mis ojos se hubieron adaptado á la luz confusa, vi en un rincón un vasito de hojalata, y una botella de aguardiente con un resto todavía.

Una piedra lisa, en el centro de la cabaña, hacía las veces de mesa, y sobre ella había un pequeño bulto atado con un lienzo... el mismo bulto, quizá, que había visto yo, por medio del anteojo, sobre el hombro del muchacho. Contenía un pan entero, una lengua en lata y dos cajas de duraznos en conserva. Cuando volví á dejar el atado en su sitio, después de este examen, el corazón me dió un salto al ver, debajo de él, una carilla de

papel escrita. La levanté, y he aquí lo que leí en ella, toscamente garabateado con lápiz:

«El doctor Watson ha ido á Coombe Tracey.»

Por un momento me quedé con el papel en la mano, tratando de conjeturar la razón de aquel breve mensaje. ¡Era yo, entonces, y no sir Enrique, el que estaba siendo objeto de la persecución de este hombre desconocido! Por lo que veía, aquel día, por lo menos, no me había seguido él mismo, sino que había puesto un agente... el muchacho, quizás... sobre mi rastro; y ahí estaba el informe de éste. Probablemente no había dado yo un paso, desde que estaba en el páramo, que no hubiera sido observado y comunicado. ¡Siempre esta misma sensación de una fuerza invisible, de una red sutil echada sobre nosotros con infinita destreza y cuidado; tan sutil y tan tenue, que sólo en algún momento supremo era cuando uno se daba cuenta de que estaba realmente envuelto en sus mallas!

Si había un informe, éste no sería seguramente ni el primero ni el único; de modo que eché una ojeada por la cabaña, buscando otros. Pero no vi señales de nada de esto, ni pude descubrir tampoco nada que me indicara la índole ó las intenciones del hombre que vivía en tan singular paraje; salvo que debía ser de costumbres espartanas, y que se preocupaba poco de las comodidades de la vida. Al ver el techo todo agrietado, y pensando en las fuertes lluvias, comprendí cuán firme é inmutable debía ser el propósito que lo retenía en tan inhospitalario refugio. ¿Era éste nuestro perverso enemigo, ó era, por ventura, nuestro ángel guardián? Juré que no saldría de allí hasta no saber á qué atenerme.

Afuera, el sol se ocultaba ya, y el Poniente resplandecía de escarlata y oro. Su reflejo reverberaba con parches sangrientos en las lejanas charcas de la Gran Ciénaga. Allí estaban las dos torres de la mansión de los Baskerville, y un distante borrón de humo que indicaba la aldea de Grimpen. Entre estos dos puntos, y detrás de la colina, estaba la casa de los Stapleton. Todo era dulce y blando y apacible á la dorada luz de la tarde; sin embargo, al contemplar el cuadro, mi alma no compartía la paz de la Naturaleza: se estremecía ante la vaguedad y el terror de aquella entrevista, que cada instante que pasaba iba trayendo cada vez más cerca. Con los nervios excitados, pero firme en mi resolución, fuí á sentarme dentro de la cabaña, y esperé con sombría paciencia la llegada de su ocupante.

Y, entonces, al fin, lo oí. Llegó desde lejos hasta mí el débil rumor del tacón de una bota al golpear contra una piedra. Luego oí otro golpe, y después otro y otro, cada vez más cerca. Retrocedí al rincón más obscuro, y amartillé el revólver dentro del bolsillo, resuelto á no descubrirme hasta que no hubiera podido ver algo del desconocido. Se produjo una larga pausa que me demostró que el hombre se había parado. Luego, otra vez fueron aproximándose las pisadas; y en seguida, delante de mí, se dibujó en el suelo una sombra, á través de la entrada de la cabaña.

—La tarde es muy hermosa, mi querido Watson—oí decir á una voz bien conocida.—Creo firmemente que estará usted más cómodo aquí fuera.

XII

LA MUERTE EN EL PÁRAMO

Por un momento me quedé sin respiración, no pudiendo dar crédito á mis oídos. Al fin recobré los sentidos y la voz, mientras sentía como si me hubieran quitado instantáneamente del alma el peso de una responsabilidad abrumadora. Aquella voz fría, incisiva, irónica, sólo podía ser de un hombre en el mundo.

—¡Holmes!—grité.—¡Holmes!

—Salga—dijo éste,—y hágame el favor de tener cuidado con el revólver.

Me agaché para pasar por debajo del tosco dintel, y allí fuera estaba él, sentado en una piedra, con sus ojos grises que bailaban de contento al fijarse en mi expresión estupefacta.

Estaba flaco y desencajado, pero sereno y alerta, con su afilada cara bronceada por el sol y curtida por el viento. Parecía, con su traje de lanilla y su sombrero de paño, uno de tantos turistas del páramo; y con ese amor gatuno al aseo personal que era una de sus características, se había dado maña para que su barba estuviera tan suave y su ropa tan planchada como si se hallara en sus aposentos de la calle Baker.

—Nunca en mi vida he sentido tanta alegría al ver á alguno — dije, mientras le estrechaba la mano.

—O tanto asombro... ¿eh?

—Sí; fuerza es confesarlo.

—Le aseguro, sin embargo, que no ha sido usted solo el sorprendido. Yo no tenía la menor idea de que usted había dado con mi fortuito asilo, y mucho menos que se hallaba dentro de él; sólo lo supe cuando estuve á veinte pasos de aquí.

—¿Mis pisadas, supongo?

—No, Watson; me parece que no podría llegar á distinguir sus pisadas entre todas las pisadas del mundo. Si usted desea seriamente chasquearme alguna vez, le aconsejo que cambie de cigarrero; porque siempre que vea yo la colilla de un cigarrillo marcado Bradley, calle Oxford, sabré que mi amigo Watson anda por la vecindad. Puede verla usted, allí, junto al sendero. Usted la tiró, seguramente, en el momento supremo, cuando cargó... contra la cabaña desierta.

—Exactamente.

—Pensé todo eso... Y, como conozco su tenacidad admirable, estaba convencido de que usted estaría allí de emboscada, con alguna arma á mano, esperando que volviera el inquilino. ¿De modo que usted pensó, positivamente, que yo era el criminal?

—No. Yo no sabía quién era el que vivía aquí, pero estaba resuelto á averiguarlo.

—¡Magnífico, Watson! ¿Y cómo pudo localizarme? ¿Me vió, quizás, la noche de la batida que dieron ustedes al prófugo, cuando cometí la imprudencia de dejar que la luna se levantara detrás de mí?

—Sí; lo vi entonces.

—Y seguramente ha andado registrando todas las cabañas hasta llegar á ésta...

—No; habían visto á su muchacho, y esto me dió un indicio del sitio que debía registrar.

—El viejo con el anteojo, sin duda. No pude descubrir qué demonios era eso la primera vez que vi reflejarse la luz en el lente; usted, en uno de sus informes, me dió después la clave del enigma.

Holmes se levantó y echó una ojeada dentro de la cabaña.

—¡Ajá! Veo que Cartwright ha traído provisiones. ¿Qué papel es éste?... Ha estado usted, entonces, en Coombe Tracey, ¿no es eso?

—Sí.

—¿A ver á la señora Laura Lyons?

—Exactamente.

—Muy bien pensado. Veo que nuestras averiguaciones han estado desarrollándose en líneas paralelas; y, cuando unamos nuestros resultados, creo que habremos llegado á un conocimiento perfectamente completo de la cuestión.

—¡Ojalá! ...Me alegro con toda el alma de que usted esté aquí; porque, á la verdad, la responsabilidad y el misterio estaban haciéndose, una y otro, demasiado para mis nervios. Pero ¿cómo, en nombre del Cielo, ha venido usted aquí, y en qué ha estado ocupado? Lo hacía á usted en Londres, trabajando en aquel caso de *chantage*.

—Esto era lo que yo quería que usted creyese.

—De modo que usted se sirve de mí, y, sin embargo, no confía en mí—exclamé con alguna amargura.—Creo haberme hecho merecedor de mejor trato, Holmes.

—Mi querido amigo, su ayuda ha sido para mí inapreciable en éste y en muchos otros casos, y le ruego me disculpe si, al parecer, me he burlado

de usted. A decir verdad, si lo hice fué, en parte, por su misma seguridad; mis cálculos sobre el peligro que usted corría fué lo que me obligó á venir aquí, á vigilar las cosas de cerca. Si yo hubiera estado con usted y con sir Enrique, es evidente que mi punto de vista habría sido el mismo de ustedes, y que mi presencia habría servido para que nuestros muy formidables enemigos se pusieran en guardia. De este modo, en cambio, he podido desenvolverme como no hubiera llegado á hacerlo, probablemente, si hubiese estado viviendo en el Hall; y sigo siendo siempre un factor desconocido en el asunto, pronto para echar sobre él todo mi peso en el momento crítico.

—Pero, ¿por qué tenerme á obscuras?

—Porque el que usted supiese las cosas no nos habría favorecido en nada, y probablemente hubiera servido sólo para descubrirme. Usted habría querido decirme algo, ó, dada su bondad, habría querido traerme algunas comodidades, y con esto se hubiera corrido un riesgo innecesario. Traje conmigo á Cartwright ¿se acuerda? aquel muchacho de la oficina de mensajeros... y éste ha estado encargado de satisfacer mis pocas necesidades: un pan y un cuello limpio. ¿Qué más necesita uno? Me ha suministrado, también, un par de ojos extra sobre un par de piernas muy activas, y una y otra cosa han sido para mí inestimables.

—¿Entonces, mis informes se han perdido todos?—dije con voz trémula al recordar el trabajo y el orgullo con que los había hecho.

Holmes sacó del bolsillo un lío de papeles.

—Aquí tiene todos sus informes, mi querido amigo; y bastante ajados, por cierto, á causa de las consultas. Hice un arreglo excelente, gracias al

cual sólo han perdido un día en el camino. Tengo que felicitarlo sobre manera, doctor Watson, por el celo y la inteligencia que ha demostrado usted en un caso tan extraordinariamente difícil.

Yo estaba un poco enfurruñado todavía por el engaño de que había sido víctima, pero el calor con que Holmes hizo este elogio alejó de mi espíritu el disgusto. Reconocí, también, en conciencia, que él tenía razón en lo que decía; que, efectivamente, había sido mucho mejor, para nuestro propósito, que yo no hubiera sabido que él estaba en el páramo.

—Así está bien—me dijo, al ver que se disipaban las sombras de mi rostro.—Y ahora, cuénteme el resultado de su visita á la señora Laura Lyons... No me ha sido difícil adivinar que usted había ido allá sólo para ver á ella, porque sé que ésta es la única persona de Coombe Tracey que podría sernos útil en el asunto. Tan es así que, si no hubiese ido usted, hoy, con toda seguridad habría ido yo mañana.

El sol se había puesto y la obscuridad se extendía sobre el páramo. El aire estaba helado, y nos metimos en la cabaña en busca de abrigo. Allí, sentados uno al lado del otro, á la luz del crepúsculo, le conté mi conversación con la dama. Tanto interés despertó en Holmes mi relato, que tuve que repetir parte de él una y dos veces para que se diera por satisfecho.

—Esto es muy importante—dijo cuando hube terminado.—Viene á llenar un boquete que yo no había podido cerrar en este asunto tan complejo. Usted sabe, quizá, que existe una intimidad estrecha entre esta señora y el individuo Stapleton...

—No sabía nada de eso.

—No cabe ninguna duda al respecto. Se ven, se escriben, hay una inteligencia completa entre ellos. Ahora bien: estas relaciones ponen en nuestras manos un arma muy poderosa. Si pudiera usarla, aunque sólo fuera para separarlo á él de su mujer...

—¿De su mujer?

—Amigo Watson, voy á darle ahora algunas informaciones, en cambio de todas las que usted me ha suministrado. La señora que ha pasado hasta aquí por hermana, es, en realidad, la esposa de Stapleton.

—¡Santo Dios, Holmes! ¿Está seguro de lo que dice? ¿Cómo hubiera permitido él, entonces, que sir Enrique se enamorara de ella?

—Lo de que sir Enrique se enamorara no podía hacer daño á nadie, salvo al mismo sir Enrique. Buen cuidado tuvo el hombre, eso sí, de que sir Enrique no le *hiciera* el amor á su mujer, como usted mismo lo vió. Repito que esta señora es la esposa y no la hermana de Stapleton.

—Pero, ¿para qué esta superchería tan elaborada?

—Porque Stapleton previó que ella podría serle muchísimo más útil si la presentaba en el carácter de mujer libre.

Todos mis instintos disimulados, todas mis vagas sospechas, tomaron forma de repente y se concentraron sobre el naturalista. En este hombre impasible, descolorido, con su sombrero de paja y su red de cazar mariposas, me parecía ver algo terrible... un ser de infinita paciencia y astucia, de cara sonriente y corazón sanguinario.

—¿Este es, entonces, nuestro enemigo?... ¿éste es el que nos perseguía en Londres?

—Así descifro yo el enigma.

—Y la prevención... debe haber salido de ella.

—Exactamente.

Medio visible, medio conjeturable, se diseñó el fantasma de una monstruosa infamia en medio de las tinieblas que por tanto tiempo me habían rodeado.

—Pero, ¿está seguro, Holmes? ¿Cómo sabe usted que esta mujer es la esposa de Stapleton?

—Vea. La primera vez que se vió con usted, el hombre se olvidó de contarle un fragmento real de autobiografía, que, me atrevo á decirlo, ha de haber lamentado él muchas veces. Este individuo, como usted me lo hizo saber, ha sido maestro de escuela en el Norte de Inglaterra. Ahora bien: no hay rastro más fácil de seguir que el de un maestro de escuela. Existen agencias escolares por medio de las cuales se puede identificar á todo hombre que haya ejercido esta profesión. Una ligera investigación me hizo saber que una escuela se había arruinado en atroces circunstancias, y que el propietario de ella había desaparecido con su mujer.

Todas las señas concordaban, salvo el nombre, que era diferente. Y, cuando supe que el desaparecido había sido aficionado á la entomología, la identificación fué completa.

Las tinieblas se desvanecían, pero las sombras ocultaban mucho todavía.

—Entonces, si el hombre es casado, ¿qué clase de relaciones son las que tiene con él, según usted dice, la señora Laura Lyons?—pregunté.

—Este es uno de los puntos que las pesquisas

de usted han puesto en claro. Su entrevista con la señora Lyons ha despejado muchísimo la situación. Yo no sabía nada de que existiera un proyecto de divorcio entre ella y su marido. Ahora bien: como la señora Lyons cree que Stapleton es un hombre libre, espera, sin duda, llegar á ser su esposa.

—¿Y cuando se desengañe?

—Bueno; entonces puede resultar que la dama nos sea útil. Lo primero que tenemos que hacer ahora es verla, los dos juntos, mañana mismo. Diga, Watson, ¿no cree usted que hace ya bastante rato que está fuera de su puesto? Usted debería estar ahora en Baskerville Hall.

Las últimas bandas rojizas se habían desvanecido en Occidente, y la noche había cerrado sobre el páramo. Unas cuantas estrellas empañadas centelleaban en un cielo color violado.

—La última pregunta, Holmes—dije, levantándome.—Seguramente, no hay ya necesidad de secretos entre usted y yo. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué se propone *él*?

La voz de Holmes se hizo profunda al contestarme.

—Se trata de un crimen, Watson... de un crimen refinado, alevoso, á sangre fría. No me pregunte detalles. Mis redes van estrechándose sobre él, así como las de él están sobre sir Enrique; y, gracias á usted, ahora ya está casi en mi poder. Sólo un peligro puede amenazarnos. El de que él dé el golpe antes de que nosotros estemos en situación de hacer lo mismo. Un día más, dos cuando mucho, y mi caso estará completo; pero, hasta entonces, cuide á su protegido tan solícitamente como una madre amorosa vela por su hijo

enfermo. Su salida de hoy está justificada; y, sin embargo, casi desearía que no se hubiera separado usted de él... ¡Oiga!

Un grito terrible... un prolongado alarido de terror y angustia, surgió de repente del páramo silencioso. Fué un grito horroroso, que me heló la sangre en las venas.

—¡Oh, Dios mío!—exclamé con voz ahogada. —¿Qué es eso? ¿Qué significa?

Holmes se había puesto de pie en un salto, y vi su silueta, negra y atlética, á la entrada de la cabaña, con los hombros agachados, la cabeza estirada hacia adelante, sondeando la obscuridad.

—¡Silencio!—murmuró.—¡Silencio!

El grito había sido estridente á causa de su vehemencia, pero parecía haber salido de algún sitio lejano en la sombría llanura. De pronto volvió á resonar en nuestros oídos, más cerca, más fuerte, más desesperado que antes.

—¿Dónde es?—susurró Holmes, y por la vibración de su voz me di cuenta de que él también, el hombre de hierro, temblaba como una hoja.—¿Dónde es, Watson?

—Allá, creo—dije, señalando un sitio en la obscuridad.

—No, allá más bien.

Otra vez, el grito de agonía cruzó los aires de la noche, mucho más fuerte y más próximo que nunca. Y un nuevo ruido se unió entonces á él: un gruñido profundo, ahogado, musical, y, sin embargo, amenazante, que crecía y decrecía como el murmullo sordo y constante del mar agitado.

—¡El sabueso!—gritó Holmes.—¡Venga, Watson, venga! ¡Gran Dios! ¡Si será ya demasiado tarde!

Holmes había echado á correr velozmente por el páramo, y yo lo seguía, pegado á sus talones. Y entonces, de algún sitio en el terreno quebrado que teníamos delante, partió un grito desgarrador, un clamor postrero, y en seguida resonó un golpe sordo, pesado. Nos paramos y escuchamos. Ningún otro ruido rompió el silencio opresivo de aquella noche sin viento.

Vi que Holmes se llevaba la mano á la frente, como si se sintiera trastornado. Luego dió con el pie un golpe en el suelo.

—¡Nos ha vencido, Watson! ¡Llegamos demasiado tarde!

—¡No, no! ¡Seguramente no!

—¡Qué loco he sido al no haber obrado! Y usted, Watson, ¡vea lo que sucede por estar su puesto abandonado! Pero ¡por Dios! que si ha sucedido lo peor, nosotros hemos de vengarlo.

Echamos á correr ciegamente á través de la obscuridad, chocando contra las peñas, abriéndonos paso por entre las retamas espinosas, jadeando al subir las lomas, precipitándonos por las pendientes, siempre en dirección al sitio de donde habían salido los terribles alaridos. Toda vez que llegábamos á una altura, Holmes miraba ansiosamente á su alrededor: pero las sombras eran densas, y nada se agitaba sobre la tétrica superficie del páramo.

—¿Ve usted algo?

—Nada.

—Pero, oiga... ¿qué es eso?

Un quejido ahogado acababa de herir nuestros oídos. De pronto lo sentimos otra vez... á nuestra izquierda. En esta parte, una loma peñascosa venía á terminar bruscamente en una escarpa,

rasa y alta, que dominaba una meseta sembrada de guijarros. Sobre el suelo escabroso de esta meseta se veía un bulto negro, irregular. Corrimos hacia él, y sus vagos contornos se delinearon en una forma precisa. Era un hombre, caído de bruces, con la cara contra el suelo, la cabeza doblada debajo del pecho formando un ángulo horrible, la espalda arqueada y el cuerpo apelotonado como si fuera á dar un salto mortal. Tan grotesca era esta actitud que por un momento no me di cuenta de que, en el quejido aquel, el infeliz había exhalado su alma. Ni un murmullo, ni un susurro salía ya del bulto sombrío sobre el cual nos inclinábamos. Holmes le puso la mano encima, y la retiró en seguida con una exclamación de horror. La trémula luz del fósforo que encendió entonces iluminó sus dedos llenos de coágulos y el horrible charco que iba ensanchándose poco á poco debajo del cráneo aplastado de la víctima. E iluminó también algo más que nos paralizó el corazón é hizo bambolear nuestras cabezas... ¡el cuerpo de sir Enrique Baskerville!

Era imposible que Holmes y yo no reconociéramos aquel traje de lanilla particularmente rojiza... el mismo que vestía el *baronet* el día que vino á vernos en nuestro departamento de la calle Baker. No hicimos más que vislumbrarlo apenas, y, en seguida, el fósforo formó pábilo y se apagó, tal como se había apagado la esperanza de nuestros corazones. Holmes soltó un gruñido, y su cara se destacó blanca entre las sombras.

—¡Ah, bestia, bestia! — grité con los puños apretados.—¡Oh, Holmes! ¡Nunca me perdonaré el haber abandonado á nuestro amigo á su suerte!

—Yo soy más culpable que usted, Watson. Para tener la acusación bien completa y redondeada he comprometido la vida de mi cliente. Este es el golpe más rudo que haya sufrido en mi carrera. Pero ¿cómo podía creer?... ¿cómo podía creer que él arriesgaría su vida saliendo solo al páramo, á pesar de todas mis prevenciones?

—¡Que hayamos oído sus gritos!... ¡Dios mío, qué gritos!... ¡y que no nos haya sido posible salvarlo! ¿Dónde está el sabueso, esa bestia infernal que le ha causado la muerte? ¡Quién sabe si no se ha puesto á acecharnos emboscado entre estas rocas! ¿Y Stapleton, dónde está? ¡Ha de pagar esta infamia!

—Sí, la pagará. Yo me cuidaré de eso. Tío y sobrino han sido asesinados... uno, mortalmente horrorizado al ver á una bestia que creyó sobrenatural, el otro, estrellado aquí, en su desesperada carrera para huir también de ella. Pero ¿cómo probar ahora la complicidad del hombre y de la bestia? Salvo por el gruñido que hemos oído, no podríamos jurar la existencia de esta última, puesto que sir Enrique ha muerto, evidentemente, á consecuencia de la caída. Pero juro á Dios que, por astuto que sea, el individuo ha de estar en mis manos dentro de veinticuatro horas.

Estábamos de pie, uno á cada lado del cadáver destrozado, con el corazón lleno de amargura, agobiados por aquel desastre repentino é irreparable que había llevado á un fin tan lamentable todos nuestros largos y fatigosos esfuerzos. A poco salió la luna; entonces trepamos á la cresta de la escarpa de donde se había precipitado nuestro pobre amigo, y desde esta altura contemplamos el páramo lleno de sombras en parte plateado, en parte lóbrego. Allá lejos, á muchas millas de dis-

tancia, del lado de Grimpen, brillaba una luz fija y amarillenta. Sólo podía proceder de la solitaria vivienda de los Stapleton. Al verla, solté una maldición tremenda y sacudí el puño en dirección á ella.

—¿Por qué no nos apoderamos de él ahora mismo?

—Nuestra acusación no está completa. El individuo es precavido y astuto hasta el último extremo. No basta que sepamos, sino que podamos probar. Y si damos un paso en falso, el canalla puede escapársenos.

—¿Qué haremos entonces?

—Eso, lo veremos mañana; habrá tarea de sobra. Esta noche, lo único que tenemos que hacer es cumplir los últimos deberes con nuestro pobre amigo.

Bajamos juntos por la pendiente casi á plomo, y nos acercamos al cadáver, cuyo bulto negro se destacaba netamente sobre los plateados guijarros. La agonía de aquellos miembros retorcidos me causó un espasmo de dolor y llenó mis ojos de lágrimas.

—Convendría ir á buscar gente, Holmes. Nosotros solos no podemos llevarlo todo el camino hasta la casa... ¡Santo Dios!... ¿está usted loco?

Holmes había proferido un grito al inclinarse sobre el cadáver. Luego se había puesto á brincar y á reir de la manera más desatinada, y precipitándose hacia mí me estrechaba frenéticamente la mano. ¿Podía ser aquel Sherlock Holmes, siempre tan severo, tan dueño de sí mismo? ¿Quién hubiera creído posible llegar á verlo en semejante estado?

—¡La barba!... ¡La barba!... ¡El hombre tiene barba!...

—¿Barba?

—¡No es el *baronet*!... ¡Es... mi vecino el presidiario!...

Con precipitación febril dimos vuelta al cadáver, y la barba pringosa apuntó hacia arriba, á la luz clara y fría de la luna. No podía haber error posible en la identificación de aquella frente combada, de aquellos ojos de animal, hundidos. Era, positivamente, la misma cara que yo había vislumbrado á la luz de la vela entre las rocas... la cara de Selden, el criminal.

Entonces, instantáneamente, todo se hizo claro para mí. Recordé que el *Baronet* había regalado á Barrymore sus ropas viejas. Y Barrymore había dispuesto de ellas, evidentemente, para ayudar á Selden en su fuga. Botines, camisa, gorra... todo era de sir Enrique. La causa que había determinado esta tragedia estaba bastante obscura todavía; pero, al fin y al cabo, el hombre se había hecho acreedor á la pena de muerte, según las leyes de su país. Con el corazón rebosando de gratitud y júbilo recordé á Holmes el regalo del *baronet* á Barrymore.

—Entonces, las ropas han sido la causa de la muerte de este infeliz—dijo Holmes.—Se ve bastante claro que el sabueso ha sido puesto sobre la pista por medio de algún objeto de sir Enrique... así se explica quizá que el animal haya perseguido á este hombre. Pero la cosa es muy extraña, á pesar de todo; ¿cómo pudo saber Selden, en la obscuridad, que el sabueso estaba sobre su rastro?

—Lo habrá oído.

—El simple hecho de oir el ladrido de un perro de presa en el páramo no puede haber llevado á un hombre endurecido como éste á un paroxismo tal de terror que lo hiciera pedir socorro á gritos desesperados, corriendo el riesgo de ser capturado. A juzgar por sus gritos, ha debido correr largo trecho desde el momento que supo que el animal lo olfateaba. ¿Cómo pudo saber esto?

—Mayor misterio me parece á mí el de que el sabueso, suponiendo que todas nuestras conjeturas sean correctas...

—Yo no supongo nada.

—Bueno, entonces... que el sabueso estuviera suelto esta noche. Creo que no andará siempre vagando por el páramo. Stapleton no lo habría soltado, me parece, á menos que tuviera razones para pensar que sir Enrique había salido de la casa.

—La dificultad que yo veo es más importante que la suya; porque creo que muy pronto hemos de tener la explicación de ésta, mientras que la mía puede permanecer eternamente en el misterio. La cuestión, ahora, es resolver qué hay que hacer con el cadáver de este pobre desgraciado. No podemos abandonarlo aquí á los zorros y á los cuervos.

—Opino que lo depositemos en alguna de las cabañas hasta que podamos dar aviso á la policía.

—Muy bien pensado. Creo que los dos solos podremos llevarlo hasta allá... ¡Hola, Watson! ¿qué es esto?... ¡Pues no es el individuo en cuerpo y alma! ¡Por vida de lo más audaz y portentoso que hay en el mundo!... ¡No diga, Watson, una palabra que revele nuestras sospechas!... ¡ni una palabra, ó todos mis planes se irán al suelo!

Un bulto iba aproximándose hacia nosotros á

través del páramo, y vi el fulgor rojizo de un cigarro. La luz de la luna dió sobre él, y entonces reconocí la figura animada y el paso airoso del naturalista. Al vernos se detuvo, pero en seguida continuó andando.

—¡Cómo, doctor Watson! ¿es usted, no? ¡La última persona que hubiera esperado ver yo en el páramo á estas horas de la noche! Pero, amigo, ¿qué es esto? ¿Algún herido? ¡No... no me digan que es nuestro amigo sir Enrique!...

Pasó precipitadamente por delante de mí, y se agachó sobre el cadáver. Sentí que hacía una fuerte aspiración, y el cigarro se desprendió de sus dedos.

—¿Quién... quién es éste?—tartamudeó.

—Es Selden, el presidiario que se escapó de Princetown.

Stapleton volvió hacia nosotros su cara, la cara de un espectro; pero, haciendo un esfuerzo sobrehumano, dominó en un instante su sorpresa y su decepción. Sus miradas penetrantes se clavaban en Holmes y en mí.

—¡Santo Dios! ¡Qué espectáculo tan horrible! ¿Cómo ha muerto?

—Parece que se quebró la nuca al caer de estas rocas. Mi amigo y yo nos paseábamos por el páramo cuando oímos un grito.

—Yo también oí un grito. Eso fué lo que me hizo salir de casa. Estaba intranquilo por sir Enrique.

—¿Por qué precisamente por sir Enrique?—no pude dejar de preguntarle.

—Porque yo lo había invitado á venir á casa. Estaba extrañando su tardanza, y, naturalmente, me alarmé al pensar en él cuando oí gritos en el

páramo. Á propósito—agregó,—clavando otra vez los ojos en mí y en Holmes, sucesivamente;—¿oyeron ustedes alguna otra cosa además del grito?

—No—dijo Holmes;—¿y usted?

—Tampoco.

—¿Á qué se refiere, entonces?

—¡Oh! Ustedes conocen las fábulas que cuentan los campesinos respecto á un sabueso fantasma y todo lo demás. Dicen que se le oye de noche en el páramo. Y yo me preguntaba si habría habido señales de una cosa así esta noche.

—No hemos oído nada de eso—dije.

—¿Y cuál es su teoría sobre la muerte de este pobre hombre?—me preguntó Stapleton.

—No tengo la menor duda de que su ansiedad y el peligro que corría le han hecho perder la cabeza. Se ha puesto á correr por el páramo en un estado de locura, y por accidente se ha precipitado aquí, quebrándose la nuca.

—Ésta parece ser la teoría más razonable—dijo Stapleton, y dió un suspiro que tomé por señal de alivio.—¿Y usted, qué piensa al respecto, señor Sherlock Holmes?

Mi amigo se inclinó haciendo un saludo.

—Es usted rápido para reconocer á las personas—le dijo.

—Naturalmente, puesto que estamos esperando á usted por aquí desde que llegó el doctor Watson. Ha llegado usted á tiempo de ver una tragedia.

—Así es... Pues yo no tengo la menor duda de que la teoría de mi amigo explica perfectamente lo sucedido. Tendré que llevarme mañana este recuerdo desagradable al volver á Londres.

—¡Ah! ¿Se marcha usted mañana?

—Esa es mi intención.

Espero, sin embargo, que su visita habrá hecho alguna luz sobre estos sucesos que nos tienen intrigados.

Holmes se encogió de hombros.

—Uno no puede tener siempre el buen éxito que espera. Un investigador necesita hechos, no leyendas ni rumores. Este no ha sido para mí un caso satisfactorio.

Mi amigo hablaba en el tono más franco y despreocupado. Stapleton seguía mirándolo fijamente. Después se volvió á mí.

—Yo estaría porque llevásemos este pobre hombre á mi casa, pero el verlo le causaría seguramente tal susto á mi hermana, que no me animo á proponer este recurso. Creo que, si le cubriésemos la cara con algo, podrá estar seguro aquí hasta el día.

Y así se hizo. Resistiéndose luego al ofrecimiento de hospitalidad que le hizo Stapleton, Holmes se dirigió conmigo á Baskerville Hall, dejando al naturalista que regresara solo. Mirando hacia atrás, vimos la figura de éste que se alejaba lentamente por el vasto páramo; y detrás de ella, aquel borrón negro sobre la plateada meseta, que revelaba el sitio donde yacía el hombre que tan horrible fin había tenido.

—¡Ya estamos, al fin, cuerpo á cuerpo!—dijo Holmes, mientras cruzábamos el páramo.—¡Qué nervios los del individuo! ¡Cómo pudo conservar su entereza ante lo que debe haber sido para él un golpe fulminante: el ver que la víctima de sus maquinaciones era otro hombre! Se lo dije á usted en Londres, Watson, y se lo repito ahora:

nunca hemos tenido un adversario más digno de nuestro acero.

—Siento que él lo haya visto á usted.

—Yo también lo sentí al principio. Pero no había medio de evitarlo.

—¿Qué efecto cree usted que puede tener en los planes del individuo el hecho de que él sepa que usted está aquí?

—Esto puede obligarlo á ser más precavido, como también puede llevarlo á tomar en seguida medidas desesperadas. Como la mayor parte de los criminales inteligentes, éste ha de confiar demasiado en su propia habilidad y ha de imaginarse que nos ha engañado por completo.

—¿Por qué no lo hacemos arrestar ahora mismo?

—Mi querido Watson, usted ha nacido para ser hombre de acción. Su instinto es siempre hacer algo enérgico. Pero, suponiendo por un momento que lo hiciéramos arrestar esta noche, ¿qué demonios adelantaríamos con ello? No podemos probar nada contra él. ¡En esto estriba toda su diabólica astucia! Si el hombre estuviera sirviéndose de un instrumento humano, podríamos conseguir alguna prueba contra él; pero si tenemos que sacar al perro á la luz del día, éste no nos ayudará á poner á su amo la soga al cuello.

—Pero hay lugar á la acusación, positivamente.

—No tenemos ni la sombra de un fundamento... No hay más que sospechas y conjeturas. Nos echarían del tribunal á carcajadas si nos presentásemos con semejante historia y con semejantes pruebas.

—Tenemos la muerte de sir Carlos.

—Que apareció muerto, sin una señal en el cuerpo. Usted y yo sabemos que murió de terror simplemente, y sabemos también qué fué lo que le aterrorizó; pero, ¿cómo podríamos conseguir que doce estólidos jurados lo supieran? ¿Qué rastros hay de tal sabueso? ¿Dónde están las señales de sus colmillos? Todo el mundo sabe, por supuesto, que un perro de presa no muerde á un cadáver; y á nosotros nos consta que sir Carlos había muerto antes de que el animal lo alcanzara. Pero tenemos que probar todo esto, y no estamos todavía en condiciones de poder hacerlo.

—Perfectamente. ¿Y lo de esta noche?

—No estamos mejor, tampoco, con lo de esta noche. Una vez más, no hay relación directa entre el sabueso y la muerte del hombre. No llegamos siquiera á ver al sabueso. Lo oímos, pero no podríamos probar que corría sobre el rastro del infeliz. Habría una falta absoluta de motivo para esto. No, mi querido amigo; hay que resignarse con el hecho de que no tenemos hasta ahora en qué fundar la acusación, y pensar que este caso vale bien la pena de que corramos cualquier riesgo para poder establecerla.

—¿Y qué se propone usted hacer para esto?

—Tengo muchas esperanzas en lo que la señora Laura Lyons puede hacer por nosotros cuando se le explique el verdadero estado de cosas. Y aparte de esto, tengo mi propio plan. Bastante trabajo dará mañana toda esta infamia; pero espero que, antes de que termine el día, habré conseguido, al fin, ponerle el pie sobre el cuello al muy canalla.

No pude sacarle nada más á Holmes, que, desde aquel instante, se absorbió en sus pensamien-

tos, hasta las mismas puertas de Baskerville Hall.

—¿Va á subir?

—Sí; ya no hay razón alguna para que me oculte. Pero... oiga mi última palabra, Watson. No diga nada á sir Enrique respecto al sabueso. Déjelo que piense que la muerte de Selden ha ocurrido tal como Stapleton ha querido hacernos creer. El hombre tendrá así mejores nervios para las ordalías por que tendrá que pasar mañana, día en que, si recuerdo bien el informe de usted, se ha comprometido á comer con aquella gente.

—Y yo también.

—Entonces, usted debe excusarse y dejar que él vaya solo. Esto se arreglará fácilmente. Y ahora, aunque hayamos llegado demasiado tarde para comer, me parece que ésta no es una razón para que no tengamos ganas de cenar.

XIII

TENDIENDO LAS REDES

Sir Enrique sintió más placer que sorpresa al ver á Sherlock Holmes, porque hacía días que esperaba que los sucesos recientes lo hicieran bajar de Londres. Alzó las cejas, sin embargo, cuando advirtió que mi amigo no traía equipaje ni daba explicación alguna por la falta de éste. Entre los dos nos arreglamos para servir sus necesidades; y después, durante la cena demorada, Holmes y yo

explicamos al *baronet* todo aquello de nuestra aventura que nos pareció prudente poner en su conocimiento. Pero antes tuve que desempeñar la misión desagradable de comunicar la noticia de la muerte de Selden á Barrymore y á su mujer. Esto ha de haber sido para él un alivio enorme; pero ella lloró amargamente, con el delantal en la cara. Para todo el mundo, Selden había sido el criminal empedernido, medio animal y medio demonio; pero para ella, Selden fué siempre la criatura voluntariosa de su niñez, el chiquillo que ella había conducido de la mano. Muy malo ha de ser, en verdad, el hombre que no tenga siquiera uno que lo llore.

—He estado aburriéndome en la casa todo el día, desde que Watson salió esta mañana—dijo el *baronet*.—Me parece que merezco alguna confianza, desde que he cumplido mi promesa. Si no hubiera jurado no salir solo, hoy habría pasado una velada muy entretenida, porque recibí un recado de Stapleton pidiéndome que fuera á verlo.

—No tengo la menor duda de que habría pasado usted una velada muy entretenida—dijo Holmes secamente.—A propósito, ¿no sabe usted que hemos estado llorándolo en la creencia de que era usted el que se había quebrado la nuca?

Sir Enrique abrió grandes los ojos.

—¿Cómo así?

—Aquel desgraciado estaba vestido con las ropas de usted. Temo que su sirviente, el que se las dió, tenga que ser molestado por la policía.

—No es probable. Me parece que no estaba marcada ninguna de esas piezas.

—Es una suerte para él... Mejor dicho, es una suerte para todos ustedes, puesto que todos us-

tedes se han puesto contra la ley en este asunto. No puedo asegurar que, como pesquisante escrupuloso, mi primer deber no fuera arrestar á todos los ocupantes de esta casa. Los informes de Watson son documentos en extremo acusadores.

—¿Pero qué hay sobre nuestro asunto?—preguntó el *baronet*.—¿Ha sacado usted algo en limpio de este embrollo? No sé que Watson y yo hayamos adelantado gran cosa desde que estamos aquí.

—Creo que antes de mucho he de estar en condiciones de hacer un tanto más clara para usted la situación. Este ha sido un asunto extremadamente difícil y complicado. Hay varios puntos todavía sobre los cuales necesitamos hacer un poco de luz... pero esta luz ya está cerca, á pesar de todo.

—Tuvimos una aventura, señor Holmes, como Watson se lo habrá dicho ya, sin duda. Hemos oído al sabueso en el páramo. De modo que ahora puedo jurar que no todo es una vana superstición. He tenido algo que ver con perros mientras estuve en América, y con sólo oir á uno sé qué clase de animal es. Si usted puede ponerle un bozal y una cadena á éste, estoy dispuesto á declarar que es usted el pesquisante más grande de cuantos pueden haber existido en todas las épocas.

—Creo que podré embozarlo y encadenarlo perfectamente, si me presta usted su ayuda.

—Haré cuanto usted me diga que haga.

—Muy bien; y le voy á pedir que lo haga ciegamente, sin preguntar nunca la razón.

—Como usted quiera.

—Si usted hace esto, creo que todas las proba-

bilidades están por que nuestro problemita quedará resuelto muy pronto. No tengo duda...

Holmes se interrumpió de pronto, y clavó los ojos en el vacío, encima de mi cabeza. La luz de la lámpara daba en su rostro, y tan absorto estaba éste y tan rígido, que podría haber sido el de una estatua clásica, de finísimo relieve, la personificación de la vigilancia y de la expectativa.

—¿Qué hay?—exclamamos los dos á un tiempo.

Pude ver, cuando mi amigo bajó la mirada, que se esforzaba por reprimir una emoción íntima. Sus facciones estaban serenas, pero sus ojos brillaban de júbilo.

—Disculpen la admiración de un perito—dijo indicando con la mano la línea de retratos que cubrían el muro que tenía delante.—Watson no quiere admitir nunca que yo conozco un poco de arte, pero esto es simple celo de su parte, porque nuestras vistas sobre la materia son diferentes. Ahora, bien: esta es, realmente, una serie muy hermosa de retratos.

—Me alegra oir decir á usted eso—dijo sir Enrique mirando con alguna sorpresa á mi amigo.—Yo no pretendo saber mucho sobre estas cosas, y sería mejor juez de un caballo ó de un novillo, que de un cuadro. No sabía que tuviera usted tiempo para ocuparse de cuestiones de este género.

—Sé lo que es bueno cuando lo veo, y ahora lo estoy viendo. Aquél es un Kneller, apostaría: aquella dama de seda azul, allá arriba. Y aquel bravo caballero de peluca, debe ser un Reynolds. Supongo que todos son retratos de familia.

—Todos.

—¿Sabe usted los nombres?

—Barrymore ha estado instruyéndome especial-

mente al respecto, y creo que puedo dar la lección bastante bien.

—¿Quién es aquel caballero con el anteojo?

—Ese es el contralmirante Baskerville, que sirvió á las órdenes del barón Rodney, en las Indias Occidentales. Aquel de casaca azul con un rollo de papel, es sir Guillermo Baskerville, que fué presidente de comisiones de la Cámara de los Comunes, en la época de Pitt.

—¿Y este caballero frente á mí... éste de terciopelo negro y encajes?

—¡Ah! Sobre ese tiene usted derecho á saber algo. Ese es la causa de todos nuestros males, ese es el perverso Hugo, el que estrenó el Sabueso de los Baskerville. No es probable que lleguemos á olvidarnos de él.

Miré el retrato con interés y sorpresa.

—¿De veras?—exclamó Holmes.—Parece un hombre bastante tranquilo y de maneras suaves; pero se podría decir que tenía un demonio embos- cado en los ojos. Me lo había figurado una persona más corpulenta y más brusca.

—No cabe duda sobre su autenticidad, porque el nombre y la fecha, 1647, están al dorso de la tela.

Holmes no habló más, pero el cuadro del viejo matachín parecía ejercer sobre él una fascinación, y sus ojos estuvieron constantemente fijos en él durante la cena. Sólo después que sir Enrique se hubo retirado á su aposento, fué cuando pude conocer el giro de los pensamientos de mi amigo. Me llevó otra vez á la sala de festines, alumbrando el camino con la luz de su palmatoria, y levantó ésta á la altura del descolorido retrato pegado al muro.

—¿Ve usted algo aquí?

Contemplé el ancho sombrero con plumas, los bucles en espiral, el blanco cuello de randa, y el rostro estirado, severo, encuadrado por todo eso. No era una fisonomía hosca, sino acicalada, rígida y áspera, con labios finos y apretados, y ojos fríos é intolerantes.

—¿Lo encuentra parecido á algún conocido suyo?

—Tiene algo de sir Enrique por la mandíbula.

—Un leve indicio, quizá. Pero espere un momento.

Se subió á una silla, y sosteniendo siempre la luz en la mano izquierda, arqueó el brazo derecho y lo asentó sobre el ancho sombrero y sobre los ensortijados bucles.

—¡Santo Dios!—exclamé asombrado.

Era la cara de Stapleton la que surgía de la tela.

—¡Ajá! Ahora lo ha visto. Mis ojos están habituados á examinar caras y no sus adornos. La primera condición de un investigador es la de que pueda ver á través de un disfraz.

—¡Pero esto es maravilloso! ¡Podría ser el mismo retrato de Stapleton!

—Sí; es un interesante caso de atavismo, que parece ser tanto físico como moral. El estudio de los retratos de familia, es suficiente para convertir á un hombre á la doctrina de la reencarnación. El individuo es un Baskerville... esto es evidente.

—Y con intenciones respecto á la sucesión.

—Exactamente. Esta casualidad del retrato nos ha suministrado uno de los eslabones cuya falta era más notable. ¡Lo tenemos al hombre, Watson! ¡lo tenemos!... Y me atrevería á jurar que

antes de mañana á la noche estará revoloteando dentro de nuestra red, tan imposibilitado como una de sus mismas mariposas. Un alfiler, un corcho y una tarjeta, y lo agregaremos á nuestra colección de Baker Street.

Y, al separarse del cuadro, Holmes prorrumpió en uno de sus raros accesos de hilaridad. No lo he visto reir muchas veces, y cuando lo ha hecho, la cosa ha presagiado mal para alguien.

Me levanté temprano á la mañana siguiente, pero Holmes estaba en pie hacía ya tiempo; porque, cuando me vestía, lo vi entrar en la casa por el camino de los carruajes.

—Sí; tendremos hoy un día de gran tarea—me dijo, y se restregó las manos contento ante la perspectiva del trabajo.—Las redes están todas en su sitio, y ahora va á empezar el arrastre. Antes de que termine el día podremos saber si hemos pescado á nuestro respetable sollo de quijadas flacas, ó si se nos ha escapado por entre las mallas.

—¿Ha estado ya en el páramo?

—He mandado desde Grimpen un aviso á Princetown, comunicando la muerte de Selden. Creo poder prometer que ninguno de ustedes será molestado por este asunto. Y me he puesto también en comunicación con mi fiel Cartwright, que seguramente se habría estado consumiendo á la puerta de mi cabaña, como un perro sobre la tumba de su dueño, si no me hubiera apresurado á tranquilizar su espíritu respecto á mi seguridad.

—Y ahora, ¿qué va á hacer?

—Ver á sir Enrique. ¡Ah, aquí está!

—Buenos días, señor Holmes—dijo el *baronet*. —Parece usted un general que estuviera delinean-

do un plan de batalla con el jefe del estado mayor.

—Esta es mi situación precisamente. Watson estaba pidiendo órdenes.

—Entonces, yo hago otro tanto.

—Muy bien. Usted se ha comprometido, según tengo entendido, á comer esta noche con nuestros amigos los Stapleton.

—Y espero que usted vendrá con nosotros. Son gente muy hospitalaria, y estoy seguro de que se alegrarán muchísimo de ver á usted.

—Temo que Watson y yo tengamos que irnos hoy á Londres.

—¿A Londres?

—Sí; me parece que hemos de ser más útiles allá en estas circunstancias.

Al *baronet* se le alargó visiblemente la cara.

—Creía que ustedes me iban á acompañar hasta el fin de este asunto. El Hall y el páramo no son sitios muy agradables cuando uno está solo.

—Mi querido amigo, debe usted confiar en mí sin reserva, y hacer exactamente lo que le indique. Puede decir á sus amigos que hubiéramos tenido mucho gusto en ir con usted, pero que asuntos urgentes han exigido nuestra presencia en Londres. Sin embargo, esperamos estar de vuelta aquí muy pronto. ¿Se acordará usted de transmitirles este mensaje?

—Si usted insiste en irse...

—No hay otra alternativa, se lo aseguro.

Vi en la frente nublada del *baronet* que el hombre estaba profundamente disgustado por lo que consideraba nuestra deserción.

—¿Cuándo desean ustedes marcharse?—preguntó con frialdad.

—Inmediatamente después del desayuno. Nos iremos directamente á Coombe Tracey, pero Watson dejará aquí sus efectos en prenda de que volverá. Watson: convendría que enviase usted un billete á Stapleton, diciéndole que lamenta no poder ir.

—Tengo muchas ganas de volver á Londres con ustedes—dijo el *baronet*.—¿Por qué quedarme aquí solo?

—Porque éste es el puesto que le marca á usted el deber. Porque usted me ha dado su palabra de que hará lo que yo le diga, y porque yo le digo que se quede.

—Perfectamente, entonces. Me quedaré.

—Una indicación más: deseo que vaya usted en coche á Merripit House; pero, al llegar allá, despache su tartana, y haga saber á los Stapleton que se propone volver á pie á su casa.

—¿Cruzar á pie el páramo?

—Sí.

—¡Pero si eso es precisamente lo que usted me ha recomendado tantas veces que no haga!

—Esta vez podrá hacerlo sin ningún riesgo. Si yo no tuviera plena confianza en sus nervios y en su valor, no se lo aconsejaría; pero es indispensable que lo haga.

—Entonces lo haré.

—Y si estima en algo su vida, no cruce el páramo por ninguna parte sino siguiendo el estrecho sendero que va de Merripit House al camino de Grimpen; que es, por otra parte, la vía que debe usted tomar, naturalmente, para llegar á su casa.

—Haré tal como usted dice.

—Muy bien. Quisiera salir de aquí lo más pron-

to posible, después del desayuno, para poder llegar á Londres esta misma tarde.

Me sorprendió mucho este programa, aunque recordaba que Holmes había dicho á Stapleton, la noche anterior, que su visita terminaría al día siguiente. No había cruzado por mi mente, sin embargo, la idea de que mi amigo podía llegar á manifestar el deseo de que yo lo acompañara, ni alcanzaba á comprender cómo podíamos estar los dos ausentes en un momento que él mismo había declarado ser crítico. Pero no había más que hacer que obedecer sin reserva; de modo que nos despedimos de nuestro apesadumbrado amigo, y un par de horas después estábamos en la estación de Coombe Tracey, donde despachamos el coche, que emprendió el viaje de regreso. Un muchacho estaba esperándonos en el andén.

—A sus órdenes, señor—dijo á Holmes.

—Toma este tren para Londres, Cartwright. En cuanto llegues dirige un telegrama á sir Enrique Baskerville, con mi firma, diciéndole que si sé encuentra mi cartera de apuntes, que se me ha perdido en su casa, que me la envíe á Baker Street, por correo certificado.

—Está bien, señor.

—Ahora vé á preguntar en el telégrafo de la estación si hay algo para mí.

El muchacho volvió con un telegrama que Holmes me pasó. Decía: «Recibí despacho. Voy allá »con auto de prisión sin firma. Llegaré cinco cua»renta.—*Lestrade*.»

—Es la contestación del mío de esta mañana... Este hombre es el mejor de los profesionales, á mi juicio, y quizá lleguemos á necesitar su ayuda. Ahora, Watson, creo que en lo mejor que po-

demos pensar, si queremos emplear bien el tiempo, es en hacer una visita á su conocida, la señora Laura Lyons.

Con esto empezó á hacerse evidente para mí el plan de campaña de Holmes. Se iba á servir del *baronet* para convencer á los Stapelton de que nos habíamos ido positivamente á Londres, mientras que, en realidad, volveríamos al páramo para encontrarnos en él en el momento en que, probablemente, íbamos á ser necesarios. Aquel telegrama de Holmes, fechado en Londres, desvanecería toda sospecha de parte de los Stapleton, si sir Enrique llegaba á citarlo. Me parecía ver ya que nuestras redes iban estrechándose alrededor del respetable sollo de quijadas flacas.

La señora Laura Lyons estaba en su oficina, y Sherlock Holmes abrió la entrevista con tal franqueza y tan derechamente, que la dama se sorprendió de una manera considerable.

—Estoy investigando las circunstancias en que ocurrió la muerte de sir Carlos Baskerville—le dijo.—Mi amigo, el doctor Watson, me ha comunicado ya lo que usted ha declarado, y también lo que ha reservado, respecto á este asunto.

—¿Qué es lo que he reservado?—preguntó la dama provocativamente.

—Usted ha confesado que le pidió á sir Carlos que estuviera en el portillo á las diez; esto es, en el lugar y á la hora en que ocurrió su muerte. Y usted se ha reservado la relación que existe entre uno y otro hecho.

—No hay ninguna relación.

—En tal caso la coincidencia tiene que ser muy extraordinaria, por cierto. Pero creo, señora, que hemos de lograr dejar sentada esta relación, á pe-

sar de todo. Quiero ser completamente franco con usted, señora Lyons. Consideramos que este caso es, en resumen, un caso de asesinato, en el que están complicados, no sólo su amigo, el señor Stapleton, sino también la esposa de éste.

La dama se puso de pie bruscamente.

—¡Su esposa!—exclamó.

—Sí; la cosa no es ya un secreto. La persona que ha estado pasando por hermana de él es en realidad su esposa.

La señora Lyons había vuelto á sentarse. Sus manos se aferraban á los brazos del sillón, y vi que sus uñas rosadas se ponían blancas: tan fuertemente apretaban.

—¡Su esposa!—repitió.—¡Su esposa! ¡Pero si no era casado!

Sherlock Holmes se encogió de hombros.

—¡Pruébemelo! ¡Pruébemelo! ¡Y si lo consigue!...

El brillo furibundo de los ojos de la dama dijo más que sus palabras.

—He venido preparado para eso—declaró Holmes, sacando del bolsillo varios papeles.—Aquí tiene usted una fotografía de la pareja, tomada en York hace cuatro años. En el dorso está escrito: «Señor y señora Vandeleur,» pero no le será á usted difícil reconocerlo á él; y á ella también, si alguna vez la ha visto. Aquí tiene usted tres descripciones firmadas por testigos respetables, que conocieron al señor y á la señora Vandeleur en la época en que éstos tenían á su cargo la escuela particular de San Oliverio. Léalas, y verá si puede dudar de la identidad de ellos.

La señora Lyons echó apenas una ojeada á los informes, y en seguida alzó los ojos y nos miró

con el semblante estirado, rígido, de una mujer desesperada.

—Señor Holmes—dijo;—este hombre había prometido casarse conmigo si yo conseguía divorciarme de mi marido. Me ha mentido, el infame, de una manera increíble. Nunca, en resumen, me ha dicho una sola palabra de verdad. ¿Y por qué? ¿por qué?... Yo creía que todo era para bien mío. Pero ahora veo que nunca fuí más que un instrumento en sus manos. ¿Por qué habría de ser yo leal con él, si él nunca fué leal conmigo? ¿Por qué habría de procurar salvarlo de las consecuencias de sus maldades? Pregúnteme usted lo que quiera, que no hay nada que tenga que ocultar. Una cosa le juro; y es que, cuando escribí la carta, no pensé de ningún modo en hacer el menor daño al anciano caballero, que era mi mejor amigo.

—Lo creo absolutamente, señora—dijo Holmes. —El relato de estos sucesos debe serle á usted muy penoso, y quizá será más fácil que le cuente yo lo que ocurrió, y que usted me corrija si cometo algún error de hecho. El envío de la carta le fué sugerido á usted por Stapleton.

—El mismo me la dictó.

—Supongo que la razón que le dió para esto fué la de que usted obtendría la ayuda de sir Carlos para los gastos judiciales que exigiría su demanda de divorcio.

—Exactamente.

—Y después, cuando usted hubo enviado la carta, él la disuadió de concurrir á la cita.

—Me dijo que había considerado que ofendería su dignidad el hecho de que otro hombre diera dinero para un objeto así; y que, aun cuando él era

pobre, dispondría hasta del último penique para remover los obstáculos que nos separaban.

—El hombre parece ser de un carácter muy íntegro. Y luego, ¿no supo usted nada hasta que leyó en el diario la noticia de la muerte de sir Carlos?

—Nada.

—¿Y le hizo jurar él el más absoluto secreto sobre su cita con el anciano?

—Me lo hizo jurar. Me dijo que la muerte de sir Carlos era muy misteriosa, y que se sospecharía de mí, seguramente, si salían á luz los hechos. Me asustó para que guardara silencio.

—Justamente. Pero usted tenía sus sospechas...

La dama titubeó y bajó los ojos.

—Yo lo conocía bien—dijo.—Pero, si él hubiera sido leal conmigo, yo habría procedido siempre, respecto á él, como lo hice entonces.

—Creo que, en resumen, usted ha hecho una buena escapada—dijo Holmes.—Usted lo ha tenido á él en su poder, y él lo sabía, y, sin embargo, usted está viva. Durante algunos meses ha estado usted andando muy cerca del borde de un precipicio. Bueno. Ahora no tenemos más que hacer que desearle á usted un buen día, señora Lyons, y decirle que es probable que muy pronto vuelva á tener noticias nuestras.

—Nuestra causa se redondea, y las dificultades van reduciéndose unas tras otras, delante de nosotros—dijo Holmes cuando estábamos de vuelta en la estación y esperábamos la llegada del expreso de Londres.—Pronto estaré en condiciones de poder condensar en un todo único y coherente uno de los crímenes más singulares y sensacionales de estos tiempos. Los estudiosos de criminología han

de recordar los casos análogos de Grodno, en la Pequeña Rusia, en 1866, y, por supuesto, los crímenes de Anderson en la Carolina del Norte; pero nuestro caso presenta algunos rasgos que le son enteramente propios. Hasta este momento, todavía no podemos formular una acusación claramente determinada contra este hombre tan astuto; pero mucho me sorprendería el que esto no quedara arreglado hoy mismo, antes de irnos á dormir.

El expreso de Londres entró rugiendo en la estación, y un hombrecito, especie de *bulldog* de mucho aguante, saltó de un coche de primera clase. Cambiamos con él un apretón de manos, y vi en seguida, por la manera respetuosa como miraba á mi compañero, que el hombre había aprendido bastante desde el tiempo en que, por primera vez, había trabajado junto con mi amigo. Recordé en aquel momento el desdén que las teorías del razonador habían provocado entonces en el hombre práctico.

—¿Tenemos algo bueno?—preguntó.

—El asunto más gordo desde hace años—dijo Holmes.—Hay dos horas por delante hasta el momento en que tengamos que ponernos á pensar en el viaje. Me parece que sería bueno que las empleáramos en tomar algún alimento; después, Lestrade, trataremos de quitarle á usted de la garganta la niebla de Londres, haciéndole respirar por un momento el aire puro de la noche en el páramo de Dart. ¿No ha estado usted nunca allá? ¡Ah, bueno!... No creo, entonces, que llegue á olvidar usted nunca la primer visita que le haga.

XIV

EL SABUESO DE LOS BASKERVILLE

Uno de los defectos de Sherlock Holmes, si realmente puede llamarse á esto un defecto, era el de que se mostrara siempre poco dispuesto á comunicar íntegramente sus planes á otra persona, hasta el instante mismo de su realización. En parte, esto provenía sin duda de su naturaleza despótica, que se complacía en dominar y en admirar á los que tenía á su alrededor. En parte, también, de su cautela profesional, que lo incitaba á no aventurarse nunca. Pero lo cierto es que esto resultaba muy penoso para los que actuaban como agentes ó ayudantes suyos. Muchas veces había tenido yo que sufrir por esta causa, pero nunca he penado tanto como en el curso de aquel largo viaje en medio de la obscuridad. El momento de la terrible prueba había llegado ya; al fin íbamos á hacer el esfuerzo final; y, sin embargo, Holmes no decía nada; y yo, apenas si me era dado hacer otra cosa que conjeturar cuál podría ser el curso de sus operaciones. Mis nervios se estremecieron anticipadamente cuando, por fin, el viento helado que nos azotaba el rostro, y los espacios negros, huecos, á cada lado del camino angosto, me revelaron que estábamos ya en el páramo. Cada tronco de los caballos, cada vuelta de las ruedas, iba

acercándonos cada vez más á nuestra suprema aventura.

La presencia del conductor del *break* alquilado estorbaba nuestra conversación; de modo que tuvimos que hablar de asuntos triviales, mientras nuestros nervios se hallaban en un estado de tensión extrema, á fuerza de emoción y de presentimientos. Fué para mí un alivio, después de este refrenamiento antinatural, el ver que dejábamos atrás la casa de Frankland y nos acercábamos al fin al Hall y al campo de acción. No llegamos hasta la puerta de la casa; nos apeamos cerca de la verja del parque. Holmes pagó al conductor y le ordenó que volviera en seguida á Coombe Tracey; y entonces nos encaminamos en dirección á Merripit House.

—¿Lleva armas, Lestrade?

El pesquisante sonrió.

—Mientras tenga los pantalones puestos, tendré también un bolsillo posterior; y mientras tenga un bolsillo posterior, tendré siempre algo dentro de él.

—Perfectamente. Mi amigo y yo también estamos preparados para cualquier emergencia.

—Se muestra usted tremendamente reservado sobre este asunto, señor Holmes. ¿Qué partida es ésta?

—Una partida de acecho.

—Palabra de honor, que el sitio no parece muy alegre—dijo el pesquisante, estremeciéndose, y echando una mirada circular á las tétricas faldas de las colinas y al vastísimo lago de niebla que se extendía sobre la Gran Ciénaga de Grimpen.— Veo las luces de una casa delante de nosotros.

—Esa es Merripit House, y el término de

nuestra jornada. Tengo que pedirle que camine en puntillas y que cuchichee apenas.

Nos metimos cautelosamente en el sendero, como si nos dirigiéramos á la casa; pero Holmes nos mandó hacer alto cuando estuvimos á unas doscientas yardas de ella.

—Es bastante—dijo.—Estas rocas, á la derecha, forman una cortina admirable.

—¿Vamos á esperar aquí?

—Sí; el sitio es excelente para una emboscada. Métase en este agujero, Lestrade. Usted ha estado dentro de la casa ¿no es así, Watson? ¿Puede decir cuál es la posición de las piezas? ¿Qué ventanas son éstas, las que tienen enrejado, en esta esquina del edificio?

—Creo que son las de la cocina.

—¿Y aquella más allá, tàn iluminada?

—Aquélla es, seguramente, la del comedor.

—Las cortinillas están alzadas. Usted conoce mejor los accidentes del terreno. Adelántese á la rastra, con cuidado, y vea qué es lo que están haciendo... pero ¡por Dios! no vaya á hacerles saber que estamos espiándolos.

Bajé en puntillas por el sendero; y, al llegar á la pared baja que cerraba la huerta achaparrada, me agaché detrás de ella. Arrastrándome entonces á la sombra de la cerca, llegué á un sitio desde el cual podía ver el interior de la pieza, á través del vidrio descubierto.

No había más que dos hombres en ella: sir Enrique y Stapleton. Estaban sentados, de perfil á la ventana, uno á cada lado de la mesa. Los dos fumaban cigarros y tenían por delante café y vino. Stapleton hablaba animadamente, pero el *baronet* parecía pálido y preocupado. Tal vez el pen-

samiento de aquella caminata solitaria á través del ominoso páramo pesaba de una manera opresiva en su espíritu.

Estaba observándolos cuando vi que Stapleton se levantaba y salía de la pieza, en tanto que sir Enrique llenaba otra vez su vaso y se retrepaba en la silla, chupando el cigarro. Oí el chirrido de una puerta y el vivo crujir de la arena bajo las pisadas de alguien.

Estas pisadas pasaron por junto á mí, á lo largo del camino que corría del otro lado de la pared detrás de la cual estaba yo agazapado. Mirando por encima de ella vi que el naturalista iba á detenerse delante de la puerta de una casucha aislada en un ángulo de la huerta. Giró la llave en la cerradura de esta puerta, y, al entrar el naturalista, salió de allí un rumor curioso... como de retozos. Sólo estuvo adentro un minuto, ó cosa así. En seguida volví á oir el ruido de la llave, y el naturalista pasó por delante de mí y entró otra vez en la casa. Lo vi reunirse á su huésped. Entonces me deslicé cautelosamente hasta el lugar donde estaban esperándome mis compañeros, y les conté lo que había visto.

—¿Dice usted, Watson, que la mujer no está allí?—me preguntó Holmes cuando hube terminado mi relato.

—No la he visto.

—¿Y dónde puede estar, entonces, si no hay luz en ninguna pieza excepto en la cocina?

—No me imagino dónde puede estar.

He dicho ya que sobre la Gran Ciénaga flotaba aquella noche una niebla densa y blanca. Venía arrastrándose lentamente en dirección á nosotros, y formaba ya de aquel lado una especie de mura-

lla baja, pero gruesa y bien definida. La luz de la luna caía sobre ella y le daba el aspecto de un gran ventisquero reluciente, en cuya superficie descansaran las cimas de los picachos y de las colinas distantes. Holmes había vuelto la cara hacia ella, y gruñía impacientemente al observar su pausado movimiento.

—Viene hacia nosotros, Watson.

—¿Importa algo eso?

—Muchísimo. En realidad, esto sería la única cosa en el mundo que podría desbaratar mis planes. Pero el *baronet* no ha de tardar mucho ahora. Ya son las diez. Nuestro buen éxito, y la misma vida de él, pueden depender de que salga antes de que la niebla esté sobre el camino.

La noche era clara y hermosa sobre nuestras cabezas. Las estrellas brillaban frías y radiantes, mientras la luna, en cuarto creciente, bañaba toda la escena con una luz suave é incierta.

Delante de nosotros se alzaba la masa obscura de la casa, con su techo crestado y sus chimeneas erizadas, que se destacaban rígidamente sobre el cielo sembrado de lentejuelas de plata. Anchas barras de luz dorada salían de las ventanas bajas, extendiéndose sobre la huerta y el páramo. Una de estas ventanas se cerró de pronto. Los sirvientes se retiraban de la cocina. Sólo quedaba la luz del comedor, donde los dos hombres, el pérfido dueño de casa y su desprevenido huésped, continuaban charlando y fumando sus cigarros.

Minuto tras minuto, aquella frazada blanca, lanuda, que cubría la mitad del páramo, iba acercándose á nosotros. Ya los primeros hacecillos de la niebla empezaban á rizarse sobre el cuadrángulo de la ventana iluminada. La pared trasera

de la huerta se había hecho invisible, y los árboles surgían entre un remolino de vapor blanco. Veíamos los festones brumosos que venían resbalándose sobre las paredes laterales de la casa y doblaban las dos esquinas arrollándose lentamente hasta formar un cúmulo dentro, sobre el cual flotaban el piso alto y el techo como un bosque extraño en un mar fantástico. Holmes asentó nerviosamente su mano sobre la roca que teníamos delante, é impaciente, dió con el pie un golpe en el suelo.

—Si no sale antes de un cuarto de hora, encontrará el camino cubierto por la niebla. Dentro de treinta minutos no podremos vernos ni las manos.

—¿No convendría que fuéramos á colocarnos atrás, en terreno más alto?

—Sí; creo que sería mejor.

Entonces, á medida que el banco de niebla se desbordaba hacia nosotros, nosotros fuímos retrocediendo delante de él hasta que estuvimos como á media milla de la casa; pero aquel denso mar blanco, plateado por la luna en su borde superior, seguía extendiéndose lenta é inexorablemente.

—Nos alejamos demasiado—dijo Holmes.—No debemos dar lugar á que el hombre sea alcanzado antes de que llegue adonde estamos. Tenemos que quedarnos aquí á toda costa.

Holmes se puso de rodillas y pegó el oído al suelo.

—¡Gracias á Dios! Me parece que lo oigo.

El rumor de unos pasos precipitados rompió el silencio del páramo. Agazapándonos entre las piedras miramos ansiosamente el cerro movible, ribeteado de plata, que teníamos delante. Los pa-

sos iban haciéndose más fuertes; y de pronto, abriéndose paso á través de la niebla, como si ésta fuera una cortina, apareció el hombre que esperábamos. Echó á su alrededor una mirada de sorpresa, al salir á la claridad de la noche estrellada. Luego siguió andando rápidamente por el sendero, pasó por junto á donde estábamos, y se alejó, cuesta arriba, por la dilatada pendiente. Al caminar miraba continuamente á un lado y á otro, como si se sintiera incómodo.

—¡Chis!—exclamó Holmes, y oí el *cric* del gatillo de su revólver.—¡Miren! ¡ahí viene!

Se oía un débil pero vivo y continuo redoble de pisadas, en el mismo corazón de aquel banco de niebla flotante. La nube estaba ya como á cincuenta yardas de nosotros, y los tres teníamos clavados los ojos en ella, sin saber qué horror iba á surgir de allí repentinamente. Me acerqué más á Holmes y le dirigí una rápida mirada. Estaba pálido, pero su expresión era triunfante y sus ojos chispeaban á la luz de la luna; y de pronto, vi que los desviaba bruscamente para clavarlos, rígidos, en un punto, y que sus labios se entreabrían asombrados. En este mismo instante, Lestrade dió un grito de terror, y se echó de bruces al suelo. Yo me incorporé, asiendo con mano inerte mi revólver, fulminado también por la espantosa aparición que había saltado á nuestros ojos de entre los misterios de la niebla.

Era un perro, un perro enorme, negro como el carbón; pero un perro como no han visto nunca igual ojos mortales. Salía fuego de su boca entreabierta; sus ojos brillaban como ascuas; el hocico, los colmillos y la papada se le delineaban con fulguraciones trémulas. Ni el cerebro más

desordenado habría concebido nunca en sus sueños delirantes un monstruo más salvaje, más infernal, más aterrador que aquel bulto negro, de cabeza llameante, que surgió repentinamente á nuestros ojos.

A grandes saltos avanzaba el enorme animal por el camino, siguiendo los pasos de sir Enrique. De tal modo nos paralizó su aparición que, antes de que nos repusiéramos, el monstruo había pasado ya por delante de nuestro escondite. Entonces Holmes y yo hicimos fuego sobre él á un tiempo, y el animal lanzó un aullido horrible; lo que nos demostró que uno de los proyectiles, por lo menos, lo había alcanzado. En vez de pararse, sin embargo, continuó su carrera. A lo lejos, sobre el sendero, vimos entonces á sir Enrique que se había dado vuelta y miraba hacia atrás, con los brazos alzados, la cara blanca á la luz de la luna, los ojos clavados ansiosamente en el monstruo que lo perseguía.

Pero el grito de dolor de éste había dispersado todos nuestros recelos á los cuatro vientos. Si el monstruo era vulnerable, era también mortal; si podíamos herirlo, podíamos también matarlo. Nunca he visto correr á un hombre como corrió Holmes entonces. Me considero bastante ligero de pies, pero él me dejó tan atrás como había dejado yo al pesquisante. Delante de nosotros, y mientras volábamos por el camino, oíamos los gritos que, unos tras otros, daba sir Enrique; y, junto con ellos, el sordo rugido de la bestia. Llegué á tiempo de ver el animal saltar sobre su víctima, echarle al suelo y tirarle una dentellada en la garganta. Pero Holmes le había descargado ya en el flanco los cinco tiros restantes de su revól-

ver. Y lanzando un aullido de agonía y tirando al aire un zarpazo inútil, el gigantesco animal cayó de espaldas, agitando furiosamente sus cuatro remos hasta que se echó flojamente de costado. Me agaché, jadeando, y puse en su cabeza llameante, horrible, el cañón de mi revólver; pero no tuve que soltar el gatillo. El animal había muerto.

Sir Enrique yacía insensible donde había caído. Le arrancamos el cuello de la camisa, y Holmes balbució una acción de gracias, cuando vimos que no tenía señales de herida alguna, y que el auxilio había llegado á tiempo. Los párpados de nuestro amigo se estremecieron ya é hizo un débil esfuerzo para moverse. Lestrade le introdujo en la boca su frasco de aguardiente, y dos ojos espantados se clavaron en nosotros.

—¡Dios mío!—murmuró.—¿Qué era eso? ¿Qué era eso, en nombre del cielo?

—Sea lo que fuere, ya está muerto—dijo Holmes.—Hemos volteado al fantasma de los Baskerville para toda la eternidad.

Aun cuando sólo se hubiera tenido en cuenta su tamaño y su fuerza, era terrible el animal que yacía á nuestros pies. No era un dogo puro, ni tampoco un mastín puro; pero parecía ser una combinación de ambos... flaco, salvaje, y tan grande como una leona joven. En aquel momento todavía, á pesar del aniquilamiento de la muerte, sus enormes quijadas parecían estar goteando una luz azulada, y sus ojillos hundidos y crueles tenían un círculo luminoso. Puse la mano sobre el hocico fulgurante, y al levantarla, mis dedos ardieron y brillaron en la obscuridad.

—¡Fósforo!—exclamé.

—Sí; una ingeniosa preparación de ese simple—

dijo Holmes, husmeando el animal.—Pero no hubiera habido olor alguno capaz de perturbar su poderoso olfato. Tenemos que pedir á usted mil perdones, sir Enrique, por haberlo expuesto á este susto. Yo estaba preparado para un perro de presa, pero no para un animal como éste. Y la niebla no nos dió tiempo para recibirlo como debíamos.

—Usted me ha salvado la vida.

—Después de haberla puesto en peligro. ¿Se siente con fuerzas para quedarse solo?

—Dénme otro trago de aguardiente, y estaré dispuesto á cualquier cosa. Gracias. Ahora, si quieren ayudarme á levantarme... ¿Qué se proponen hacer?

—Dejarlo á usted aquí. No está usted para más aventuras esta noche. Si quiere esperarnos, alguno de nosotros vendrá más tarde á buscarlo y lo acompañará á su casa.

El *baronet* intentó ponerse de pie, pero estaba todavía mortalmente pálido, y todo el cuerpo le temblaba. Lo ayudamos á aproximarse á una roca, en la que se sentó, temblando siempre; y se cubrió el rostro con las manos.

—Vamos á dejarlo solo—le dijo Holmes.—Es preciso que hagamos lo que falta todavía de nuestra tarea, y los momentos son preciosos. La acusación ya está lista; lo único que nos falta ahora es el hombre.

—Hay mil probabilidades contra una de que no lo encontremos en la casa—continuó Holmes cuando volvíamos rápidamente sobre nuestros pasos por el camino.—Estos disparos deben haberle hecho ver que se le ha descubierto el juego.

—Estábamos algo lejos, y la niebla tal vez los haya amortiguado.

—El ha venido siguiendo al sabueso, para llamarlo... de esto no tenga usted duda. No, no; á estas horas ya habrá huído. Pero vamos á registrar la casa para estar seguros.

La puerta principal se hallaba abierta; de modo que hicimos irrupción en la casa, y nos precipitamos de pieza en pieza con gran estupefacción de un viejo criado tembleque que encontramos en el pasaje. No había luz más que en el comedor; Holmes sacó de allí la lámpara, y no quedó un solo rincón de la casa por registrar. Pero no pudimos descubrir señal alguna del hombre. En el piso alto, sin embargo, uno de los dormitorios estaba cerrado.

—¡Aquí adentro hay alguien!—gritó Lestrade.—¡Oigo un ruido! ¡Abran la puerta!

Se oyó dentro de la pieza un gruñido y un roce muy débil. Holmes asestó con la planta del pie un golpe contra el tablero, justamente arriba de la cerradura, y la puerta se abrió. Revólver en mano, los tres nos precipitamos dentro de la pieza.

Pero allí tampoco había señales del terrible y provocador bandido que buscábamos. En cambio, nos encontramos con un espectáculo tan extraño y tan inesperado, que por un momento nos quedamos mirándolo estupefactos.

La pieza había sido arreglada para un museo en pequeño, y las paredes estaban cubiertas de una multitud de cajas con tapas de cristal, destinadas á guardar aquella colección de mariposas cuya formación había sido el pasatiempo favorito de este hombre tan complejo y peligroso. En el centro del aposento había una viga perpendicular, colocada allí en alguna ocasión para que sirviera de pun-

tal al viejo y carcomido tirante de madera que sostenía de un extremo al otro el techo. A esta viga estaba atada una persona, tan envuelta y vendada por las cuerdas y las toallas con que la habían asegurado, que en el primer momento no nos fué posible discernir si se trataba de un hombre ó de una mujer. Una toalla le ceñía la garganta, y estaba anudada por detrás, sobre la viga. Otra le cubría la parte inferior del rostro; y, por arriba de ella, un par de ojos negros, llenos de dolor y de vergüenza, y de ansiosas interrogaciones también, se clavaban en nosotros. En un instante arrancamos la mordaza y desatamos las ligaduras, y la señora Stapleton se desplomó á nuestros pies. La hermosa cabeza se le cayó sobre el pecho, y pude ver en su nuca la clara roncha rojiza de un latigazo.

—¡Qué bruto!—exclamó Holmes.—¡Aquí, Lestrade!... ¡su frasco de aguardiente! Pónganla en una silla. Se ha desmayado de dolor y de extenuación.

La señora volvió á abrir los ojos.

—¿Se ha salvado *él*?—preguntó.—¿Se ha escapado?

—No se nos puede escapar, señora.

—No, no; no me refiero á mi marido. Sir Enrique ¿se ha salvado?

—Sí.

—¿Y el sabueso?

—Está muerto.

La señora Stapleton dió un largo suspiro de alivio.

—¡Dios sea loado! ¡Dios sea loado! ¡Oh, qué infame! ¡Vean cómo me ha puesto!

Se arremangó la blusa, y vimos con horror que

tenía los brazos completamente llenos de cardenales.

—Pero esto no es nada... nada—dijo.—¡El pensamiento y el alma es lo que me ha torturado y corrompido! Estaba dispuesta á sufrirlo todo... el mal trato, la soledad, una vida de eterno desengaño... todo, todo, con tal que pudiera asirme á la esperanza de que me amaba; pero ahora ya sé que en esto también me ha engañado... ya sé que no he sido para él más que un instrumento.

Y la infeliz estalló en vehementes sollozos.

—Usted no debe guardar más consideraciones á su esposo—le dijo Holmes.—Díganos, pues, dónde podemos encontrarlo. Si usted lo ha ayudado á él alguna vez en sus maldades, ayúdenos ahora á nosotros, y habrá expiado así su culpa.

—Sólo puede haber huído á un sitio—dijo ella;—á una mina de estaño abandonada, en un islote que está en el centro de la Ciénaga. Allá era donde escondía su perro, y allá también había hecho sus preparativos para poder contar con un refugio. Allá es donde debe estar ahora.

El banco de niebla cubría como una cortina de lana blanca la ventana. Holmes acercó á ésta la lámpara.

—Vean—dijo.—Nadie podría encontrar el camino á la Gran Ciénaga esta noche.

La señora Stapleton se echó á reir bruscamente, batiendo palmas. Sus ojos y sus dientes brillaban de alegría, de júbilo feroz.

—El podrá encontrar el camino que lo lleve al fondo de la Ciénaga, pero no por encima de ella—exclamó.—¿Cómo va á poder ver en una noche así las varillas del sendero? Las plantamos juntos, los dos, para marcar el camino á través de la Cié-

naga. ¡Oh! ¡Si hubiera podido ir á arrancarlas hoy! ¡Entonces sí que estaría ahora á merced de ustedes!

Nos pareció evidente que toda persecución era imposible mientras la niebla no se levantara. Por consiguiente dejamos á Lestrade en posesión de la casa, y Holmes y yo, volvimos con el *baronet* á Baskerville Hall. Ya no había por qué ocultar á nuestro amigo la historia de los Stapleton, y el hombre soportó valientemente el golpe cuando supo la verdad respecto de la mujer que amaba. Pero la emoción de las aventuras de la noche habían desconcertado sus nervios; y, antes de que llegara el nuevo día, yacía delirante, con una fiebre altísima, al cuidado del doctor Mortimer. Uno y otro estaban destinados á dar juntos la vuelta al mundo, antes de que sir Enrique volviera á ser el hombre sano y animoso que había venido á Inglaterra á hacerse cargo de la ominosa herencia.

***

Y ahora paso rápidamente á la conclusión de esta singular historia, en la que he tratado de hacer partícipe al lector, de aquellos sombríos temores y de aquellas vagas sospechas que por tanto tiempo nublaron nuestras vidas, y que terminaron de una manera tan trágica.

En la mañana siguiente á la noche de la muerte del sabueso, la niebla se había levantado, y, guiados por la señora Stapleton, fuimos al sitio donde el naturalista había encontrado un paso á través del pantanal. Pudimos medir bien todo el horror de la vida que esta pobre mujer había llevado, al ver la ansiedad y el júbilo con que nos puso en la pista de su marido. La dejamos en una estrecha península de tierra firme y turbera que iba á terminar en punta en el inmenso y profundo lodazal.

Desde el extremo de esta península, una pequeña vara plantada aquí y allá hacía ver por dónde iba serpenteando el sendero, de mata en mata, entre el juncal, en medio de aquellos pozos cubiertos de verde espuma y de aquellos tembladales inmundos que cerraban el paso al extraño.

Cañas vigorosas y plantas acuáticas obscuras y viscosas enviaban á nuestro olfato un olor á podredumbre y un pesado vapor miasmático, mientras que un paso en falso nos sumergía más de una vez hasta el muslo en el fangal sombrío, tembloroso, que se agitaba á nuestros pies con suaves ondulaciones, en un círculo de muchas yardas. La Gran Ciénaga se asía con tenaces garras á nuestros talones á medida que andábamos; y, cuando nos hundíamos en ella, era como si alguna mano perversa fuera atrayéndonos hacia aquellas siniestras profundidades... tan firme y tan resueltamente nos retenía. Sólo una vez vimos señales de que alguien había pasado por aquel camino peligroso antes que nosotros. Entre una mata de hierba cana que surgía sobre el lodo, se destacaba un pequeño bulto negro. Holmes se hundió hasta la cintura al desviarse del sendero, para poder recoger aquel objeto, y, á no haber estado allí nosotros para sacarlo á la rastra, nunca habría vuelto á poner los pies en tierra firme. Levantó un viejo botín negro en el aire. «Meyers, Toronto, Canadá», se leía impreso sobre el cuero en la parte interior.

—Vale bien un baño de fango—dijo Holmes.—Es el botín perdido del *baronet*.

—Arrojado aquí por Stapleton en su fuga.

—Exactamente. El hombre lo retuvo en la mano después de haberse servido de él para poner al sabueso sobre el rastro de nuestro amigo; y, aferrándolo siempre, huyó cuando conoció que se le había descubierto el juego, y se desprendió de él á esta altura de su fuga. Ahora sabemos que ha llegado sano y salvo hasta aquí, por lo menos.

Estábamos condenados, sin embargo, á no saber nada más de él, fuera de esto; aunque, en cambio, podíamos conjeturar mucho. Era absolutamente imposible descubrir pisadas en la Gran Ciénaga, porque el lodo que éstas levantaban se desleía rápidamente sobre la huella; pero cuando al fin llegamos á terreno más firme, del otro lado del tembladal, todos nos pusimos á buscar ansiosamente algún rastro.

Ni la más ligera huella se presentó entonces á nuestros ojos. Si la tierra contaba en aquel momento una historia verdadera, entonces Stapleton no había logrado llegar nunca á la playa de salvación hacia la cual había bregado aquella noche á través de la niebla. En algún sitio del centro mismo de la Gran Ciénaga de Grimpen, debajo del limo inmundo del vasto tembladal que le había absorbido, yacía sepultado para siempre aquel hombre tan perverso.

Muchas huellas suyas encontramos, en cambio, en el islote rodeado de cieno donde había tenido oculto á su feroz aliado. Una enorme rueda motriz y un socavón medio destruído indicaban el asiento de una mina abandonada. Junto á ésta se veían las ruinas desmoronantes de las casuchas de

los mineros, barridos de allí, sin duda alguna, por las fétidas emanaciones del pantano que los cercaba por todas partes. En una de estas casuchas, un grapón de hierro con su cadena y una cantidad de huesos roídos revelaban el sitio donde el sabueso había estado encerrado. Un esqueleto con un mechón de pelo gris adherido á él, yacía entre aquellos restos.

—¡Un perro!—exclamó Holmes.—¡Por Júpiter, que es un podenco! El pobre Mortimer no volverá á ver más á su regalón. Perfectamente; no me parece que este lugar contenga secretos que ya no hayamos sondeado. El hombre podía ocultar á su sabueso, pero no podía silenciar su voz, y de aquí salían aquellos gritos que ni aun de día era agradable oir. En caso necesario podía encerrarlo en la casucha de la huerta de su casa; pero esto representaba siempre un riesgo, y sólo al llegar el día supremo, aquél que él consideraba como el término de todos sus esfuerzos, era cuando se atrevía á llevarlo allá. Esta pasta, aquí, en esta caja, es sin duda alguna el compuesto luminoso con que untaba al animal. La idea le fué sugerida, por supuesto, por la historia del sabueso diabólico de los Baskerville, y por su propósito de matar por medio del terror al anciano y débil sir Carlos. No me maravillo ahora de que el infortunado Selden haya corrido y gritado aquella noche, como hizo también el *baronet*, cuando vió entre las tinieblas del páramo que un monstruo semejante seguía á saltos sus pasos. Este ha sido un ardid muy hábil; por cuanto, aparte de la probabilidad de causar por medio de él la muerte misteriosa de la víctima, ¿qué campesino se habría aventurado á examinar de cerca á semejante fantasma cuando,

como fué el caso de muchos, llegara á verlo en el páramo? Se lo dije á usted en Londres, Watson, y se lo repito ahora: nunca, hasta hoy, hemos ayudado á dar caza á un hombre más peligroso que el que ha venido á tener aquí tan triste sepultura—y Holmes extendió su largo brazo, señalando la inmensa extensión jaspeada de cieno y salpicada de verde, que se desarrollaba hasta perderse en las rojizas lomas del páramo.

XV

UNA OJEADA RETROSPECTIVA

Era una noche cruda y brumosa, de los últimos días de noviembre, y Holmes y yo nos hallábamos sentados, junto á la estufa llameante, en la sala de nuestro departamento de la calle Baker. Después del trágico resultado de nuestra visita á Devonshire, Sherlock Holmes había tenido que ocuparse de dos asuntos de la mayor importancia; en el primero había puesto en evidencia la odiosa conducta del coronel Upwood en el famoso escándalo entre jugadores del club Nonpareil; y en el segundo había defendido á la infortunada señora de Montpensier de la acusación de asesinato que pesaba sobre ella con motivo de la desaparición de su hijastra, la señorita Carère, quien, como se recordará, apareció seis meses después, viva y casada, en Nueva York. Mi amigo estaba de hu-

mor excelente con motivo del triunfo que había obtenido en toda una serie de difíciles é importantes asuntos, y por esto pude inducirlo á que explicara los detalles del caso de Baskerville. Desde hacía tiempo estaba esperando yo pacientemente aquella ocasión, porque sabía muy bien que Holmes no permitía nunca que se le mezclaran los casos unos con otros, ni estaba dispuesto en ninguna ocasión á distraer su mente precisa y lógica de la obra que estuviera considerando, para concentrarla en recuerdos del pasado. Ahora bien: sir Enrique y el doctor Mortimer se hallaban entonces en Londres, en vísperas de emprender el largo viaje que le había sido recomendado al primero para el restablecimiento completo de sus nervios alterados, y habían venido á visitarnos aquella misma tarde; de modo que era natural que el tema del caso de Baskerville se ofreciese espontáneamente en la conversación.

—Todo el hilo de los sucesos en este asunto—dijo Holmes,—desde el punto de vista del hombre que se llamaba Stapleton, era sencillo y recto; aunque para nosotros, que al principio no teníamos por qué saber el motivo de sus acciones, y no podíamos conocer sinc una parte de las cosas, aquellos hechos hayan parecido excesivamente complejos. Después de terminado el asunto tuve dos entrevistas con la señora Stapleton, y el caso se ha aclarado de tal manera que no creo que haya quedado ya un solo detalle secreto para nosotros. Usted encontrará unas cuantas notas al respecto en la letra B de mi lista catalogada de casos.

—Pero tal vez quiera usted tener la bondad de

hacerme de memoria un bosquejo de toda la serie de hechos...

—Con mucho gusto; aunque no puedo garantir que los conserve todos en la memoria. La concentración mental intensa tiene un efecto curioso: el de borrar todo lo que ha pasado. El abogado que en un momento dado tiene su causa en la punta de los dedos y está en condiciones de discutirla con cualquier jurista, al cabo de una ó dos semanas de andar por los tribunales se ha olvidado de ella por completo. Lo mismo me pasa á mí: cada asunto nuevo viene á ocupar el lugar del anterior, y la señorita Carère, por ejemplo, ha borrado mis recuerdos de Baskerville Hall. Mañana, algún otro problemita que llegará á confiárseme, desalojará á su turno á la hermosa dama francesa y al canalla Upwood. Sin embargo, por lo que se refiere al caso de Baskerville, voy á darle el hilo de los sucesos tan aproximadamente como pueda, y usted puede recordarme lo que llegue á olvidar en mi relato.

«Mis averiguaciones ulteriores han dejado establecido, fuera de toda duda, que el retrato de familia no mentía, y que el individuo era realmente un Baskerville. Era hijo de aquel Rogelio Baskerville, hermano menor de sir Carlos, que huyó con una reputación siniestra á Sud América, donde, según se decía, había muerto soltero.

»Pero lo cierto es que se había casado, y había tenido un hijo: el individuo éste, cuyo nombre verdadero era el mismo de su padre. Este individuo se casó con Luz García, una belleza costarriqueña; y, después de robar una considerable cantidad de dineros públicos, cambió su nombre por el de Vandeleur, vino á Inglaterra, huído, y

»estableció una escuela en la región oriental de »Yorkshire. La razón que tuvo para tentar esta »clase especial de ocupación, fué esta: durante »el viaje había hecho relación con un preceptor »tísico; y, una vez en Inglaterra, quiso aprovechar »la habilidad de su amigo fundando una empresa »en la que éste fuera el todo. Pero Fraser, el preceptor, murió, y la escuela, que había empezado »bien, fué bajando rápidamente desde el desprestigio hasta la infamia. Los Vandeleur encontraron »conveniente cambiar entonces su nombre por el »de Stapleton, y el individuo se trajo el resto de »su fortuna, sus planes de porvenir y sus aficiones »entomológicas al Sur de Inglaterra. Supe en el »Museo Británico que el hombre era una autoridad reconocida en la materia, y que el nombre de »Vandeleur ha estado siempre aplicado á cierta »mariposa que él había sido el primero en describir, en la época de su estadía en Yorkshire.

»Llegamos ahora á aquella parte de su vida que »ha resultado ser de tan intenso interés para nosotros. El individuo había hecho, evidentemente, »averiguaciones, y se había encontrado con que »sólo dos vidas se interponían entre él y una valiosa herencia. Cuando vino á Devonshire sus »planes eran, me parece, en extremo nebulosos; »pero es evidente que desde el primer momento se »había propuesto hacer alguna maldad, puesto que »trajo consigo á su mujer en el carácter de hermana. La idea de emplearla como señuelo estaba ya positivamente en su pensamiento, aun »cuando entonces no supiera todavía cómo iba á »urdir los hilos de su trama. El fin que se proponía »era el de adueñarse de la herencia, y para conseguirlo estaba dispuesto á emplear cualquier ins-

»trumento y á correr cualquier riesgo. Su primer »acto fué establecerse tan cerca de Baskerville »Hall como le fué posible; y el segundo, entablar »relaciones con sir Carlos Baskerville y con sus »demás vecinos.

»El mismo sir Carlos fué el que le contó lo del »sabueso legendario, preparando así el camino de »su propia muerte. Stapleton, como seguiré lla- »mándolo, sabía que el anciano padecía del cora- »zón, y que una fuerte impresión lo mataría. Lo »sabía por el doctor Mortimer. Había oído decir, »también, que sir Carlos era supersticioso y que »había tomado muy por lo serio la horrenda tradi- »ción. Su ingenio le sugirió inmediatamente un »medio de provocar la muerte de sir Carlos, por »el cual sería muy difícil que pudiera sospecharse »que esta muerte había sido criminal.

»Una vez concebida la idea, procedió á llevarla »á cabo con extremada sutileza. Un maquinador »vulgar se habría contentado con valerse de un »sabueso salvaje; pero el empleo de medios artifi- »ciales para hacer satánico al animal fué un ras- »go genial de su parte. Compró el perro en Lon- »dres, en casa de Ross & Mangles, en Fulham »Road. Era el más vigoroso y feroz de los que allí »había en aquel momento. Se lo llevó consigo por »la línea de Devon Norte, y recorrió á pie una »gran distancia á través del páramo á fin de condu- »cirlo á lugar seguro sin que lo viesen. En sus »cacerías de insectos había aprendido ya á inter- »narse en la Gran Ciénaga de Grimpen, y en ella »había encontrado un escondrijo seguro para el »animal. Lo metió allí y se puso á esperar la oca- »sión de aprovecharlo.

»Pero ésta tardó algo en llegar. No era posible

»sacar de noche de su casa al anciano caballero. »Varias veces el individuo anduvo rondando el »Hall con su aliado, pero sin resultado. Durante »estas rondas infructuosas fué cuando algún cam- »pesino vió al perro, con lo que la leyenda del sa- »bueso infernal recibió una nueva confirmación. »Stapleton había esperado que su mujer le serviría »para atraer á sir Carlos á su ruina; pero, cuando »llegó el momento, ella se declaró, inesperada- »mente, independiente. Se negó de la manera más »resuelta á tratar de enredar al anciano en una »pasión sentimental que pudiera ponerlo en manos »de su enemigo. No hubo amenazas... ni golpes, »siento decirlo, que lograran quebrar su resolu- »ción. No quería tener nada que ver absolutamen- »te en el asunto, y, por un tiempo, el individuo »estuvo sin saber qué hacer.

»La solución de sus dificultades llegó, al fin, »con la circunstancia de que sir Carlos, que le ha- »bía cobrado afición, resolvió hacerlo ministro de »su caridad cerca de aquella infeliz mujer, la se- »ñora Laura Lyons. Stapleton se había presenta- »do á ésta como soltero, y había adquirido com- »pleta influencia sobre ella al darle á entender »que, en caso de que consiguiera divorciarse de su »marido, él sería su esposo. Sus planes llegaron »de pronto á su punto de madurez cuando supo »que sir Carlos estaba por dejar el Hall por con- »sejo del doctor Mortimer, con cuyas vistas él, »Stapleton, pretendía estar de acuerdo. Tenía que »obrar en seguida ó su víctima iría á colocarse »fuera de su alcance. Por consiguiente, hizo pre- »sión sobre la señora Lyons para que ésta escri- »biera aquella carta en la que suplicaba al anciano »que le concediera una entrevista la noche antes

»de su partida á Londres. Después, valiéndose de »un argumento especioso, impidió que la señora »Lyons fuera á la cita, y de esta manera tuvo la »oportunidad que había estado esperando.

»Volvió aquella noche de Coombe Tracey con »tiempo suficiente para ir á buscar á su sabueso, »para administrarle su unto diabólico, y para lle»varlo junto al portillo donde sir Carlos habría de »estar esperando. El perro, excitado por su due»ño, saltó por encima de la barrera y persiguió al »infeliz anciano, que, dando gritos, huyó por la »alameda. Habría sido, en verdad, un espectáculo »terrible ver en el túnel sombrío á aquel enorme »animal negro, con sus quijadas llameantes y sus »ojos como ascuas, corriendo á grandes saltos de»trás de su víctima. El anciano, aterrorizado, cayó »muerto en el extremo de la alameda, de un ata»que al corazón. El sabueso había seguido por la »franja de césped mientras sir Carlos corría por »el camino; por cuya razón no hubo en éste más »rastro visible que el de la víctima. Al verla en »tierra é inmóvil, el animal se acercó, probable»mente á husmearla, y encontrándola exánime se »volvió. Entonces fué cuando dejó en el camino »las huellas observadas por el doctor Mortimer. »Stapleton llamó al perro y se apresuró á llevarlo »á su cubil en la Gran Ciénaga. Y de este modo »surgió aquel misterio que intrigó á las autorida»des, alarmó á toda la comarca, y, por último, »trajo el caso dentro del radio de nuestras obser»vaciones.

»Basta con esto por lo que se refiere á la muerte »de sir Carlos Baskerville. Advierta usted toda la »diabólica astucia de este crimen, porque en rea»lidad hubiera sido poco menos que imposible en»tablar una acusación contra el verdadero asesino. »El único cómplice de éste era uno que no podría »delatarlo nunca, y la naturaleza grotesca, incon»cebible, de la estratagema había servido para »hacerla más eficaz todavía. Las dos mujeres com»plicadas en el caso, la señora Stapleton y la se»ñora Laura Lyons, sintieron las más vivas sos»pechas contra Stapleton. La señora de éste sa»bía que su marido tenía intenciones perversas »respecto al anciano, y conocía también la existen»cia del sabueso. La señora Lyons no sabía nin»guna de estas cosas, pero le había extrañado el »hecho de que la muerte del anciano hubiera ocu»rrido exactamente á la hora y en el sitio indicados »en una cita que sólo conocieran ella, sir Carlos y »Stapleton. Pero las dos mujeres estaban siempre »bajo el dominio moral de Stapleton, y éste no »tenía nada que temer de ellas. Había realizado, »pues, con el mejor éxito, la primera parte de su »tarea; pero faltaba la más difícil.

»Es probable que Stapleton no haya conocido »en aquellas circunstancias la existencia de un »heredero en el Canadá. En todo caso, muy pron»to habrá llegado á saberlo porque su amigo el »doctor Mortimer, le contó todos los detalles rela»tivos á la próxima llegada de sir Enrique Basker»ville. La primera idea de Stapleton entonces fué »que el joven forastero podía ser muerto tal vez »en Londres, sin que bajara para nada á Devons»hire. Como desconfiaba de su mujer, desde el día »que ésta se había negado á ayudarlo tendiendo un »lazo á sir Carlos, no se atrevió á dejarla sola, de »miedo de perder la influencia que tenía sobre ella. »Por esta razón la llevó con él á Londres. Se alo»jó en el hotel particular de Mexborogh, en la calle

»Craven, precisamente uno de los establecimien-
»tos que visitó el agente á quien había dado yo la
»comisión de averiguar este detalle.

»Allí tuvo á su mujer encerrada en una pieza,
»mientras él, disfrazado con una barba, seguía al
»doctor Mortimer á esta casa, y después á la es-
»tación Waterloo, y luego al hotel Northumber-
»land, cuando el doctor Mortimer llevó allí al
»*baronet*. La señora sospechaba algo de los planes
»de su marido; pero le tenía tal miedo, un miedo
»provocado por sus malos tratos, que no se atrevió
»á escribir para poner sobre aviso al hombre que
»ella consideraba que podía estar en peligro. Pen-
»saba que, si la carta llegaba á caer en manos
»de Stapleton, su misma vida no estaría segura.
»Al fin, como sabemos, recurrió al expediente de
»recortar las palabras que compondrían el men-
»saje, y escribió la dirección desfigurando la letra.
»La carta llegó á su destino, y le dió al *baronet* el
»primer aviso del peligro que lo amenazaba.

»Era una cuestión esencial para Stapleton el
»conseguir alguna prenda del traje de sir Enrique,
»á fin de poder disponer, en caso de que tuviera
»que emplear al perro, de un medio de poner á
»éste en la pista de su presunta víctima. Con su
»audacia y prontitud características, emprendió
»en seguida esta tarea; y no hay duda de que el
»limpiabotas ó la camarera del hotel fueron bien
»sobornados por él para este objeto. Pero, casual-
»mente, el primer botín que se le consiguió era
»nuevo y, por lo tanto, inútil para su propósito;
»entonces lo devolvió y obtuvo otro; incidente éste
»en extremo revelador, puesto que me probó de
»una manera concluyente que se trataba de un
»verdadero perro de presa, desde que ninguna otra

»hipótesis habría podido explicar aquel deseo de
»tener á todo trance un botín viejo y aquella indife-
»rencia respecto á uno nuevo. Cuanto más exage-
»gerado y grotesco sea un incidente, tanto más
»prolijamente merece ser examinado; y el punto
»que parezca complicar más un caso es, en reali-
»dad, si el asunto está debidamente estudiado y
»científicamente manejado, el punto que quizá ha
»de dilucidarlo.

»Después, á la mañana siguiente, recibimos la
»visita de nuestros amigos, seguidos siempre por
»Stapleton en el *cab*. Considerando la circunstan-
»cia de que éste sabía ya entonces mi domicilio, y
»conocía mi figura; y teniendo también en cuenta
»sus procedimientos en general, me inclino á creer
»que la carrera criminal de Stapleton no ha esta-
»do limitada al simple caso de Baskerville. Es
»sugerente el hecho de que durante los tres úl-
»timos años se hayan producido en el Oeste cuatro
»robos de gran importancia, cuyos autores nunca
»fueron descubiertos. El último de estos robos,
»que ocurrió en mayo, en Folkestone Court, se
»hizo notable por el asesinato á sangre fría del
»muchacho que sorprendió al salteador único y
»enmascarado. No tengo la menor duda de que
»Stapleton reponía de esta suerte la merma de sus
»recursos, y que durante años ha sido un hombre
»terrible y peligroso.

»Nos ha dado un ejemplo de su facilidad de ex-
»pedientes aquella mañana que se nos escabulló
»con el mayor éxito, y tenemos también un ejem-
»plo de su audacia en aquello de mandarme mi
»propio nombre por intermedio del cochero. Des-
»de aquel momento el individuo comprendió que
»yo me había dado cuenta de las cosas en Londres,

»y que, por lo tanto, ya no le quedaban aquí pro»babilidades de triunfo. Regresó á Devonshire y se »puso á esperar la llegada del *baronet.*

—»Un momento—interrumpí.—Usted ha des»crito correctamente, sin duda alguna, toda la »serie de hechos; pero hay un punto que no ha »explicado. ¿Qué fué del sabueso mientras su due»ño estaba en Londres?

—»He prestado alguna atención á este detalle, »que es seguramente de importancia. Es incuestio»nable que Stapleton tenía un confidente, aunque »no es probable que se haya puesto nunca en ma»nos de él, confiándole sus planes. En Merripit »House había un criado, cuyo nombre era Antonio. »Las relaciones de este hombre con los Stapleton »se remontan á varios años atrás, hasta la época »de la escuela, de donde resulta que él tiene que »haber sabido, necesariamente, que su señor y »señora eran realmente marido y mujer. Este »hombre ha desaparecido, ha huído del país. Es »significativo también el detalle de que Antonio »no es un nombre común en Inglaterra, pero muy »general, en cambio, en todos los países españoles »ó hispanoamericanos. Este hombre, como la mis»ma señora Stapleton, hablaba bien el inglés, aun»que con un ceceo particular. Ahora bien: yo he »visto cruzar á este viejo la Gran Ciénaga por el »sendero que Stapleton había señalado. Es muy »probable, por lo tanto, que en ausencia de su amo »haya sido él el que cuidaba al perro; aunque pro»bablemente no debe haber sabido nunca qué cla»se de servicios prestaba el animal.

»Los Stapleton se fueron, pues, á Devonshire, »adonde los seguimos pronto sir Enrique, usted y »yo. Una palabra ahora respecto á las condiciones

»en que me encontraba yo en aquel momento. »Quizá recuerde usted que, cuando examiné la »hoja en que habían sido pegadas las palabras »impresas, traté de ver si tenía filigrana. Para ha»cer esto puso el papel muy cerca de los ojos, y »entonces noté que trascendía débilmente al per»fume conocido por jazmín blanco. Hay setenta »y cinco perfumes que es absolutamente necesario »que un perito en criminología pueda distinguir »entre sí, y en mi carrera se han presentado más »de una vez casos cuya solución dependía del pron»to reconocimiento de un perfume. Aquella esque»la perfumada sugería la idea de una señora, y »entonces ya empezaba á dedicar yo mis pensa»mientos á la señora Stapleton. De modo que, »cuando fuimos á Devonshire, yo estaba conven»cido de la existencia de un perro de presa, y ha»bía adivinado también al criminal.

»El propósito que me llevó allí fué el de vigilar »á Stapleton. Era evidente que no me habría sido »posible hacer esto yendo con ustedes, pues él se »hubiera puesto en seguida en guardia.

»De modo que engañé á todos, á usted entre »otros, y me trasladé allá secretamente. Mis pe»nurias no fueron tan grandes como usted se ima»ginaba; pero éste es, por otra parte, un detalle »trivial que no debe dificultar nunca la investiga»ción de un caso. Estuve la mayor parte del tiem»po en Coombe Tracey, y sólo me servía de la ca»baña cuando era necesario estar cerca del campo »de acción. Cartwright había ido conmigo, y con »su disfraz de campesino me fué muy útil. Esta»ba subordinado á él en cuanto á comida y á ropa »limpia. Muchas veces yo lo vigilaba á Stapleton »y Cartwright lo vigilaba á usted; de modo que yo

»podía tener las manos en todos los hilos á un
»tiempo.

»Le he dicho ya que sus informes llegaron pun-
»tualmente á mi poder, pues en cuanto se recibían
»aquí, en Londres, eran expedidos sin pérdida de
»un segundo á Coombe Tracey. Estos informes
»me prestaron grandes servicios, especialmente el
»que contenía aquel fragmento de biografía de
»Stapleton, en parte verídico. Gracias á esto pude
»establecer la identidad de él y de su mujer, y
»supe, al fin, exactamente, de lo que se trataba.
»El asunto se había complicado de una manera
»considerable por el incidente del presidiario pró-
»fugo y por las relaciones entre él y los Barrymo-
»re. Esto también lo aclaró usted por completo,
»aunque yo había llegado ya á la misma conclu-
»sión, gracias á mis propias observaciones en el
»terreno.

»Cuando me descubrió usted en el páramo, yo
»tenía, pues, un conocimiento completo del asun-
»to; pero el caso no podía ir todavía ante un ju-
»rado. La misma tentativa primera de Stapleton
»contra sir Enrique, que terminó con la muerte
»del desdichado presidiario, no nos ayudó tampo-
»co mucho en nuestro propósito de obtener una
»prueba de los crímenes del hombre. Parecía no
»haber más recurso que el de sorprenderlo con las
»manos en la masa, y para esto teníamos que ha-
»cer servir de señuelo á sir Enrique, solo y apa-
»rentemente desamparado. Así lo hicimos; y, á
»costa de un rudo golpe para nuestro cliente, lo-
»gramos completar nuestra acusación y arrastrar
»á Stapleton á su ruina. Lo de que sir Enrique
»haya estado en peligro aquella noche es, lo con-
»fieso, un cargo contra mi dirección en el asunto;

»pero teníamos el menor motivo para prever el
»aspecto terrible y paralizador que ofrecía el ani-
»mal, ni podíamos prever tampoco la niebla que
»hizo que éste apareciera á nuestros ojos tan brus-
»camente. Logramos, pues, nuestro objeto causan-
»do á sir Enrique un daño; pero tanto el especia-
»lista como el doctor Mortimer me aseguran que
»éste sólo será temporario. Un largo viaje ha de
»hacer que nuestro amigo se reponga, no solamente
»de su alteración nerviosa, sino también de las
»heridas de su corazón. Su amor por aquella mu-
»jer era profundo y sincero, y lo más triste para
»él, de todo este negro asunto, ha sido indudable-
»mente el haber sido engañado por ella.

»Me falta sólo explicar el papel que esta señora
»ha desempeñado en la cuestión. No puede haber
»duda de que Stapleton inspiraba á su mujer un
»sentimiento que tanto puede haber sido amor
»como miedo, ó, muy probablemente, ambas co-
»sas á la vez, desde que ellas no son de ninguna
»manera incompatibles. Sea como fuere, el hecho
»es que esta influencia era absolutamente eficaz.
»Obligada por su marido, ella consintió en pasar
»por hermana suya; pero Stapleton se encontró
»con que el dominio que tenía sobre su mujer no
»era ilimitado, cuando quiso hacer de ella un au-
»xiliar directo para el crimen. La señora estaba
»resuelta á poner sobre aviso á sir Enrique, siem-
»pre que con ello no comprometiera á su marido;
»y repetidas veces procuró hacerlo. A pesar de
»todas sus cosas, Stapleton parece haber sido ca-
»paz de sentir celos, pues cuando vió que el *ba-*
»*ronet* le hacía la corte á su esposa, aunque esto
»era una parte de su plan, no pudo dejar de in-
»tervenir entre ambos; y su explosión apasionada

»reveló bien el alma fiera que su temperamento
»reservado ocultaba de una manera tan hábil. El
»sabía que, alentando la intimidad de estas rela-
»ciones, llegaría á conseguir frecuentes visitas de
»sir Enrique á Merripit House, lo que tarde ó
»temprano le daría á él la oportunidad que busca-
»ba. El día de la crisis, sin embargo, su mujer se
»puso resueltamente contra él. Conocía en parte
»las circunstancias en que se había producido la
»muerte del presidiario, y sabía que el sabueso
»había sido llevado á la casucha de la huerta la
»noche que sir Enrique iba á comer con ellos. Re-
»prochó á su marido el crimen que proyectaba,
»y esto dió origen á una escena furiosa, en la que
»Stapleton, exaltado, reveló impensadamente á su
»mujer que tenía una rival en el amor de él. En
»un instante, la fidelidad de la esposa se trans-
»formó en odio terible, y el hombre conoció que
»podía ser traicionado. Por esto fué que la ató,
»para que no tuviera medio alguno de prevenir á
»sir Enrique. Stapleton esperaba, indudablemen-
»te, que cuando en toda la comarca se atribuyera
»la muerte del *baronet* á la maldición que pesaba
»sobre la familia de los Baskerville, lograría indu-
»cir á su mujer á aceptar un hecho consumado y
»á guardar secreto sobre lo que sabía. Pero me pa-
»rece que en esto hizo un cálculo errado, y que
»aun cuando no hubiéramos estado allí nosotros,
»su ruina se habría consumado, á pesar de todo.
»Porque una mujer de sangre española no perdona
»así como quiera una injuria semejante. Y ahora,
»mi querido Watson, tendría que consultar mis
»notas para hacerle un relato más detallado de
»este caso curioso. No creo, sin embargo, haber

»dejado por explicar ningún punto de importan-
»cia.»

—Stapleton—observó,—no podía tener, por cierto, la esperanza de hacer morir de terror á sir Enrique, como había muerto sir Carlos al ver el sabueso fantasma.

—El animal, mi querido Watson, era feroz y estaba muerto de hambre; de modo que, si su presencia no causaba la muerte de la víctima, servía, por lo menos, para paralizar la resistencia que ésta pudiera hacerle.

—Efectivamente. Sólo queda por resolver una dificultad. Si Stapleton hubiera llegado á estar en situación de poder reclamar la herencia, ¿cómo habría podido explicar el hecho de que él, el heredero, hubiera estado viviendo con otro nombre tan cerca de la posesión de su familia? ¿Cómo habría podido presentarse sin excitar sospechas y sin provocar una investigación?

—Su objeción es de una dificultad formidable, Watson, y temo que pida usted demasiado al invitarme á resolverla. Lo pasado y lo presente están dentro del campo de mis investigaciones; pero lo que pueda hacer un hombre en lo futuro es para mí un problema difícil de resolver. La señora Stapleton había oído discutir la cuestión á su marido en varias ocasiones, y ella me ha dicho que tenía tres soluciones posibles. Stapleton podía reclamar la herencia desde Sud-América, estableciendo su identidad ante las autoridades británicas en el país donde estuviera; de este modo conseguía la fortuna sin tener que venir para nada á Inglaterra; podía adoptar un disfraz prolijo durante el corto tiempo que tuviera que estar en Londres; ó podía entregar á un cómplice las prue-

bas de su identidad, y un documento en el que lo declarara heredero suyo reservándose un derecho á cierta parte de la renta. No podemos dudar, los que hemos conocido á Stapleton, que no le habrían faltado al hombre recursos para salir del paso. Ahora, mi querido Watson, le diré que he tenido unas cuantas semanas de ruda tarea, y que, por esta noche, al menos, podríamos encarrilar nuestros pensamientos por vías más agradables. Tengo un palco para *Los Hugonotes*. ¿Ha oído á De Reszkes? ¿Le sería molesto, entonces, prepararse en media hora? Podemos detenernos en casa de Marcini, que nos queda de camino, y hacer allí nuestra modesta comida.

FIN